

Centro Documental

Archivo



Fundación

A

ASTASIO

TRACIA

CHATRAUBRIAND

EL ULTIMO  
DE LOS

ABENCERRAJES

Fundación  
NASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental

Archivo

ANASTASIO  
DE GRACIA

Fundación

ANASTASIO

DE GRACIA



Centro Documental

Arquivo

Arquivo

Arquivo

Arquivo

Arquivo

Arquivo

Arquivo

Arquivo

Fundação

ALBERTO SIO

DE CANTÁLIA



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo

- CHATEAUBRIAND -

EL ULTIMO DE LOS ABENCERRAJES

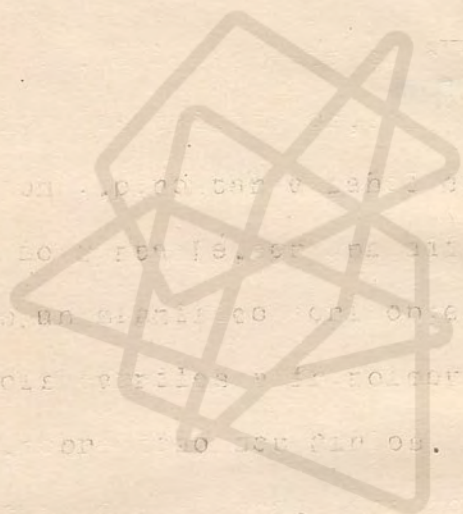
Traduccion de V. Antonovich

- Toulouse 1940 -

Fundacion  
ANASTASIO  
DE GRACIA



# Centro Documental Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**

Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo  
ARCHIVO  
DE GRACIA





# Centro Documental Archivo

## UNAS PALABRAS

Este cuento del vizconde de Chateaubriand no es, en verdad una de sus mejores producciones, por lo menos no es de las mas señaladas. Carece desde luego de los vuelos literarios y filosoficos de las "Memorias de ultratumba" y de "Atala y Rene".

La obra "El ultimo de los Abencerrajes" tiene aciertos evidentes, aun cuando a veces parezca anticiparse a las españoladas del siglo XIX. Sus descripciones, bastante felices por cierto, no impiden que el autor incurra en errores al designar lugares, y asi, al Darro le apellida Duero (Douro); pero en fin, este lapsus geografico no es cosa de gran monta.



Posee sin embargo este cuento un mérito grande. Chateaubriand es un cristiano; mas, es un archicatólico, y a pesar de ello ensalza el alma musulmana en la persona de Aben-Hamet y encumbra también la española que pudieramos llamar oficial o cristiana.

Para él, debido a este su catolicismo, los españoles son los cristianos, son los vencedores del infiel. ¡ Oh !, pero tan español es Aben-Hamet como el duque de Santa Fé, con una diferencia; el abencerraje es un magnífico corazón; el duque y su hijo son hombres cerriles y francamente antipáticos y sombríos, sobre todo don Carlos.

En cuanto a Blanca, ¿ que podemos decir ?. Sin duda alguna es lo mejor de la casa. Ella y el musulmán dan luz al cuento. No necesitan para nada de los buenos servicios del bello y caballeroso Lautrec.

V. A.



- EL ULTIMO DE LOS ABENCERRAJES -

Quando Boabdil, rey de Granada se vio obligado a abandonar el reino de sus padres, parose en la cima del monte Padul. Desde este sitio elevado se descubria el mar que habia de llevar al Africa al infortunado monarca; se divisaba tambien Granada, la Vega y el Genil a cuyas orillas se elevaban las tiendas de Fernando y de Isabel. A la vista de tan encantador paisaje y de los cipreses que marcaban todavia acá y allá las tumbas de los musulmanes, Boabdil se puso a llorar. La sultana Aixa, su madre que le acompañaba en el exilio con los grandes que entonces componian la Corte, le dijo: "Llora como una mujer lo que no has sabido defender como un hombre". Bajaron por la montaña y Granada desaparecio de sus ojos para siempre.

Los moros españoles que compartieron la



suerte de su rey se dispersaron por Africa. Las tribus de los Zegries y de los Gomeles se establecieron en el reino de Fez de donde tomarian su origen. Los Venegas y los Albés quedaron entre Oran y Argel. En fin, los Abencerrajes fijaron su residencia en los alrededores de Tunez. Formaron a la vista de las ruinas de Cartago una colonia, que aun hoy se la distingue de las de otros moros africanos por la elevacion moral de sus costumbres y por la dulzura de sus leyes.

Estas familias llevaron a su patria nueva el recuerdo de la antigua. "El Paraiso de Granada" vivia siempre en su memoria; las madres repetian este nombre a sus hijos mientras les daban el pecho. Los mecian al son de las viejas canciones de los Zegries y de los Abencerrajes. Durante la semana se rezaba en la Mezquita con la vista vuelta hacia Granada. Se invocaba a Allah para que devolvie



-ra a sus elegidos esta tierra de delicias. En vano el pais de los Lotos ofrecia a los exilados sus frutos, sus aguas, su verdura, su brillante sol/lejos de las Torres bermejas, no habia, ni frutos agradables ni fuentes limpiadas ni verde fresco ni sol digno de ser mirado. Si le mostraban a algun desterrado el brillante aspecto de la ciudad africana, este movia la cabeza y suspiraba con tristeza:  
!Granada !

Los Abencerrajes sobre todo, conservaban el mas tierno y el mas fiel recuerdo de la patria perdida. Habian abandonado con una mortal angustia el teatro de sus glorias y las orillas de los rios granadinos que hicieron retemblar en algun tiempo al grito de: "Honor y amor". No podrian jamas llevar la lanza en aquellos desiertos ni cubrirse con el casco guerrero en una colonia de gentes dedicadas al trabajo. Se consagraron al estudio de simples profesiones tan estimadas entre los ara



-bes como la carrera de las armas. Así, esta raza de guerreros que antes se dedicaba a herir, ocupabase ahora de curar las heridas.

Esta raza conservaba algo de su antiguo genio y frecuentemente, los caballeros curaban las llagas de los enemigos abatidos por ellos;

La choza de esta familia, que antes tuvo palacios, no estaba construida en la aldea de los otros exilados, al pie de la montaña del Mamelik; estaba construida entre las ruinas de Cartago, a la misma orilla del mar, en el sitio donde murio San Luis y donde hoy aparece un Morabito mahometano. En los muros de la choza se veian escudos de piel de leon con pinturas de asunto bélico. Todos tenian esta divisa : " Es poca cosa ". Eran las armas y la divisa de los Abencerrajes. Lanzas adornadas con pendones blancos y azules, albornoces, trajes de raso llenos de cuchilladas, se veian alrededor de los escudos y brillaban junto a las cimitarras y a los puñales. Acà y allà po-



-dian contemplarse guanteletes, frenos de caballo enriquecidos con pedrería, anchos estribos de plata, largas espadas cuyas fundas habían sido bordadas por manos de princesas y espuelas de oro que los Isaules, los Genivres y los Orianes calzaron a valientes caballeros.

Sobre varias mesas, y junto a estos trofeos de gloria se veían los de una vida pacífica; plantas recogidas en el Atlas, en el desierto de Sahara y traídas muchas de los valles granadinos.

Unas estaban destinadas a curar los males del cuerpo, otras debían llegar incluso a sanar las angustias del alma. Los Abencerrajes apreciaba sobre todo las que servían para calmar los tristes recuerdos, para disipar las ilusiones locas, y esas esperanzas de dicha siempre nacidas para morir al punto. Desgraciadamente estos remedios tenían virtudes opuestas, y frecuentemente, el perfu



-me de una flor de la patria era como una especie de veneno para los ilustres desterrados.

Habian pasado veinticinco años desde la toma de Granada. En este corto espacio de tiempo catorce Abencerrajes habian perecido a los rigores de un clima tan diferente al de Granada por los accidentes de una vida nomada y, sobre todo por la tristeza que mina sordamente las fuerzas del hombre. Un solo descendiente de esta famosa raza era la esperanza que quedaba. Llamabase Aben-Hamet, el mismo nombre del Abencerraje acusado por los Zegries de haber seducido a la sultana Alfaima. Reunianse en el, la belleza, el valor, la cortesía la generosidad de sus antepasados, con ese dulce resplandor de tristeza que da la desdicha noblemente soportada. Tenia veintidos años cuando perdio a su padre; resolvió entonces hacer una peregrinacion al pais de sus abuelos a fin de satisfacer el deseo de su co-



-razon y de cumplir un designio que oculto e cuidadosamente a su madre.

Se embarco en Tunez; un viento favorable le condujo a Cartagena, descendio del navio y tomo enseguida el camino de Granada: se anuncio como un medico árabe que venia a herborizar entre las rocas de Sierra Nevada. Una pacifica mula le conducia lentamente hacia el pais recorrido antes por los briosos corceles de los Abencerrajes; delante marchaba un guia conduciendo otras dos mulas adornadas de cascabeles. Aben-Hamed atraveso los altos matorrales y los bosques de palmeras del reino de Murcia. Por la vejez de estas palmeras calculo que bebian haber sido plantadas por sus padres y su corazon se lleno de tristeza. Allà se elevaba una torre, mudo centinela en tiempos de las guerras de moros y cristianos; acà aparecian unas ruinas que denotaban construcciones moriscas. Todo era



dolor para el Abencerraje. Descendio de la mula con el pretexto de buscar plantas, se escondio un momento entre estos despojos y dio libre curso a sus lagrimas. Emprendio de nuevo su camino soñando al ruido de los cascabeles y al monotonó canto del guia. Este no interrumpia su larga romanza mas que para llamar a las mulas guapa o valerosa, o bien perezosa y obstinada (terca).

Rebaños de carneros que un pastor conducia como un ejército, campos amarillos e incultos, algunos viajeros solitarios, lejos de recrear la vista daban al paisaje un aspecto mas triste y desolado. Los viajeros llevaban espada al cinto; envolvianse en una larga capa y se cubrian con un ancho sombrero que les cubria media cara. Saludaban al pasar Aben-Hamet que no distinguia en este saludo mas que las palabras Dios señor y caballero. Por la noche, en la venta, el Abencerraje se encon



-tro en medio de gentes para el extrañas, sin ser importunado por su curiosidad indiscreta. No le decían nada y nada le preguntaban tampoco; su turbante, su traje, sus armas no excitaban ningún movimiento. Ya que Allah había querido que los moros de España perdiesen su bella patria, Aben-Hamed no podía por menos de admirar a los nobles conquistadores.

Emociones más vivas todavía esperaban al Abencerraje al término de su ruta. Granada está construida al pie de Sierra Nevada, sobre dos altas colinas separadas por un profundo valle. Las casas colocadas sobre la pendiente de los ribazos en la hondonada del valle dan a la ciudad el aspecto de una grama da abierta, de donde viene su nombre. Dos ríos, el Genil y el Darro, uno que arrastra pepitas de oro y el otro arenas de plata, lamen el pie de las colinas, para reunirse serpenteando en medio de una planicie encantadora llamada



la Vega. Este llano que domina Granada está cubierto de viñas, de granados, de higueras, de moreras, de naranjos; está rodeada de montañas de una forma y un color admirables. Un cielo encantado, un aire puro y delicioso comunican al alma una languidez secreta de la que difícilmente puede escapar el viajero. Se piensa que en este país las tiernas pasiones hubieran ahogado a las pasiones heroicas, si el amor, para ser verdadero no tuviera necesidad siempre de ir acompañado de la gloria.

Cuando Aben-Hamed distinguió los primeros edificios de Granada, su corazón latió con tanta violencia que se vio obligado a detenerse. Cruzó los brazos sobre el pecho, y con los ojos fijos en la ciudad sagrada, quedo mudo e inmóvil. Parose el guía a su vez y como todos los sentimientos elevados son tan bien comprendidos por un español, pareció emocionarse y adivino que el moro volvía



Da ver su antigua patria. El Abencerraje rompió al fin el silencio.

"Guia, dijo, soy dichoso! no me ocultes la verdad, porque la calma reinaba entre las olas el día de tu nacimiento y la luna entraba en su cuarto creciente. Cuales son esas torres que brillan como estrellas encima de un verde bosque ?

"Es la Alhambra", respondió el guía.

"Y ese otro castillo que está en la colina ?, dijo Aben-Hamed.

"Es el Generalife, respondió el español.

"Hay en ese castillo un jardín plantado de mirtos. Se supone que en él fué sorprendido el

"Abencerraje con la sultana Alfaima. Mas lejos podeis ver el Albaicin, y más cerca de nosotros las Torres bermejas."

Cada palabra del guía traspasaba el corazón de Aben-Hamet. ! Que cruel es tener que recurrir a extranjeros para conocer los monu -



mentos de sus padres, y oír contar por indife-  
rentes la historia de la familia y de los ami-  
gos. El guía, poniendo fin a las meditaciones  
de Aben-Hamed, exclamo: "Marchemos señor Moro  
marchemos, Dios lo ha querido así. Tened va-  
lor! No está hoy prisionero Francisco 1º  
en nuestro Madrid? Dios lo ha querido". Se  
quita el sombrero, hace un gran signo de la  
cruz y arrea las mulas. El Abencerraje habla  
a su vez y dice "Estaba escrito"; descendi-  
eron hacia Granada.  
Pasaron cerca de un gran fresno, cele-  
bre por el combate entre Muza y el Gran Mae s-  
tre de Calatrava, bajo el último reinado. Die-  
ron la vuelta al paso de la Alameda, y pene-  
traron en la ciudad por la puerta de Elvira.  
Remontaron la Rambla, y llegaron bien pronto  
a una plaza rodeada de casas de arquitectu-  
ra morisca. Había en esta plaza una posa-  
da especialmente destinada a los moros, de



Africa. Lo imponía el comercio de sedas de la Vega. A esta posada condujo el guía a Aben-Hamed/.

El Abencerraje estaba muy agitado para gustar del reposo en su nueva vivienda; la patria le atormentaba. No pudiendo resistir a los sentimientos que turbaban su corazón salió en medio de la noche para errar por las calles de Granada. Quería reconocer con sus ojos y con sus manos algunos de los monumentos que los viejos tan frecuentemente le habían descrito. Puede ser que ese alto edificio cuyos muros se entreven a través de las tinieblas sea la antigua morada de los Abencerrajes; puede ser que en esta misma plaza se dieran las fiestas que elevaron hasta las nubes la gloria de Granada. Por allá cruzaban los cortejos soberbiamente vestidos de brocado; por allá avanzaban las carrozas cargadas de armas y de flores, de dragones que lanzaban fuego, rodeado todo esto por ilustres gue-



74  
-rreros, ingeniosos inventores del placer y  
de la galantería.

Pero! he aquí que en lugar del soni-  
do de los añafles, del ruido de las trompe-  
tas y de los cantos de amor, un profundo si-  
lencio reinaba alrededor de Aben-Hamed. Es-  
ta ciudad muda había cambiado de habitan-  
tes y los vencedores reposaban en la cama  
de los vencidos. " Duermen entonces estos  
fieros españoles, gritaba el joven moro, ba-  
jo los techos de mis abuelos exilados! Y  
yo, Abencerraje velo, desconocido, solitario  
abandonado, a la puerta del palacio de mis  
padres! "

Aben-Hamed reflexionaba sobre los des-  
tinos humanos, sobre las vicisitudes de la  
fortuna, sobre la caída de los imperios, so-  
bre esta Granada enfin, sorprendida por sus  
enemigos en medio de placeres, y cambiando de  
pronto las guirnaldas de flores por cadenas;  
le parecía ver a los habitantes de Granada



abandonar sus hogares con los trajes de fiesta, como convidados que en el desorden y el panico abandonan un festin sorprendidos por un incendio.

Todas estas imagenes, todos estos pensamientos se agolpaban en el alma de Aben-Hamed; lleno de dolor y de tristeza pensaba sobre todo en ejecutar el proyecto que le habia llevado a Granada; el dia le sorprendio; El Abencerraje se habia perdido: se encontro lejos de la posada en un apartado barrio de la ciudad. Todo dormia, ningun ruido turbaba el silencio de las calles; las puertas y las ventanas de las casas estaban cerradas: solamente el canto del gallo anunciaba en la mansion del pobre la vuelta a las penas y a los trabajos.

Despues de haber errado sin poder encontrar su camino, Aben-Hamed oyo abrirse una puerta. Vio salir a una muchacha joven vestida casi lo mismo que esas reinas goticas es



culpadas en los monumentos de nuestras antiguas Abadías. Su justillo negro guarnecido de azabache ceñía su airoso busto; su falda corta, estrecha y sin pliegues dejaba ver una pierna fina y un pie encantador; una mantilla igualmente negra completaba su adorno; la llevaba recogida por bajo del menton de suerte que no dejaba descubrir mas que sus grandes ojos y una boca de rosa. Una dueña seguía sus pasos; un paje llevaba delante un libro de iglesia; dos muchachos con los colores de la casa seguían a alguna distancia a la bella desconocida. Dirigiase a oír la primera misa que anunciaba el tintineo de campanas de un vecino monasterio. Aben-Hamed creyo ver al angel Israfil o a la mas hermosa de las huries. La española, no menos sorprendida miraba al Abencerraje cuyo turbante y cuyas armas ennoblecian su bella figura. Repuesta de su primer asombro hizo signo al extranjero de que se



aproximase con una gracia y una libertad particulares de las mujeres de este pais." Señor Moro, le dijo pareceis recién llegado a Granada: os habeis extraviado ? "

Sultana de las flores, respondió Aben-Hamed, delicia de los ojos de los hombres, oh esclava cristiana mas bella que las virgenes de la Georgia, tu lo has adivinado!; soy extranjero en esta ciudad: perdido entre estos palacios no he podido encontrar la posada de los moros. ! Que Mahoma toque tu corazón y recompense tu hospitalidad !

" Los moros son muy nombrados por su galanteria, replico la española con la mas dulce sonrisa, pero yo no soy ni sultana de las flores, ni esclava ni contenta de que me encomienden a Mahoma. Seguidme, señor caballero y os conduciré a la posada de los moros "

Marcho un poco delante del Abencerraje y le condujo a la posada mostrandole la puerta, y desaparecio.



¿Donde está el reposo en esta vida?

! La patria no ocupa por entero el corazón de Aben-Hamet! Granada ha cesado de ser para él la ciudad desierta, la viuda solitaria; es para él mas querida que nunca pero es un prestigio nuevo el que embellece sus ruinas; al recuerdo de los abuelos se mezcla ~~en~~ ahora otro encanto. Aben-Hamed ha descubierto el cementerio donde reposan las cenizas de los Abencerrajes, pero al rezar, al prosternarse, al verter lagrimas filiales, piensa que la joven española ha pasado algunas veces sobre estas tumbas y no considera tan desgraciados a sus abuelos.

En vano pretendia recordar su peregrinación, en vano recorrió las riberas del Genil y del Darro para recoger hierbas al despuntar la aurora; la flor que busca es ahora la bella cristiana. ! Que de inutiles esfuerzos para encontrar el palacio de su encantadora!  
! Que de veces ha intentado pasar por los ca-



-minos recorridos por su divina guía !. ! Que de veces ha creído reconocer el sonido de esta campana, el canto de aquel gallo que oyo cerca del palacio de la española ! Engañado por ruidos semejantes, corre en su dirección pero el tal palacio no se ofrece a sus ojos. Frecuentemente el uniforme vestido de las mujeres de Granada le daban un poco de esperanza :de lejos, todas las cristianas le parecían la dueña de su corazón; ninguna tenía su belleza y su gracia. Aben-Hamed había recorrido por fin las iglesias para descubrir a la extranjera; llegó hasta penetrar en la tumba de Fernando y de Isabel, que era el mayor sacrificio que podía pedirle a su amor.

Un día herborizaba en el valle del Darro. El ribazo del mediodía sostenía sobre su pendiente las murallas de la Alhambra y los jardines del Generalife; la colina del norte estaba decorada por el Albaicín, por rientes vergeles y por grutas que albergaban a mucha



gente. A la izquierda del valle se veían los campanarios de Granada que se elevaban en medio de verdes encinares y de cipreses. A la otra extremidad, hacia el oriente, distinguíanse entre las rocas conventos y ermitas, las ruinas de la antigua Iliberis, y en las lejanías las cimas de Sierra Nevada. El Darro se deslizaba por entre el pequeño valle, y a lo largo de su curso molinos con espumeantes cascadas tenían por fondo arcos rotos de un acueducto romano y restos de un puente moro.

Aben-Hamet ni estaba triste ni lo suficientemente alegre para gozar del encanto de la soledad: recorrió con aire distraído y aun con indiferencia estos lugares encantadores. Caminando a la ventura, siguió un paseo de arboles que corría a lo largo de las orillas del río. Una casa de campo rodeada de un bosquecillo se ofreció bien pronto a sus ojos: al aproximarse oyó una voz y el rasgueo de una guitarra. Entre las voces, los rasgos y



las miradas de una mujer que no se olvidaban fácilmente a un hombre enamorado."!Es mi hu-  
-ri !",dijo Aben-Hamed con el corazon palpi-  
tante. Escuho;al oir repetida varias veces  
la palabra abencerraje,sus palpitaciones e-  
ran mayores.La desconocida cantaba un roman-  
ce castellano cuyo argumento era la historia  
de Zegries y de Abencerrajes.... Aben-Hamet  
no pudo resistir mas a su emocion;se lanza  
a traves de un macizo de mirtos y cae enme-  
dio de un grupo de muchachas que huyeron es-  
pantadas dando gritos.La española que acaba-  
ba de cantar y todavia con la guitarra en la  
mano,le dice:"!Es el señor Moro !",y llama a  
sus compañeras."! Favorita de los genios,di-  
jo el Abencerraje,te buscaba,como el árabe  
busca una fuente en los ardores del mediodia;  
he oido el sonar de tu guitarra,celebrabas  
a los heroes de mi país,he adivinado tu pre-  
sencia por la belleza de tu acento,y traigo



ã tus pies el corazon de Aben-Hamet ".

Y yo, respondi doña Blanca, estaba pensando en vos cuando recitaba el romance de los Abencerrajes. Despues de haberos visto me figuro que estos caballeros moros se os parecian 3

La frente de doña Blanca se tiño de un ligero rubor al pronunciar estas palabras. Aben-Hamet penso en arrojarse a los pies de la joven cristiana y confesarla que era el ultimo Abencerraje, pero un resto de prudencia le retuvo; temia que su nombre, muy famoso en Granada produjera inquietudes al gobernador. La guerra de los moros apenas habia terminado y la presencia de un Abencerraje podã en este momento inspirar a los espaõoles justos temores. No es que Aben-Hamet se espantase de ningun peligro, pero temblaba al solo pensamiento de verser obligado a alejarse de la hija de don Rodrigo.



Doña Blanca descendía de una familia que traía su origen de Rui Diaz de Vivar y de Gimena, hija del Conde Gomez de Gormàaz. La posteridad del vencedor de Valencia la Bella, cayó por ingratitud de la Corte de Castilla, en una extrema pobreza; se creyó durante varios siglos que se había extinguido, y quedó obscurecida. Pero hacia la época de la conquista de Granada, un último vástago de la raza de los Bivar, el abuelo de Blanca, se dio a conocer más que por sus títulos por su valor temerario. Después de la expulsión de los infieles, el rey Fernando dio al descendiente del Cid los bienes de varias familias moras, y le hizo Duque de Santa Fé. El nuevo duque fijó su residencia en Granada y murió, joven todavía, dejando un hijo único ya casado; don Rodrigo, el padre de doña Blanca.

Doña Teresa de Jeréz, esposa de don Rodrigo, dio a luz un hijo que recibió también



el nombre de Rodrigo como todos sus antepasa-  
-dos pero a quien llamaban Carlos para distin-  
guirle de su padre. Los grandes éxitos obteni-  
dos por don Carlos desde su mas tierna juven-  
tud, y los peligros que habia corrido casi al  
salir de su infancia, no hicieron mas que a-  
-firmar en el un caracter grave y rigido ra-  
-yano en la mayor austeridad. Contaba apenas  
don Carlos catorce años, cuando siguió a Cor-  
tes en la conquista de Mejico; habia soporta-  
do todos los peligros, habia sido testigo de  
todos los horrores de esta admirable aventu-  
ra ; asistió a la caída del ultimo rey de un  
mundo hasta entonces desconocido. Tres años  
despues de esta catastrofe don Carlos, ya en  
Europa, asistió a la batalla de Pavia para  
presenciar el honor y el valor coronados, su  
cumbir bajo un golpe de infortunio. El aspec-  
-to de un mundo nuevo, el recuerdo de sus gran-  
des viajes por mar, el espectaculo de las re-



-voluciones y de las vicisitudes de la vida, habían hereido fuertemente su imaginacion religiosa y melàncolica, e ingreso en la Orden de Calatrava renunciando al matrimonio a pesar de las sùplicas de su padre, y con renuncia total de sus bienes a favor de su hermana.

Blanca de Bivar, mas joven que don Carlos era el idolo de su padre; habia perdido a su madre, y acababa de cumplir los dieciocho años cuando Aben-Hamet lle-go a Granada. Todo era seductor en esta mujer encantadora; su voz era deliciosa, su danza mas ligera que el céfiro, y tanto gozaba con guiar un coche como con volar a lomos del mas ràpido corcel andalùz, al igual que esas hadas que se aparecian en los bosques a Tristan y a Galaor. Atenas la hubiera tomado por Aspasia y Paris por Diana de Poitiers que comenzaba a brillar en la Corte. Unia a los encantos de una francesa, las pasiones de una española, y su coqueteria natural no amangua-



-ba para nada ni la bondad de su corazón ni la fuerza, constancia y elevación de sus pensamientos.

A los gritos de las muchachas españolas acudio don Rodrigo." Padre mio, dijo Blanca, he aqui al señor moro de quien os he hablado. Me oyo cantar y me ha reconocido; ha entrado en el jardin para darme las gracias por haberle enseñado su camino cuando se extravió "

El Duque de Santa Fe recibió al Abencerra je con esa cortesía grave que es nativa en los españoles. No se señalan en esta nación ninguno de esos actos serviles, ninguno de esos torneos de frases que ocultan la abyección de los pensamientos y la degradación del alma. El lenguaje del gran señor y el del campesino son iguales, el saludo el mismo, mismos también los hábitos y costumbres. En tanto que la confianza y la generosidad de este pueblo con los extranjeros no tiene límites, su venganza es terrible



cuando se le traiciona. De un valor heroico, de una paciencia a toda prueba, incapaz de ceder a la fortuna adversa, o la doman o son aplastados por ella. Tiene poco de eso que se llama espíritu pero sus pasiones exaltadas le dotan de esa luz que proviene de la abundancia de ideas nobles y generosas. Un español, que pasa el día sin hablar, que nada ha visto, que de nada se queja, que nada ha estudiado, encontrará en la grandeza de sus resoluciones los recursos necesarios en el momento de la adversidad.

Era el día de cumpleaños de don Rodrigo y Blanca organizó en su honor una tertulia<sup>(1)</sup> o pequeña fiesta en esta encantadora soledad. El duque de Santa Fe invitó a Aben-Hamet a sentarse en medio de las muchachas a quienes encantaba el turbante y el traje del extranjero. Colocaron almohadones de terciopelo y el Abencerraje se sentó en uno de ellos a la usanza mora. Le pre

---

(1) En castellano en el original.



-guntas acerca de su país y de sus aventuras; respondió con elegancia y cortesía. Hablaba el castellano mas puro y se le podría haber tomado por un español, a no ser, porque casi siempre decia tu en lugar de vos. Aquella palabra tenia en su boca algo tan dulce, que Blanca no podia ocultar su despecho cuando se dirigia a alguna de sus compañeras.

Aparecieron numerosos criados: llevaban chocolate, pastas de frutas y panecillos azucarados de Málaga blancos como la nieve, ligeros y esponjados. Después del refresco rogaron a Blanca que ejecutara una de esas danzas populares en las cuales sobrepasaba a las mas hábiles gitanas. Se vio obligada a ceder a los ruegos de sus amigas. Aben-Hamet guardaba silencio, pero sus miradas suplicantes decian mas que cuanto pudiera decirse con palabras. Blanca ejecuto una Zambra danza expresiva que los españoles tomaron de los moros.

Una de las muchachas comenzo a preludiar



en la guitarra el aire de la extraña danza. La hija de don Rodrigo quitose el velo y tomo con sus manos blancas las castañuelas de ébano. Sus cabellos negros caian en bucles sobre su cuerb de alabastro ;su boca y sus ojos sonreian a un tiempo;se encendian sus colores con los latidos del corazon.Hace sonar el brillante ébano,y mezclando su voz al son de la guitarra comienza la danza.

! Que variedad en sus pasos !,! que elegancia en sus actitudes !.Tan pronto levantaba sus brazos con vivacidad,como los dejaba caer con desmayo.Algunas veces se retorcia como ebria de placer,y otras como abrumada de dolor. Vuelve la cabeza,parece evocar a un ser invisible,ofrece ruborosamente una de sus mejillas bermejas al beso de un nuevo esposo,despues hu-ye como avergonzada,vuelve con un paso casi guerrero,y gira sobre si como si no pusiera los pies en el cespèd.La armonia de sus pasos,de



30

su canto y de los sonos de la guitarra era perfecta. La voz de Blanca, ligeramente velada tenía ese acento que enciende las pasiones hasta el fondo del alma. La música española, compuesta de suspiros y de movimientos vivos, de coplas tristes, de acentos a veces entrecortados, ofrece una singular mezcla de alegría y de tristeza. Esta música y esta danza fijaron irrevocablemente el destino del último Abencerraje: hubieran sido suficientes para turbar un corazón menos enfermo que el suyo.

Volvieron a Granada a la caída de la tarde siguiendo el valle del Darro. Don Rodrigo, encantado de las maneras nobles y distinguidas de Aben-Hamet, no quiso separarse de él sin antes obtener la promesa de visitarlos frecuentemente para distraer a Blanca con sus maravillosas narraciones del Oriente. El moro abrumado por tales ruegos aceptó la invitación del duque de Santa Fe, y desde el siguiente día no dejó de



frecuentar aquel palacio en el cual respiraba lo que amaba mas que la luz de sus ojos.

Blanca estaba enamorada de Aben Hamet, con una pasion mas profunda todavia por creerla imposible de satisfacer. !Amar a un infiel, a un mo-ro, a un desconocido la parecia una cosa tan extraña que no se previno contra un mal que ya se deslizaba por sus venas; al mismo tiempo, aun reconociendolo todo acepto este mal como una verdadera española. Los peligros y los pesares que ella preveia no la hicieron retroceder al borde del abismo, ni deliberar mucho tiempo con su propio corazon. Se decia ella misma: " Que Aben-Hamet se haga cristiano, y yo le seguiré hasta el fin de la tierra ".

El Abencerraje, por su parte, sentia esta misma pasion en toda su potencia irresistible; no vivia mas que para Blanca. No se ocupaba de los proyectos que le llevaron a Granada ; le era facil obtener los datos buscados, pero todo lo



extraño a su amor le era indiferente, se desva-  
-necia a sus ojos. Temía el cambio introducido  
en su vida. Nada pedía, nada quería saber; se de-  
-cía solamente: "Que Blanca sea musulmana,  
que me ame y la serviré hasta dar mi último  
suspiro;"

Aben-Hamet y Blanca, fijos en su resolución  
no esperaban, mas que el momento de descubrir  
sus sentimientos. Corrían los días mas bellos  
del año. "No habeis visto todavía la Alhambra,  
dijo la hija del duque de Santa Fe al Abencerra-  
je. Creo, por algunas palabras que se os han es-  
-capado, que vuestra familia es originaria de  
Granada. Os agradecerá tal vez visitar el pala-  
-cio de vuestros antiguos reyes?. Yo misma que  
-ro servir os de guia".  
Aben-Hamet jura por el profeta que ningun  
paseo le sería tan agradable.  
Llegada la hora fijada para la excursión  
a la Alhambra, la hija de don Rodrigo monta en  
una mula blanca acostumbrada a trepar por las



rocas como un cabritillo. Aben-Hamet acompañaba a la hermosa española montado en un caballo andaluz enjaezado a la turca. Al rápido galope de su caballo, la ropa de púrpura del joven moro flotaba al viento detrás de él, su yatagan resonaba al chocar contra la silla y el aire movía el penacho que coronaba su turbante. El pueblo, entusiasmado al verle decía al verle pasar: " Es un príncipe infiel que doña Blanca va a convertir ."

Siguieron un largo camino que todavía llevaba el nombre de una antigua familia mora; desembocando en el recinto exterior de la Alhambra. Atravesaron un bosque de olmos, llegaron a una fuente y se encontraron bien pronto en el recinto interior del palacio de Boabdil. En una muralla flanqueada de torres y coronada de troneras se abría la puerta llamada del Juicio . Franquearon esta primera puerta y avanzaron por un estrecho camino que serpenteaba entre altos muros y construcciones medio en ruinas. Este ca-



-mino les condujo a la plaza de los Aljibes, cerca de la cual Carlos V construía entonces un palacio. De allí, volviendo hacia el norte, pararonse en una patio desierto, al pie de un muro sin adorno alguno y maltratado por el tiempo. Aben-Hamet, saltando ligeramente a tierra, ofreció la mano a Blanca para ayudarla a descender de la mula. Los criados llamaron a una puerta casi abandonada y cubierta de musgo: la puerta se abrió y dejó ver como por encanto los reducidos secretos de la Alhambra.

Todos los encantos, todos los pesares de la patria, mezclados con la fuerza de su amor, angustiaban el corazón del último Abencerraja. Inmóvil y mudo, fijaba sus miradas de asombro en esta habitación de los Genios: creíase transportado a la entrada de uno de esos palacios descritos en los cuentos árabes. Esbeltas galerías, canales de mármol blanco bordeados de limoneros y de naranjos en flor, fuentes rumorosas, se ofre



-cian por todas partes a los ojos de Aben-Hamet y à traves de las volutas de los porticos entre-veia nuevos laberintos y nuevos encantos. El azul del cielo mas bello de la tierra se recor-taba entre las columnas que sostenian una ca-dena de arcos gótico. Los muros ornados de arabescos semejaban a la vista esas telas del Oriente que borda en el tedio del harem el ca-pricho de una mujer esclava. Algo de voluptuo-so, de religioso y de guerrero se respiraba en este magnifico edificio, especie de claustro del amor, retiro misterioso donde los reyes moros gustaban todos los placeres y olvidaban todos los deberes de la vida.

Pasados los primeros instantes de sospre-sa y de silencio, los dos amantes entraron en esta estancia del poder desvanecido y de las felicidades pasadas. Dieron la vuelta a la sala de los Mesucar en medio del perfume de las flo-res y de la frescura de las aguas. Llegaron al



patio de los leones. La emocion de Aben-Hamet aumentaba a cada paso ." Si no llenases mi alma de delicias, dijo a Blanca, con que pena me veria obligado a preguntarte a tí, española, la historia de estos parajes !. Ah, estos lugares están hechos para servir de retiro a la dicha y yo...." !

Aben-Hamet apercibio el nombre de Boabdil escrito en los mosaicos." Oh rey mio ! grito, a donde has llegado ? Donde te encontraré yo en tu Alhambra desierta ?" Y las lagrimas de la fidelidad, de la lealtad y del honor brotaban de los ojos del joven moro." Vuestros antiguos amos, dijo Blanca, o mejor diho, los reyes de vuestros padres, eran ingratos". ! Que importa, repetia el Abencerraje, si han sido desdichados. !

Acabadas de pronunciar estas palabras, Blanca le condujo a una sala que parecia ser el santuario mismo del templo del amor. Nada igualaba



en elegancia a este retiro: la bóveda pintada de azul y de oro y adornada de arabescos, desconchados por el tiempo, dejaba pasar la luz como a través de un tálamo de flores. Una fuente brotaba del centro de la habitación y sus aguas caían en cascada y eran recogidas por una concha de alabastro." Aben - Hamet, dijo la hija del duque de Santa Fe, mirad bien esa fuente: recibió las destrozadas cabezas de los Abencerrajes. Ved todavía sobre el mármol la mancha de sangre de los infortunados a quienes Boabdil sacrificó por sus sospechas. Es así como se trata en vuestro país a los seductores de mujeres crédulas ?

Aben-Hamet no escuchaba a Blanca; estaba prosternado y besaba con respeto las trazas de sangre de sus antepasados. Se levanta y grita " !Oh Blanca! juro por la sangre de estos caballeros, amarte con la constancia, la fidelidad y el ardor de un Abencerraje " .

" ¿ Me amais entonces ? , " <sup>de v.</sup> juntando sus manos



y elevando sus ojos al cielo. Pero, ¿tenéis en cuenta que sois un infiel, un moro, un enemigo, y que yo soy cristiana y española?

"¡Oh, santo profeta! dijo Aben-Hamet, sed testigo de mis juramentos...! Blanca le interrumpe: "¿Que fe he de prestar a los juramentos de un perseguidor de mi dios? ¿Sabéis si yo os amo? ¿Quien os ha dado tal seguridad para hablarme así?"

Aben-Hamet, consternado, respondió: "Es verdad yo no soy mas que tu esclavo; tu nombre has escogido como caballero tuyo".

"Moro, dijo Blanca, deja la astucia; has visto en mi mirada que te amo: mi amor por ti sobrepasa toda medida; soy cristiana y nadie me podrá impedir el ser tuya. Pero si la hija del duque de Santa Fe osa hablarte con esta franqueza es para que juzgues que sabrá vencerse y que no se entregará jamás a un enemigo de los cristianos".

Aben-Hamet, en un transporte de pasión co-



-gic las manos de Blanca, las llevo a su turban-  
-te y despues a su corazon. " Allah es todopo-  
-deroso y Aben-Hamet es feliz ! Oh Mahoma! que  
esta cristiana conozca tu ley y nada podrà..."  
! Tu blasfemas, dijo Blanca; salgamos de aqui !

Se apoyó en el brazo del moro y se aproxi-  
ma a la fuente de los Doce Leones, que da su nom-  
bre a uno de los patios de la Alhambra: "Extran-  
-jero, dijo la española, cuando miro tu ropa, tu  
turbante, tus armas , y sueño con nuestros amores  
creo ver la sombra del hermoso Abencerraje pa-  
seandose en este retiro con la infortunada Al-  
-faima. Explicame la inscripcion árabe grabada  
en el marmol de la fuente "

Aben-Hamet leyó estas palabras:

La bella princesa que se paseaba por el  
jardin toda cubierta de perlas que aumentaban  
prodigiosamente su belleza.... El resto de la  
inscripcion estaba borrado.

" Para ti mando grabar ella esta inscrip-  
-cion, dijo Aben-Hamet. Sultana amada, estos pala



-cios no han sido nunca tan bellos cuando se  
construyeron; como lo son hoy en ruinas. Escucha  
el ruido de las fuentes cuyas aguas ha torcido  
el musgo; contempla los jardines que se muestran  
a través de esas arcadas medio derruidas; contem-  
pla el astro del día que se oculta ya por de-  
tras de los porticos: ¡ que dulce es errar con  
tigo por estos lugares !... Tus palabras embal-  
saman estos retiros como las rosas del Yemen.  
Con que encanto reconozco en tu lenguaje los  
cantos del hablar de mis padres ! El solo roce  
de tus vestidos sobre estos mármoles me estre-  
mece. El aire no está perfumado mas que porque  
ha tocado tus cabellos. Eres bella como el Genio  
de mi patria entre estos despojos. Pero, ¿ puede  
Aben-Hamet conmovér tu corazón ? ¿ que es el á-  
tu lado ? Ha recorrido las montañas con su pa-  
dre, conoce las plantas del desierto.... no  
existe ninguna que pueda curar la herida que  
has abierto en su corazón ! Lleva armas pero no  
es caballero. En otros tiempos yo me decía:



El agua del mar que duerme al abrigo de los huecos de las rocas está tranquilo y mudo, mientras que el resto de las aguas se agitan. ! Aben-Hamet así será tu vida, silenciosa, apacible, ignorada en un rincón de tierra desconocida, mientras que la corte del sultán está a merced de los embates de la tormenta. Yo decía esto, joven cristiana, y tu me has demostrado que la tempestad puede llegar hasta el hueco de las peñas "

Blanca escuchaba con arrobamiento este lenguaje nuevo para ella, en el que el tono oriental encuadraba bien con los lugares de hadas que acababa de recorrer con su amante. El amor penetraba en su corazón; sentía que sus rodillas temblaban y se vio obligada a apoyarse con más fuerza en el brazo de su guía. Aben-Hamet sostenía este dulce peso y repetía según iban andando: " Ah, si yo fuera un brillante Abencerraje " !

" Me agradarías menos, dijo Blanca, porque estaría siempre sobresaltada; sigue obscuro y vive para mí. Frecuentemente un caballero célebre



olvida el amor por la fama de su nombre".

"Nada tendrás que temer; replico vivamente Aben-Hamet".

"¿Y como me amarías si fueses descendiente de un Abencerraje?, dijo la descendiente de Gimena.

"Te amaría, respondió el moro, mas que a la gloria y menos que al honor".

El sol desaparecia en el horizonte mientras paseaban los dos amantes. Habian recorrido toda la Alhambra. ¡ Que de recuerdos ofrecidos al pensamiento de Aben-Halet !. Aquí embalsamaban el ambiente para que fuese respirado por la sultana, con los mejores perfumes de Oriente. Allá en aquel apartado retiro eran pocos para ella los mejores adornos. Y era Blanca, era una mujer adorada la que referia estos detalles al joven que idolatraba.

La luna, al levantarse extendio su debil claridad por los santuarios abandonados y por los



desiertos claustros de la Alhambra. Sus blancos rayos dibujaban sobre el cespèd de sus patios, sobre los muros de las salas el bordado de una arquitectura aerea, los arcos de los claustros, la sombra movible de las aguas de los surtidores y la de los arbustos movidos por el céfiro. Un ruiseñor cantaba en un ciprés a traves de cuyas ramas se veia la cupula de una mezquita en ruinas, y el eco repetia sus quejas. Aben-Hamet escribia a la claridad de la luna el nombre de Blanca sobre el marmol de la sala de las Dos hermanas: trazaba este nombre en caracteres árabes a fin de que el viajero encontrase mas misterio aun en este sitiò ya misterioso de suyo.

" Moro, estos lugares son crueles, dijo Blanca: abandonemoslos. El destino de má vida está fijado para siempre. Retén bien estas palabras: Musulman soy tu amante sin esperanza; cristiano, seré tu esposa feliz "

Aben-Hamet respondió: " Cristiana, soy tu esclavo desesperado, musulmana, seré tu esposo feliz "



Y los nobles amantes salieron del peligroso palacio.

La pasión de Blanca aumentaba de día en día y la de Aben-Hamet acrecía con la misma violencia. Estaba tan encantado de ser querido por ser el, que no reveló el secreto de su nacimiento a la hija del duque de Santa Fe: pensaba con íntimo placer que diría el nombre ilustre que llevaba el mismo día en que Blanca le otorgase su mano. Pero, fue llamado a Túnez con urgencia: su madre, atacada de un mal incurable quería abrazar a su hijo y bendecirle, antes de dejar esta vida. Aben-Hamet se presentó en el palacio de Blanca.

" Sultana, la dijo, mi madre va a morir. Me llama para que cierre sus ojos. Me querrás siempre ?

" Me, abandonas, respondió Blanca palideciendo. Te volveré a ver ? "

" Ven, dijo Amet. Quiero exigir de ti un juramento y hacerte otro que solo la muerte podrá romper. Sígueme "

Salieron los dos y llegaron a un cementerio



que fue antes el de los moros. Se veían todavía aquí y allá columnas funerarias alrededor de las cuales el escultor había esculpido símbolos musulmanes sustituidos después por cruces. Aben-Hamet condujo a Blanca al pie de estas columnas.

" Blanca, dijo, mis antepasados reposan aquí: juro por sus cenizas amarte hasta el día en que el ángel del juicio me llame ante el tribunal de Alláh. Te prometo no entregar mi corazón a ninguna otra mujer y tomarte por esposa el día en que conozcas la santa luz del profeta. Todos los años en esta época vendré a Granada para ver si me guardas en tu pensamiento y si quieres renunciar a tus errores. "

" Y yo, dijo Blanca deshecha en lágrimas, te esperaré todos los años: te amaré hasta exalar mi último suspiro y te recibiré como esposa cuando el dios de los cristianos más poderoso que el tuyo haya tocado tu corazón de infiel "

Aben-Hamet partió; los vientos le llevaron a las orillas africanas; su madre acababa de ex-



-pirar. La lloro y abrazo su feretro .Pasaron los meses:unas veces errando entre las ruinas de Car-tago, otras sentandose sobre la tumba de San Luis, el Abencerraje exilado esperaba el dia de volver a Granada. Llego por fin:Aben- Hamet embarco en un velero con rumbo a Màlaga. Con que entusiasmo, con que alegria,mezclada de miedo apercibio las costas de España ! Se acordaria ella todavia de un pobre àrabe que no ceso de adorarla bajo las palmeras del desierto ?.

La hija del duque de Santa Fe no era infiel a sus juramentos.Habia rogado a su padre que la condujese a Màlaga.Desde lo alto de las montañas que bordean la costa solitaria, seguia con la vis-ta los barcos lejanos y las velas fugitivas.Du-rante la tempestad,contemplaba con espanto el mar revuelto por los vientos:queria entonces per-derse entre las nubes,exponerse en los momentos peligrosos,sentirse bañâda por las mismas olas, llevada por el mismo torbellino que amenazase los dias de Aben-Hamet.Cuando veia las gaviotas



rozar las olas con sus grandes alas y volar hacia las costas de Africa, la llenaba de palabras de amor y de votos insensatos que solo caben en un corazon que la pasion devora.

Un dia erraba sobre la arena de la playa y apercibio un gran barco, de proa levantada y vela latina, que anunciaba el gusto elegante de los moros. Blanca corrio al puerto y vio entrar al barco berberisco que dejaba larga estela con su tajamar. En la popa de la embarcacion, dos esclavos negros sostenian por el freno un caballo árabe que con su naríz humeante y sus crines esparcidas indicaban a la vez su ardiente naturaleza y el terror que le inspiraba el ruido de las olas. La barca llevo, abatio sus velas y toco en el muelle presentando su flanco. El moro se lanzo a la orilla haciendo resonar sus armas. Los esclavos hicieron salir al corcel, atigrado que saltaba y relinchaba de alegria al sentirse en tierra firme. Otros esclavos bajaron con todo cuida



-do una cesta en donde reposaba una gacela entre  
hojas de palmera. Sus finas patas estaban atadas  
y plegadas para que no se rompieran con el movi-  
\_miento del barco; llevaba un collar de cuentas  
de àloe, y sobre una placa de oro que unia las  
dos puntas del collar estaban grabados en àrabe  
un nombre y un talismàn.

Blanca reconoció a Aben-Hamet: no quería traí-  
-cionarse a los ojos de la multitud, se retiró en  
-viando a Dorotea, una de sus doncellas a decirle  
al àrabe que le esperaba en el palacio de los  
Moros. Aben-Hamet presentaba en este momento su  
salvoconducto escrito en letras azules sobre un  
pergamino forrado de seda. Dorotea se aproximó y  
condujo al dichoso Abencerraje a los pies de  
Blanca. ! Que transportes de alegría entre los  
dos enamorados !. ! Que dicha la de volverse a  
ver despues de tan larga separacion !. ! Que nue-  
-vos juramentos de amarse siempre !.

Los dos esclavos llevaron el caballo, que en



lugar de silla solo llevaba una piel de leon bordada de pùrpura. Tambien llevaron la gacela." Sul-tana, dijo Aben-Hamet, es una cabritilla de mi pais casi tan ligera como tu." Blanca, desato con sus propias manos al animal que parecia agradecersele dirigiendola dulces miradas. Durante la ausencia del Abencerraje, la hija del duque de Santa Fe habia estudiado el àrabe; leyo con tiernos ojos su nombre, escrito en el collar de la gacela. Esta, una vez en libertad se sostenia a penas sobre sus patas tan largo tiempo atadasse echo a tierra apoyando su cabeza sobre las rodillas de su ama. Blanca le hablaba de todo lo ocurrido en su ausencia y acariciaba mientras tanto la piel de la gacela todavia impregnada del olor de la madera de àloe y de las rosas de Tunez.

El Abencerraje, el duque de Santa Fe y su hija partieron juntos para Granada. Los dias pasaron dichosos como los del año precedente: los mismos paseos, las mismas tristezas al al contemplar la patria perdida, el mismo amor siempre creciente,



pero siempre la misma devocion de los dos para la religion de sus padres." Sed cristiano, decia Blanca"; Sed musulmana", decia Aben-Hamet :y una vez mas se separaron sin haber disminuido la pasion de los dos amantes.

Aben-Hamet volvio el tercer año, como esos pajaros que el amor trae en la primavera a nuestros climas .No encuentra a Blanca en la orilla del mar, pero una carta de su fiel adorada le explica que el duque de Santa Fe a salido para Madrid y que don Carlos ha llegado a Granada. Don Carlos venia acompañado de un prisionero frances amigo del hermano de Blanca. El moro sintio que su corazon estallaba al leer esta carta. Abandono Málaga y partio para Granada preso de los mas trãstes presentimientos. Las montañas le parecian como abandonadas y solitarias, y varias veces volvio la vista hacia el mar que acababa de dejar.

Blanca, durante la ausencia de su padre no se separaba de su hermano, un hermano que se habia



desprendido de todo en favor de ella, y al que no veía hacia siete años. Don Carlos poseía todo el valor y toda la energía de su nación: terrible como los conquistadores del Nuevo Mundo, entre los cuales había hecho sus primeras armas; religioso como los caballeros españoles vencedores de los moros, guardaba en su corazón un odio contra los infieles, heredado del Cid.

Tomàs de Lautrec, de la ilustre casa de Foix en la cual la belleza de las mujeres y de los hombres era como un don hereditario, era el hermano menor de la condesa de Foix y del bravo y desdichado Odet de Foix, señor de Lautrec. A la edad de ocho años Tomàs fue armado caballero por Bayarden en aquella celebre retirada que costó la vida al caballero sin miedo y sin tacha. Algun tiempo despues, Tomàs fue hecho prisionero en Pavía defendiendo al rey caballero que perdió todo menos el honor.

Don Carlos de Bivar, testigo del valor de Lautrec se había encargado de cuidar al joven frances herido, y bien pronto se estableció entre



ellos una de estas grandes amistades basadas en la virtud y en el valor. Francisco 1º había vuelto a Francia, pero Carlos V retuvo a los demás prisioneros. Lautrec había tenido el honor de participar de la cautividad de su rey y de dormir a los pies del monarca en la prisión. Quedo en España y había quedado bajo su palabra con don Carlos, que le llevo a Granada.

Cuando Aben-Hamet se presento en el palacio de don Rodrigo y le introdujeron en la sala donde se encontraba la hija del duque de Santa Fe, sintio unas zozobras que hasta entonces no había sentido. A los pies de doña Blanca estaba sentado un muchacho joven que la contemplaba en silencio, en una especie de éxtasis. El joven caballero llevaba botas altas y un jubon al que se ajustaba un cinturón del cual pendía una espada ornada con las flores de l'ys. Sobre sus espaldas una capa de seda, y cubría su cabeza con un sombrero orlado de plumas; un cuello bordado dejaba ver su garganta descubierta. Sus bigotes, negros como el ébano da -



-ban a su cara de una dulzura natural, un aire marcial y guerrero. Calzaba la espuela de oro de los caballeros.

A alguna distancia, otro caballero estaba de pie, apoyado en el puño de su larga espada: vestía como el otro pero parecía de más edad. Su aire austero pero ardiente y apasionado inspiraban respeto y miedo al mismo tiempo. La roja cruz de Calatrava bordada en su pecho llevaba esta divisa: Por ella y por mi rey.

Un grito involuntario se escapó de los labios de Blanca cuando se dio cuenta de la llegada de Aben-Hamet. "Caballeros, dijo enseguida, he aquí al infiel de que os he hablado tanto: es un Aben-cerraje y a los de su raza nadie los sobrepasaba en lealtad, valor y galanteria".

Don Carlos dio unos pasos hacia Aben-Hamet y le dijo "Señor moro, mi padre y mi hermana me han dicho vuestro nombre; se os considera perteneciente a una raza noble y valiente y esto se ve por vuestro porte y por vuestra cortesía. Bien pronto



nuestro rey Carlos V llevará la guerra a Tunez,  
y nos veremos, yo lo espero, en el campo del honor."

Aben-Hamet se llevo la mano al pecho sin  
responder, y se sento en el suelo sin separar la  
vista de Blanca y de Lautrec. Este, admiraba con  
la curiosidad de todos los de su pais, el sober-  
bio traje, las armas brillantes, la belleza del  
moro; Blanca no parecia muy azorada; toda su alma  
fluia a sus ojos: la sincera española no intento  
esconder el secreto de su amor. Despues de algu-  
nos momentos de silencio, Aben-Hamet se levanta,  
se inclina ante la hija de don Rodrigo y se re-  
tira. Extrañado del comportamiento del moro y  
de las miradas de Blanca, Lautrec salio con una  
sospecha que bien pronto se cambio en certidum  
-bre.

Don Carlos quedo solo con su hermana. "  
Blanca, la dijo, explicaos; de donde nace esa  
turbacion que os ha causado la vista del moro ?

" Hermano mio, respondió Blanca, amo a Aben-  
Hamet, y si el quiere hacerse cristiano mi cora-



-zon será suyo 3 .

" ! Que !,grita don Carlos;amas a un Abence-rraje.! Tu,la hija de los Bivar ama a un moro al que nosotros hemos arrojado de estes palacios !

" Carlos,replico Blanca;amo a Aben-Hamet y el me ama;han pasado tres años y ha renunciado a mi antes que renunciar a la religion de sus padres.Nobleza,honor,caballerosidad,todo lo tiene; le adoraré hasta exhalar mi último suspiro " .

Don Carlos apreciaba cuanto de noble habia en la conducta de Aben-Hamet,pero deploraba su ceguera."Infortunada Blanca a-donde te conducirà este amor ?Pensaba en que mi amigo Lautrec seria algun dia mi hermano " .

" Te engañas,respondio Blanca;yo no puedo amar a ese extranjero.En cuanto a mis sentimientos por Aben-Hamet yo no doy cuenta a nadie. Guarda tus juramentos de caballero como yo guardo los del amor.Sabe solamente y para que te sirva de consuelo,que Blanca no será jamás la esposa de un infiel " .



" ! Nuestra familia desaparecerà entonces de la tierra !,grito don Carlos .

" En ti està el hacerla revivir,dijo Blanca, que importan unos hijos que acaso no veas y que no heredaràn tus virtudes ?.Carlos,presiento que somos los ultimos de nuestra raza;somos algo extraordinario para que nuestra sangre florezca despues de nosotros; el Cid fue nuestro abuelo y serà nuestra posteridad.Blanca salio.

Don Carlos volo en busca del Abencerraje.

" Moro,renuncia a mi hermana o acepta el combate "

" Eres el encargado de su parte de invitarme a renunciar a los juramentos hechos ? "

" No,replico don Carlos:ella te ama mas que nunca "

" Ah,digno hermano de Blanca!grito el Abencerraje interrumpiendole,Oh afortunado Aben-Hamet! Oh dichoso dia!,yo creia que Blanca me era infiel con el caballero francés "

" Y esta serà tu desdicha,grito el caballero fuera de si,:Lautrec es mi amigo:sin ti el



seria mi hermano.Me daràs cuenta de las lagrimas que hagas verter a mi familia .

" Me parece bien,respondio Aben-Hamet"pero nacido de una raza,que puede ser,ha combatido a la tuya,no pertenezco a la clase de los caballeros.No veo aqui a nadie que pueda conferirme la orden de la caballeria que te permitiria entonces medirte conmigo sin descender de rango " .

Don Carlos se hizo cargo de la reflexion del moro y le miro con una mezcla de admiracion y de furor.Pues !ahora mismo !"Soy yo quien te armarà caballero,! eres digno de ello !.

Aben-Hamet hincó una rodilla ante don Carlos que le dio tres espaldarazos con la espada desnuda ;despues le ciño la que tal vez podria atravesarle el pecho:tal era el antiguo honor.

Despues,los dos montando en sus caballos dejaron los muros de Granada y se dirigieron hacia la fuente delPino.Los duelos entre moros y cristianos dieron celebridad a esta fuente.Alli



se habia batido Malik el Abbés contra Ponce de Leon, y alli tambien el Maestre de Calatrava habia dado muerte al valeroso Abayad. Se veian todavia trozos de las armas de este caballero moro suspendido de la rama del pino, y aun se leia escrita sobre el tronco una oracion funebre. Don Carlos mostro con la mano la tumba de los Abasidas, al Abencerraje "Imita, le grito, a este bravo infiel y recibe de mi mano el bautismo de la muerte".

"La muerte puede ser, pero siempre adoraré a Allah y al Profeta".

Frente a frente, se arrojaron uno contra otro furiosamente. No tenian mas que dos espadas: Aben-Hamet era menos habil que don Carlos en los combates, pero la bondad de sus armas, templadas en Damasco, y la ligereza de su caballo árabe le daban ventaja sobre su enemigo. Lanzo su caballo a estilo de los moros y con su largo estribo cortante hiere el caballo de don Carlos por encima de la rodilla. El caballo herido cae,



y don Carlos, desmontado por este golpe feliz ~~avanza~~ avanza sobre Aben-Hamet con la espada en alto. Aben-Hamet salta a tierra y espera a don Carlos con intrepidez. Para los primeros golpes del es-  
-pañol que rompe su espada contra el hierro de Damasco. Abandonado dos veces por la fortuna, don Carlos vertiendo lagrimas de rabia grita a su enemigo: " Hiere moro, hiere, don Carlos desarmado te desafia a ti y a toda tu raza de infieles".

" Tu puedes matarme, responde el Abencerraje pero yo no he soñado jamas con hacerte la menor herida .He querido solamente probarte que era digno de ser tu hermano sin que me despreciaras"

En este instante se apercibio una nube de polvo: Lautrec y Blanca montaban dos caballos de Fez mas ligeros que el viento. Llegaron a la fuente del Pino y vieron el combate suspendido.

" He sido vencido, dijo don Carlos; este caballero me ha perdonado la vida. Lautrec vos podeis ser acaso mas dichoso que yo. "

Mis heridas, dijo Lautrec con una voz dulce



y serena, me permiten rehusar el combate con este cortés caballero. Yo no quiero, añadió enrojeciendo, conocer el objeto de vuestra querrela y penetrar un secreto que llevaría tal vez la muerte a mi alma. Bien pronto mi ausencia hará renacer la paz entre vosotros, a menos que Blanca no me ordene quedarme a sus pies".

"Caballero, dijo Blanca, quedareis con mi hermano, y como a una hermana me mirareis. Todos los corazones que aquí están tienen sus penas: aprendereis de nosotros a soportar las penas de la vida".

Blanca quería que los tres caballeros se diesen la mano: los tres lo rehusaron. "¡Odio a Aben-Hamet, grito don Carlos!" - Yo le envidio dijo Lautrec. - Y yo, dijo el Abencerraje, estimo a don Carlos y compadezco a Lautrec, pero no sabría amarlos".

"Veamos frecuentemente dijo Blanca, y tarde o temprano vendrá el afecto. Que la causa de encontrarnos en este sitio se ignore siempre en Granada".



Aben-Hamet en estos momentos era objeto de un mayor amor por parte de la hija del duque de San Fe: el amor ama a la valentia; no le faltaba nada al Abencerraje; era valiente y a el le debia la vida don Carlos. Aben-Hamet, por consejo de Blanca se abstuvo durante algunos dias de presentarse en el palacio a fin de que se calmase la colera de don Carlos. Una mezcla de sentimientos dulces y amargos llenaba el alma del Abencerraje: si por una parte, la seguridad de ser amado con tanta fidelidad y ardor era para el una inagotable fuente de de delicias, por otra, la seguridad de no poder ser nunca dichoso sin renunciar a su religion abrumaba el corazon de Aben-Hamet. Ya habian transcurrido varios años sin encontrar remedio a sus males; ¿transcurriria asi el resto de su vida ?

Estaba sumido en un abismo de reflexiones cuando una tarde oyo la plegaria cristiana que anuncia el fin del dia. Penso entrar en el templo del dios de Blanca y pedirle consejos al



Padre de la naturaleza.

Salio. Legó a la puerta de una antigua mezquita convertida en iglesia por los fieles. Con el corazón lleno de tristeza y de fe penetra en el templo que antes era el de su dios y el de su patria. Había terminado la plegaria: no había nadie en la iglesia. Una santa obscuridad reinaba entre una multitud de columnas que semejaban los troncos de los árboles de un bosque regularmente plantado. La ligera arquitectura de los árabes se unía a la arquitectura gótica, y sin perder nada de su elegancia tenía un aire propicio a las meditaciones. Algunas lámparas alumbraban escasamente la bóveda; pero a la claridad de varios cirios se veía todavía brillar el altar y el santuario: relumbraba el oro y la pedrería. Los españoles cifran su orgullo en despojarse de sus riquezas para adornar los objetos del culto, y la imagen de Dios, colocada en medio de velas, bordados y coronas de perlas y de rubíes era adorada por el pueblo.



No se veía ninguna silla en el recinto del templo: un pavimento de marmol, que no era sino un conjunto de losas funerarias servía a los grandes y a los pequeños para prosternarse ante el Señor. Aben-Hamet avanzo lentamente preso de una gran excitacion nerviosa que le hacia estre mecerse al solo ruido de sus pasos. Su espiritu participaba de dos sentimientos bien diferentes; el recuerdo de que aquel edificio sirvio a los fieles musulmanes y las impresiones que hacian necer en su corazon la religion de los cristianos. Vio al pie de una columna una figura inmovil que al principio tomo por una estatua; se aproximó percibiendo a un joven caballero, de rodillas, con la frente respetuosamente inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho. El caballero no hizo ningun movimiento al ruido de los pasos de Aben-Hamet; nada turbaba su profunda plegaria. Su espada en tierra, delante de el y su sombrero cargado de plumas al lado de sus rodillas. Parecia estar sometido a los efectos



de un encanto. Era Lautrec: Ah, dijo el Abencerraje, este joven francés pide al cielo algun favor señalado; este guerrero ya célebre por su valor abre a Dios su corazón como el mas humilde y ignorado de los hombres. Roguemos tambien al Dios de los caballeros y de la gloria

Aben-Hamet iba a arrodillarse, cuando se fijó en una inscripción del Corán que, aun medio borrada se leía en una moldura. Los remordimientos se apoderaron de su corazón y a toda prisa salió del edificio en el cual iba a ser infiel a su religion y a su patria.

El cementerio que rodeaba a esta antigua mezquita era una especie de jardín plantado de naranjales, de cipreses y de palmeras, y refrescado por dos fuentes; estaba rodeado por un claustro. Aben-Hamet, al pasar bajo uno de los porticos distinguió la silueta de una mujer que se disponía a entrar en la iglesia. Aunque iba envuelta en un velo, Aben-Hamet reconoció en ella



a la hija del duque de Santa Fe; la paro y la di-

-jo: " Vas a buscar a Lautrec ? "

" Deja esos celos vulgares, respondió Blanca; si yo no te amase te lo diría; no podría engañarte. Vengo a rogar por ti; tu eres el solo objeto de mis pensamientos; olvido mi alma por la tuya. Estoy emponzoñada con el veneno de tu amor. Has turbado la paz de mi familia y mi hermano te odia; mi padre está abrumado por la pena ante mi negativa a tomar esposo. ¿ No te das cuenta de que mi propia salud se va perdiendo ?.

! Ves este asilo de la muerte !; ! pronto me recibirá si no te apresuras a convertirme a mí fe al pie del altar de los cristianos ! Los combates que libra mi alma minan mi vida poco a poco; la pasión que me inspiras no sostendrá siempre mi fragil existencia: ! oye moro !, hablando el lenguaje que tu hablas, te diré, que el fuego que ilumina la antorcha es también el fuego que la consume " .

Blanca entró en la iglesia y dejó al Aben-



-cerraje sumido en sus pensamientos y abrumado por estas palabras.

Era un hecho; el Abencerraje estaba vencido; iba a renunciar a los errores de su culto; ya ha combatido por ellos bastante tiempo. El temor de ver morir a Blanca atenazaba más que nada el corazón de Aben-Hamet. Después de todo, se decía, el dios de los cristianos puede ser el dios verdadero. Este es siempre el dios de las almas nobles y buenas porque es el de Blanca, el de don Carlos y el de Lautrec.

Sumido en estos pensamientos, Aben-Hamet es -pero la llegada del día siguiente para comunicar a Blanca su resolución y cambiar una vida de tristeza y de lágrimas por una de alegría y de dicha. No pudo ir al palacio del duque de Santa Fe hasta por la tarde. Supo que Blanca había ido con su hermano al Generalife, donde Lautrec daba una fiesta. Aben-Hamet, agitado por nuevas sospechas corrió tras de la pista de Blanca.

Lautrec enrojeció al ver aparecer al Abencerra



67  
-je; en cuanto a don Carlos, recibió al moro con una fría cortesía, pero a través de la cual se veía el afecto.

Lautrec había hecho servir en el banquete los mejores frutos de España y de África, en una de las salas del Generalife llamada de los Caballeros. De los muros de la sala pendían los retratos de los vencedores del poder musulmán; Peláyo, el Cid, Gonzalo de Córdoba... La espada del último rey de Granada se hallaba suspendida de bajo de estos retratos. Aben-Hamet refrenó su dolor y solo dijo, como el león, al mirar estos cuadros: "Nosotros no sabemos pintar".

El generoso Lautrec, que veía los ojos del Abencerraje volverse a pesar suyo hacia la espada de Boabdil, le dijo: "Caballero moro, si yo hubiese previsto que me haríais el honor de venir a esta fiesta, no os hubiere recibido aquí. Todos los días se pierde una espada y yo he visto al más valiente de los reyes entregar la suya a su dichoso enemigo".



"Ah! exclamo el moro cubriendose la cara con las manos, se puede perder como Francisco 1º pero como Boabdil !..."

Llego la noche: trajeron las luces; la conversacion cambio de rumbo. Rogaron a don Carlos que refiriese algo de la conquista de Méjico. Hablo de este pais desconocido con la pomposa elocuencia propia de la nacion española. Conto la desdicha de Moctezuma, las costumbres de los americanos los prodigios del valor castellano y al propio tiempo refirio las crueldades de sus compatriotas que no le parecian ser dignas ni de censura ni de alabanza. Estas narraciones encantaban a Aben-Hamet cuya aficion por las historias maravillosas hacia conocer su sangre árabe. El a su vez hizo la descripcion del Imperio Otomano asentado sobre las ruinas de la vieja Constantinopla, no sin dedicar un recuerdo al primer Califato; tiempos dichosos en los que el comendador de los creyentes veia brillar a su alrededor la belleza de Zobeida, Flor de la Belleza, Fuerza de los corazones, Tormento de este generoso Ca



-lifa esclavo del amor; En cuanto a Lautrec, canto la Corte galante de Francisco I<sup>o</sup>, las artes que renacian del seno de la barbarie, el honor y la lealtad, la caballeria de los antiguos tiempos unida a la cortesia de los nuevos; canto a la arquitectura gotica revestida con adornos de la griega y a las damas que realzaban la riqueza de sus vestidos con la elegancia ateniense....

Despues de este pequeño discurso, Lautrec que hacia los honores de esta fiesta, cogio la guitarra y canto esta romanza inspirada en ai-res de su pais:

Hablaba en ella de los recuerdos de su infancia; de los bellos dias pasados con la hermana en el castillo de sus mayores, cuando los dos, de rodillas ante su madre la besaban con cariño y respeto. Rememoraba en esta cancion la belleza del paisaje, la primavera en el bosque, y acababa todos los versos con este otro: Mi pais serà siempre mi amor.

Cuando termino Lautrec, enjugo una làgrima



que le arrancaba el recuerdo de su Francia. Los pesares del joven prisionero causaron profunda impresion en el ànimo de Aben-Hamet, que como Lautrec lloraba la pérdida de su patria. Solicito a su vez la guitarra advirtiendo que no sabia mas que un viejo romance, desde luego poco agradable para oidos cristianos.

" Si son quejas de infieles que gimen ante nuestras victorias, dijo desdeñosamente don Carlos, podeis cantar; las làgrimas estan permitidas a los vencidos."

" Si, aadió Blanca, por eso, nuestros padres tanto tiempo sometidos a los moros nos han legado tantas canciones bellas y tristes."

Aben-Hamet canto una balada que el oyo al poeta de los Abencerrajes.

En ella referiase a la ilusion del rey don Juan II de Castilla por la ciudad de Granada, y varias veces en el curso de su cancion intercalaba la palabra "maldito cristiano". El final de la balada canta la promesa del rey a la bella ciudad y la simbolica respuesta de



Granada, la ciudad de los nazaritas.

Si tu quisieras Granada  
contigo me casaría  
daréte en arras y dote  
a Cordoba y a Sevilla  
- Casada soy rey don Juan  
casada soy, que no viuda  
el moro que a mí me tiene  
muy grande bien me quería. (1)

La ingenuidad de estas quejas habian emocionado al propio don Carlos, a pesar de las imprecaciones pronunciadas contra los cristianos. Hubiera deseado que se le dispensase de cantar pero por cortesía hacia Lautrec cedió a sus ruegos. Aben-Hamet dio la guitarra al hermano de Blanca que canto las hazanãs del Cid su ilustre antepasado:

Presto a partir para tierra agarena

---

(1). Nos dice Ramon Menendez Pidal en sus comentarios al Romancero, que esta canción está basada en un suceso histórico: en 1431 el rey don Juan, acompañado de Benalamao; infante moro, se presenta ante Granada que se entrega; el rey en tonces, coloca al infante en el trono nazari.



Armado el Cid de coraje y valor  
Con la guitarra, a los pies de Gimena  
Cantaba estos versos que dictaba el honor

Gimena ha dicho: Ve a combatir al moro  
De este combate saldràs vencedor  
Si a mi Rodrigo con fuerza yo adoro  
Es porque cede su amor a su honor.

Dadme, dadme mi casco y mi lanza  
Os diré que Rodrigo tiene corazon  
En los combates mostrando su pujanza  
Su grito serà, por su dama y su honor.

Moro, vanidoso por tu galanteria  
De tus acentos mi noble canto vencedor  
De España un dia seràn la alegria  
Por unirse el valor y el honor.

En los valles de nuestra Andalucia  
Los viejos cristianos cantaràn mi valor  
Pero preferirà a toda alegria  
Su Dios, su rey, su Gimena y su honor.



Don Carlos habia cantado este romance con una fuerte y sonora, como si fuese el Cid mismo. Lautrec participaba del entusiasmo guerrero de su amigo, pero el Abencerraje palidecio al oir el nombre del Cid.

" Este caballero, dijo el, a quien los cristianos llamaban Flor de las batallas, tiene entre nosotros el nombre de cruel. ! Si su generosidad hubiese igualada a su valor....! "

" Su generosidad, respondio vivamente don Carlos interrumpiendo a Aben-Hamet, sobrepasaba todavia a su valentia, y solo los moros pueden hoy calumniar a mi familia."

" Que dices, exclamo Aben-Hamet levantandose de la silla; cuentas al Cid entre tus antepasados ?

" Su sangre corre por mis venas, replico don Carlos, y reconozco esta noble sangre en el odio que siento hacia los enemigos de mi dios.

" Entonces, dijo Aben-Hamet mirando a Blanca, pertenecéis a la casa de estos Bivar que des-



-pues de la conquista de Granada invadieron los hogares de los desdichados Abencerrajes y dieron muerte a un viejo caballero de este nombre que queria defender la tumba de sus abuelos ?

" ! Moro! dijo don Carlos lleno de colera, sabe que jamas me deajo interrogar. Si yo poseo hoy dia los despojos de esos Abencerrajes, mis antepasados lo adquirieron al precio de su sangre, y solo a su espada lo deben "

" Todavia una palabra, dijo Aben-Hamet siempre emocionado, :hemos ignorado en nuestro exilio que los Bivar llevaban el titulo de Santa Fe y esta ha sido la causa de mi error "

" A un Bivar se le concedio este titulo por el mismo rey Fernando el Catolico. "

La cabeza del Abencerraje cayo sobre su pecho: quedo de pie entre don Carlos, Lautrec y Blanca, emocionados. Torrentes de lágrimas caian de sus ojos. " Perdonad, dijo; se que los hombres no deben llorar: los mios, en adelante no lloraran mas; escuchadme:

" Blanca, amor mio, mi cariño ha sido para



ti igual que el abrasador viento africano. Estaba vencido; no podía vivir sin ti. Ayer, al oír las plegarias de este caballero, y tus palabras pronunciadas en el cementerio, decidí conocer a tu Dios y ofrecerte mi fe. "

Un movimiento de alegría de Blanca y de sorpresa de don Carlos interrumpieron a Aben-Hamet; Lautrec escondió su cara entre las manos. El moro adivino su pensamiento y con una sonrisa triste le dijo: "Caballero, no perdais la esperanza; y tu, Blanca, llora siempre por el último Abencerraje!".

Blanca, don Carlos, y Lautrec levantaron sus manos al cielo diciendo: "El último de los Abencerrajes!".

Reino el silencio; el temor, la esperanza, el odio, el amor, el asombro, los celos, agitaban todos los corazones; Blanca cayó de rodillas. "Dios de bondad!, dijo, tu justificas mi elección; no podía amar mas que al descendiente de unos heroes!".



" ¡ Hermana mia, exclamo don Carlos, sabed que estais delante de Lautrec ! "

" Don Carlos, respondió Aben-Hamet, suspended vuestra colera; soy yo quien os devolverà la calma". Entonces dirigiendose a Blanca que habia vuelto a sentarse la dijo:

" Huri del cielo, Genio del amor y de la belleza, Aben-Hamet serà tu esclavo hasta la muerte; pero date cuenta de toda la extension de mi desdicha. El viejo inmolado por tu abuelo defendiendo su hogar, era el padre de mi padre: conoce un secreto que te habia ocultado, o mas bien que tu me habias hecho olvidar. Cuando vine por primera vez a visitar mi triste patria perdida, buscaba sobre todo un descendiente de los Bivar que pudiera darme cuenta de la sangre que habian vertido sus padres. "

" Bien, dijo Blanca con una voz, triste, pero que indicaba un alma grande; cual es tu resolution ?.

" La unica que sea digna de ti, respondió Aben-Hamet; te devuelvo los juramentos hechos,



y con mi ausencia eterna olvidaremos los dos la enemistad de nuestros dioses, de nuestras patrias y de nuestras familias. Si mi imagen se borra de tu corazón, si el tiempo que todo lo destruye te hace olvidar a este Abencerraje, ...este caballero francés.... Tu debes este sacrificio a tu hermano. "

Lautrec se levanto arrojandose en los brazos del moro." ! Aben-Hamet ! dijo con vehemencia, no creo que puedas vencerme en generosidad; soy francés; Bayardo me armo caballero; he vertido mi sangre por mi rey; seré como mi padrino y como mi príncipe, sin miedo y sin tacha. Si permaneces entre nosotros, suplicaré a don Carlos que te conceda la mano de su hermana; si abandonas Granada, jamás una palabra de amor escuchará tu enamorada. No llevarás en tu destierro la funesta idea de que Lautrec, insensible a tu virtud y a tu valor quiere aprovecharse de tu desdicha y de tu amargura. "

Y el joven caballero estrecho al moro con-



-tra su pecho con el calor y la impetuosidad de un francés.

" ¡ Caballeros ! ,dijo don Carlos a su vez, no esperaba menos de vuestras razas ilustres. ¡ Aben-Hamet, como puedo reconocer en vos al ultimo de los Abencerrajes ?"

" En mi conducta, respondió Aben-Hamet "

" La admiro, dijo el español; pero antes de explicarme nada, mostradme un signo de vuestro nacimiento."

Aben-Hamet saco de su pecho el anillo hereditario de los Abencerrajes, que llevaba siempre, colgado de una cadena de oro.

Al verlo, don Carlos tendio la mano al desdichado Aben-Hamet. " Señor caballero, le dijo, os considero como a un verdadero hijo de reyes. Me honrais con vuestros proyectos respecto a mi familia, y acepto el combate que secretamente veniais a buscar. Si soy vencido, mis bienes, que antes eran de vuestros antepasados, se os entregarán. Si renunciáis al proyecto de combatir, ha



-ceos cristiano y recibid la mano de mi herma-  
-na que Lautrec os ha ofrecido, o mas bien, que  
ha pedido para vos. "

La tentacion era grande, pero Aben-Hamet  
pensaba que si el amor era grande e inundaba  
su corazon, por otra parte pensaba con espanto  
en unir la sangre de los perseguidores con la  
de los perseguidos. Creia ver la sombra de su  
abuelo salir de su tumba para reprocharle es-  
-ta union sacrilega. Traspasado de dolor, Aben-  
-Hamet exclamo: " Ah, ! era necesario que yo en-  
-contrase aqui tantas almas generosas para sen-  
tir con mas peso todo lo que pierdo ! .! que  
Blanca decida; que me diga lo que he de hacer  
para ser digno de su amor ! .

Blanca, casi con un grito, dijo: ! Vuelve  
al desierto!, y se desvaneci6.

Aben-Hamet se prosterno, adorando a Blanca  
aun mas que al cielo, y salio sin pronunciar pa-  
-labra. Aquella misma noche ~~xxxx~~ partio para  
Málaga y embarco rumbo a Orán. Encontro acampa-  
da cerca de esta ciudad a la caravana que cada




tres años salía, atravesando Egipto y el Yemen para la Meca? Aben-Hamet era un peregrino más. Blanca, que cayó gravemente enferma, volvió a la vida. Lautrec, fiel a su palabra, se alejó y jamás salió de sus labios una palabra de amor. Todos los años, Blanca iba a errar sobre las montañas de Málaga en la época en que su amante solía volver de Africa; se sentaba sobre las rocas y miraba al mar. Luego volvía a Granada. Pasaba el resto del día entre las ruinas de la Alhambra. No se quejaba, no lloraba, no mentaba nunca a Aben-Hamet: un extraño la hubiera creído dichosa. Quedó sola en la familia. Su padre murió de tristeza, y don Carlos fue muerto en un duelo en el que Lautrec servía de testigo. Nunca supo cual fue el destino de Aben-Hamet; Cuando se sale de Tunes por la puerta que conduce a las ruinas de Cartago, se encuentra un cementerio: bajo una palmera, en un apartado rincón, se ve la tumba llamada del "Último de los Abencerrajes". No tiene nada de particular. La piedra sepulcral es sencilla, y solamente



siguiendo una costumbre mora existe una pequeña concavidad hecha a cincel, con un nombre ya borrado. Este hueco parece providencialmente hecho en aquel ardiente clima, para que el agua recogida en el refleje el azul del cielo, y para que beban los pájaros.

- F I N -



Tolosa de Francia y enero de 1940

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



# Centro Documental Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



# Centro Documental - A. K U P R I N - Archivo

- L A S V I O L E T A S -

## INTRODUCCION.

Mucho debe la literatura universal a los escritores rusos, y esto, es tan evidente que el hacer ahora su elogio sería incurrir en pedantería incalificable. Todos conocemos, mas o menos sus producciones, pero no es Kuprin precisamente el mas conocido de entre sus compatriotas.

"LAS VIOLETAS" es un cuento de belleza tan exquisita que aun siendo muy corto, sin trama al-



-guna deja una estela de grato perfume,mas grato todavia para aquellos que han sido jovenes y ya no lo son.El aroma de estas VIOLETAS penetra tanto en el alma de cuantos tuvieron la edad de Dimitri Kazakov,que la tristeza de ser viejo es vencida por la alegria de pensar en una juventud amante de la belleza y de la bondad.El hombre que asi piensa y escribe,es bueno necesariamente,profundamente bueno,y si Dimitri no recordase lo que recuerda,y como lo recuerda,no lo seria.

Tal vez sea una opinion mia muy personal , pero conozco algo la historia de Alexandre Petrovich Kuprin y me parece que el y Dimitri son una misma persona.

V. A.

ANASTASIO  
DE GRACIA



85

# Centro Documental Archivo

- LAS VIOLETAS -



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



LAS VIOLETAS

Ha llegado la primavera. Trescientos corazones estudiantiles palpitan llenos de sentimientos extraños, rudos y tiernos a la vez; temeridad amor propio, desesperación, miedo al porvenir, confianza ciega en la suerte, triste abatimiento, resignación a lo que el destino disponga.... La vida ha perdido para los cadetes su aire monótono. Los muchachos han salido del cuadro corriente, del severo régimen militar, de las ordenes y de las consignas, tormento del día y de la noche.... Se han transportado los pupitres desde las clases a las amplias salas de recreo y allí, cada pareja de alumnos que durante el invierno parecían forzados unidos por una misma cadena a sus bancos, ha dispuesto la forma de colocarlos preparándolos convenientemente para la solemne fecha



de los exámenes de fin de curso.

Durante todo el día han trabajado infatigablemente. Algunos pasean sus miradas inquietas por la gran sala y tienen el aspecto angustiado de quien ha de comparecer ante un tribunal. Los buenos alumnos, los aplicados, están seguros, confiados, pero se han quedado pálidos, han adelgazado en estos días terribles. Saben de antemano que todo acabará con éxito. Sin embargo, un pensamiento lacerante los atormenta: ¿Y si por un azar de ser el primero y paso al segundo puesto -to ?.....

! Queridos alumnos, ornato y orgullo del Cuerpo de Cadetes, esperanza de vuestros padres! !No sois ni mejores ni peores que los demás muchachos !

? Que significa un primer puesto, una vana satisfacción de amor propio, al lado de esta primavera de vuestra juventud que se os va a escapar ?. Sin duda, otras primaveras sucederán a esta y gozareis el encanto de la vida, saboreandola en el norte o en el mediodía de cualquier país del mundo, pero nunca volverá a esta; esta primavera dispuesta a



a entregarse a vuestros corazones, a penetrar por vuestros ojos, a entrar en vuestro cerebros, en el alma entera, en vuestros espíritus de muchachos romancillados todavía, depositando para siempre en las almas juveniles la buena simiente de la alegría y de la belleza terrestres.



Dimitri Kazakov, alumno de la primera clase, participaba de esta misma opinión. A decir verdad conocía la influencia de la primavera y de la naturaleza sobre el alma humana como pueda conocer la un potro saltarín al sentir el olor de la hierba fresca, como una grulla que se recree en la pradera modulando su extraño canto primaveral, como el zorrillo que desde su madriguera aspira con prudencia los primeros cálidos efluvios.

! La primavera !; es ella la que con sus embrujados perfumes, sus pérfidos encantos, sus sueños turbadores, ha envuelto el alma del adolescen



-te en una incomprendible lasitud, en una inconsciente alegría sensual. No podía estar quieto, y lloraba o reía según las impresiones que le proporcionaba una felicidad inmensa, sin límites; o una ansiedad sin límites. Kazakov, ¿podría explicarse, por que el verano anterior, en la finca de sus padres cuando era un alumno de segundo año, que ya fumaba abiertamente delante de todos, que hablaba con voz de bajo profundo y que aventajaba a sus camaradas echando el pulso o tirando a la barra, le había invadido sin poder refrenarlo este inmenso deseo de saltar y de correr en carrera salvaje por la hierba bañada con el rocío matinal, riendo, gritando, embriagándose con el perfume de la menta, de la albahaca, de la manzanilla y del trebol ?. ¿Por que en la noche, durante las grandes tormentas, se precipitaba fuera de la casa, desnudo, descalzo, bajo una lluvia torrencial mirando al cielo, a los relámpagos, en un desafío sin objeto, estremecido por un entusiasmo delirante, con toda la ardiente alegría de un cuerpo joven ?.



En esta nueva primavera se sentía presa de misteriosos e inquietantes ensueños. ¿Como estudiar en estas condiciones? Desde luego no era un gran aficionado al estudio. Obtener un mediano éxito, o un poco por bajo del término medio, ¿que importancia tenía? En época de exámenes se puede, a querer ganar el tiempo perdido. Ni aun esto le importaba. Se había operado en el un cambio extraño, como si estuviese sometido al influjo de un brebaje, desconocido para él hasta entonces. Al despertarse corrió hacia la ventana, sentose sobre el alfeizar y con asombro, como si todo lo viese por primera vez, dijo, o mas bien sintió: " He aquí el cielo azul, las nubes ligeras, translúcidas, y los árboles, allá, detrás de las casas ". Y casi pasó el día entero recorriendo a grandes pasos el inmenso patio de la Escuela de Cadetes



hollado por millares de pies. Se tiende sobre la hierba corta, rala, miserable y sigue largo tiempo con la mirada, como si contemplase un milagro la marcha afanada, misteriosa de las hormigas, la fila de escarabajos rojos manchados de negro que se entrechocaban trepando lentamente por las raíces de los arbustos. Por fin, abandona el libro, se acuesta sobre la verde pradera con la cabeza apoyada sobre los codos, contemplando el cielo insondable, el caprichoso movimiento de las nubes; empieza a bogar en el espacio eterno con sus pensamientos alados.

Ha llegado el momento mas dulce, mas inquietante, mas maravilloso; el atardecer. Todo se ensombrece. Apenas si el sol poniente arroja todavía algunas llamaradas. El crepúsculo tiene tonalidades verdosas, y el edificio de la Escuela se destaca en el cielo recortado en negras aristas, con sus ventanas vacías, sin luz. Las formas blancas de los camaradas se mueven como embrujadas también. Cada rama de árbol se destaca con una nitidez sorprendente sobre el firmamento mas claro



que la tierra. Zumban invisibles saltamontes. A lo lejos resuena una canción melancólica. Las risas las conversaciones son dulces y apacibles. El ruido más corriente parece venir de otro mundo. Y todo esto, como una bebida embriagadora penetraba en cada gota de su sangre y trastornaba su cabeza.

? Que algo misterioso, silencioso e invisible pasa en estos momentos por la tierra ?. ¿Que alieno mueve los cabellos y acaricia las mejillas ? ¿Por que esta respiración súbitamente oprimida esta garganta apretada, y estas lágrimas ?. ¿ Que milagro va a operarse dentro de un segundo, en aquel instante mismo ?.

Llega la hora de acostarse. Se llama a los alumnos. Los murciélagos, en vuelo bajo, en negros zigzagues rozan a veces la cara....

Me voy, dice Kazakov con pena; y el gran misterio va a cumplirse sin mí, bajo el cielo sombrío....! Sin mí !.



W  
WVWV  
WVWVWV  
WVWV  
W

Pasado mañana tendrán lugar los exámenes mas terribles, los de matemáticas, pero hoy, en compensación, ¡que día mas maravilloso!. El cielo parece de fiesta. Y Dimitri arroja resueltamente el grueso volumen de álgebra sobre su pupitre. Quiere ocultarse, rondar por los paseos prohibidos del viejo parque. No irá con el nadie, ¡nadie!. Irá solo.

A la hora del desayuno, el cocinero esquivando las miradas de todos desliza en su mano una chuleta, que Dimitri esconde en el bolsillo después de haberla colocado entre dos pedazos de pan negro. Puede ser que hoy llegue tarde a la hora de comer, pero, ¿quien de entre los vigilantes tendrá la humorada en estos días inquietos de ocuparse de los alumnos ?.

Es muy difícil llegar al parque. En el ángulo de un parapeto que data de la época de Pedro el



Grande, está el guardian de servicio pan (1) Pnews-  
-ki, un hombre manco, servidor puntilloso y eterno  
soplón. Sus ojos tiernos color de estaño, pero fie-  
ros ojos de soldado, no pierden de vista el único  
sendero por el cual pueden escaparse los alumnos.  
Una brecha de la muralla, después una pendiente,  
treinta o cuarenta pasos todavía de claro hasta  
el gran estanque verde y fangoso. Allí un muro ca-  
si impenetrable de sauces seculares detrás de los  
cuales se puede ya pasar desapercibido.

Un fiel camarada se encarga de distraer la  
atención del vigilante guardian. Con una hipocri-  
ta generosidad tiende al viejo Pnewski un pane-  
cillo blanco reservado a este efecto desde por-  
la mañana. El viejecito tiene una numerosa fami-  
lia y un pedazo de pan blanco no es en estos ca-  
-sos una cosa superflua. El joven camarada arroja  
enseguida el anzuelo. Su medio es maquiavélico pero  
seguro. En que guerra, y en que batalla perdió

---

(1). Señor en polaco.



pan Pnewski los dos dedos de la mano derecha ?.

Desde luego Pnewski mira de reojo con desconfianza. Mas de una vez ha picado ya ante este seductor y pérfido cebo. Pero la cara del que le interroga, es tan bonachona, sus ojos ingenuos expresan tan viva simpatía! El objeto mismo de esta pregunta; la circunstancia que de Pnewski, gentil hombre polaco, guapo, lleno de vida y de entusiasmo, ha hecho un pobre enfermo, es tan tentador todavía para el corazón del viejo, que el pez muerde.

EEE

EEEE

EEE

E

Durante este tiempo, Kazakov, mas rápido que el viento ha saltado tras de la espesura de sauces. Hasta el limite del estanque no puede moderar la marcha; no se para, mas que despues de haber llegado a un seto hecho con madera de sauco y recubierto de hojas silvestres. Toma aliento, atraviesa un viejo invernadero, franquea ligera-



-mente el foso lleno de agua y desciende hasta el río, estrecho pero profundo.

El agua está negra como la tinta debido al fondo cenagoso. Hay peligro en este camino a causa de las numerosas fábricas que allí existen, y Kazakov no puede elegir otro. Se desnuda con una rapidez sorprendente y se arroja al agua de un salto. Sus pies tocan el fondo cenagoso y sucio. Se sobrecoge un instante y se estremece. Después a grandes brazadas nada con agilidad atravesando el río varias veces de orilla a orilla espiando la llegada de algún importuno testigo. Llega por fin al sitio buscado y luego de haberse vestido remonta lentamente el talud sintiendo con delicia una ligereza asombrosa en cada uno de sus músculos como si todo su cuerpo no pesara nada. Le parecía que con un pequeño esfuerzo podría separarse de la tierra y volar como un gran pájaro.

Ya está bajo las grandes avenidas del parque. Los viejos tilos, contemporáneos de Pedro el Grande, son tan fabulosamente, tan increíblemente altos, que al pasar bajo su sombra se siente uno muy pe-



-queño. Este paseo está siempre sumido en una ver-  
-de penumbra; se respira allí un fresco húmedo.  
En algunos sitios parecen temblar en el suelo di-  
minutos discos de sol que semejan piezas de oro  
arrojadas desde lo alto por una mano caprichosa.  
Kazakov sigue el ancho, apacible y majestuoso pa-  
-seo; parecido a un templo vacío, desierto y frío.  
Cree haber entrado en él por un azar en el pleno  
calor del mediodía. En aquella penumbra una fuen-  
te; es una cabeza de león roída por el tiempo, y  
cuya boca deja correr un hilillo de agua platea-  
-da. Kazakov aplica sus labios aspirando y sor-  
biendo con delicia el líquido dulce y fresco.

De pronto, un perfume delicioso, sutil y en-  
cantador, sobrio y embriagador a la vez, llega a  
su olfato. Vuelve la cabeza a todos lados y aspi-  
ra el aire como un perro de caza.

por  
Ha descendido el húmedo barranco por donde  
se desliza un arroyuelo. Hay allí un verdadero  
oasis de violetas del norte, esas exquisitas flo-  
recillas que embalsaman como ningunas otras en  
el mundo.



Arrastrandose sobre las rodillas coge las flores con todo cuidado para no estropearlas, y con una inconsciente elegancia hace un pequeño ramo rodeandole de hojas húmedas y frescas, y le ata sirviendose de un hilo arrancado con los dientes de su pañuelo de colegial.

Pero cuando sale del bosquecillo y se encuentra de nuevo en el paseo medio invadido por la maleza, un cuadro imprevisto, encantador, le fuerza a pararse mudo de admiracion, casi de miedo. Una mujer avanza frente a él por el centro del camino. Parece flotár en el aire; que sus pies no tocan la tierra. Diríase al verla toda vestida de blanco, que entre la hierba verde, una estatua de marmol animada por un milagro ha descendido de su pedestal. Avanza siempre como un dulce, como un inmenso prodigio. Es alta, ligera, bien formada; su cara joven, en flor, es bellisima. Sus brazos caen con una gracia especial a los dos lados del cuerpo. Una trenza de oro resplandeciente rodea su cabeza como una corona real, y se creeria, que desde lo



alto, un ser invisible vertía sobre ella blancos pétalos....

Hela aquí, a dos pasos. Cada uno de los rasgos de su divina cara es puro y noble, sencillo, como los acordes de una genial melodía. La mirada de sus grandes ojos, extraordinariamente bella, clara radiante. Y su color recuerda muy a lo vivo el de las flores que tiemblan en la mano del adolescente, absorto, inmóvil.

&  
&&&  
&&&&&  
&&&  
&

La mujer se para; una celestial sonrisa se dibuja en sus labios. Como una cuerda de violoncello su voz resuena llena y profunda.

! Que deliciosas violetas !

? Es posible que las hayais cogido aquí ?...

! Que bonitas, y cuantas !

Aquí.... responde Kazakov con una voz que no parece la suya. No es él, es otro cualquiera, nimbado de un resplandor rosado que tiende las flores



y dice:

! Aceptadlas, os lo ruego....si os agradan ...  
Yo, seria....

La emocion contrae la garganta del pobre cadete. Su corazon late desordenadamente. Sus ojos estan tan prontos a llenarse de lagrimas. La princesa de cuento de hadas lo comprende. Su cara se ilumina con una dulce sonrisa y enrojece ligeramente .  
! Gracias ! le dice con una voz acariciadora. Esta sencilla palabra, suena como un conjunto de cimbalos en un coro de angeles. Con un gracioso movimiento prende en su pecho el modesto ramo de violetas; en un sitio en el que, a través de ligero y tenue bordado crema aparece la rosa de su cuerpo. Tien- de a Kazakov su divina mano tibia, cuya presion es tan dulce, tan cordial....y el muchacho aperci- be al mismo tiempo que el aroma de las violetas, un perfume nuevo, cálido, embriagador, penetrante.

La conversacion gira enseguida sobre cues- tiones sin importancia, sobre naderias de las que Kazakov no se ha vuelto a acordar. Su memoria no ha retenido mas que una cosa; que asistia todos



los años al baile de Navidad de la Escuela donde el debía ingresar al abandonar el Cuerpo de Cadetes, y que aquella tarde partía para el extranjero. La muchacha pregunta su nombre a Kazakov, y al decirselo este y repetir ella "Dimitri", parecía que sus labios expresaban una nueva armonía.

Ella se separó la primera. Después de haber consultado la hora en su relojito de oro, le tiene de una vez más su mano adorable diciéndole: "¡Hasta la vista!, he tenido un gran placer en conocerle". ¡Si, si! ha pronunciado estas palabras, "¡hasta la vista ".... Ha desaparecido como un personaje de ensueño por entre los árboles del bosque.

o  
ooo  
ooooo  
ooo  
o

Por la noche, en el dormitorio colectivo, Kazakov tumbado en su lecho apenas puede dormir. Apretaba las manos contra su corazón y murmuraba con ardor y reconocimiento: ¡Dios mío, Dios mío !.



Estas palabras enviaban toda una ingenua pero infinita bendición, a la tierra, a las aguas, a los árboles, a los hombres, a los animales, a la bondad infinita, a la belleza eterna.

Lloró mucho tiempo lágrimas gozosas y claras como nunca mas volverá a llorarlas. Por complicada que sea mas tarde su existencia, llena de éxitos o de fracasos, de amistades, de antipatías, de odio, sonreirá siempre, hasta en su vejez con dicha y reconocimiento. Habrá olvidado el nombre y los rasgos de la muchacha, pero se acordará de las violetas prendidas en el pecho de su princesa de cuento de hadas.

! Oh dicha única! ! Haber probado, siquiera un instante, un amor real que lo reunía todo, castidad, poesía, belleza, juventud !



Centro Documental  
Archivo

- T U R G U E N I E V -

---

.LOS DOS PROPIETARIOS.

---

.LA MUERTE.

---

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



# Centro Documental

## Archivo

### - LOS DOS PROPIETARIOS -

Permitidme, amables lectores, que os presente á dos de mis vecinos, propietarios de unas tierras cercanas al lugar donde nací y que son personas muy honorables, de buenos sentimientos y que gozan de la estimacion de todas las gentes del distrito.

Hablemos desde luego del general Viatcheslav Ilarionovich Kvalinski. Figuraos un hombre alto, esbelto en otro tiempo pero algo encorvado ahora; ni es aun decrepito ni está agotado; es un hombre de edad madura, en pleno vigor todavia. Los rasgos de su fisonomia debieron en tiempos ser correctos y aun son agradables; tiene muchas arrugas alrededor de los ojos y algunos dientes se le han ido



para siempre; en cuanto a los cabellos, los que le quedan se han convertido, de castaños en morados, gracias a una mixtura comprada en la feria de Romni a un judío que se hace pasar por armenio. Todo esto no impide a Blatcheslav Ilarionovich el tener un paso firme, una risa juvenil y sonora, retorcerse los bigotes con frecuencia, tintinear sus espuelas y calificarse de viejo caballero. Nadie ignora que los ancianos no se consideran viejos nunca.

Usualmente va vestido con un leviton abotado hasta el cuello, una gran corbata y un pantalón de corte militar. Se coloca el sombrero de manera tal que le tapa en absoluto la frente y deja la nuca al descubierto. Es una buena persona pero tiene ideas y hábitos extraños. Así, por ejemplo, es superior a sus fuerzas tratar de igual a igual a los nobles sin título. Cuando habla con estos, los mira de través apoyando la barbilla en el cuello almidonado de resplandeciente blanca. Después los envuelve en una mirada fría. Al dirigirse a ellos, deforma las palabras (suele



hablarles en frances)No dice:Je vous remercie Pavel Vasilievich";o "Approchez donc par ici ", sino:"J'v'remerci,y " Prchez p'rci ".

Su actitud es todavia mas rara y extravagante con las personas de un rango social inferior al suyo.No mira del todo <sup>a</sup> con aquel a quien habla y cuando quiere decir algo o dar una orden comienza por preguntar varias veces con aire preocupado y distraido al mismo tiempo:¿Como te llamas tu ?....¿ Como te llamas tu ?....

Siempre atareado es un hombre de una avaricia proverbial,y el mismo administra sus tierras utilizando métodos que rechaza todo buen sentido. Bien es verdad que el buen sentido está muy lejos de este gran dignatario de San Petersburgo, que en nuestro modesto rincón se lleva la palma de la ignorancia.Al darle una vez cuenta su intendente de que varias de sus granjas habian ardido dando por resultado una considerable pérdida de trigo,¿ no dio la orden de no encerrar en adelante las gavillas por si habia fuego ?.



Pero volvamos a Viatcheslav Ilarionovich.

Tiene una irresistible debilidad por el bello sexo, y en cuanto ve en el paseo una muchacha guapa no puede por menos de requebrarla. Juega a las cartas pero unicamente con personas de menor categoria social que la suya. Por eso sus compañeros de juego han de tratarle de "Excelencia" en tanto que el se considera en libertad para insultarlos y vejarlos. Por el contrario, es otro hombre cuando el azar le obliga a echar una partida con el gobernador o con un dignatario cualquiera; entonces todo se le vuelven sonrisas, opina como ellos y no deja de mirarles a la cara; es dulce como la miel y no le importa perder.

Viatcheslav Ilarionovich no lee mucho; cuando se da a este pasatiempo mueve con frecuencia los bigotes y las cejas y parece lanzar ondas desde su cara a las alturas. Este movimiento ondulatorio se hace sentir mas cuando hay testigos que le sorprenden leyendo el " Journal des Debats ".

El general desempeña un importante papel



10

en las elecciones de mariscal de la nobleza en el Gobierno-provincia). pero su avaricia rayana en la sordidez le impiden aceptar esta funcion puramente honorifica. Con voz campanuda, y alegando su gran amor a la independencia dice a los miembros del colegio electoral cuando le insisten:

Señores, os estoy muy agradecido por el honor que me haceis, pero he resuelto consagrar mis esfuerzos y mi tiempo a meditar en la soledad.

Al pronunciar estas palabras mueve varias veces la cabeza de derecha a izquierda, y echandola hacia atrás aprieta un poco el nudo de la corbata con aires de dignidad y de suficiencia.

En su juventud fue "ayudante de campo" de un personaje cuyo apellido nunca designa, y si solo el nombre, porque al decir de algunos, en aquella época no cumplia solamente los deberes de su cargo sino que se ponía su levita abotonada hasta el cuello unicamente para acompañar a su jefe al baño, friccionarle y jabonarle como



lo haría un bañero cualquiera. Claro está que no hay que dar crédito a todos los ruidos que corren por el mundo. Por lo que sea, el general Kvalinski no habla nunca de su carrera militar lo cual no deja de asombrar a la gente, y parece ser que no ha intervenido en ninguna campaña. Vive solo en una casita y no ha conocido nunca la felicidad conyugal. Ha pasado unas veces como novio posible, otras como novio ventajoso. Tiene de ama de llaves a una mujer de treinta y cinco años, de ojos negros, regordeta y fresca, con el labio superior orlado de un ligero bozo; los días laborables viste una ropa corriente y almidonada, los festivos un traje fino.

Es preciso ver a Viatcheslav Ilarionovich en los grandes banquetes que los terratenientes celebran en honor del gobernador y de los poderes constituidos. Se puede decir, que entonces, está verdaderamente en su elemento. En estos casos suele sentarse cerca del gobernador, o inmediatamente a su derecha. Al final de la comida, consciente de su importante papel, con el torso echado ha-



atrás, la cabeza derecha e inmóvil, desliza su mirada sobre la nuca redonda y los cuellos de los convidados; a los postres distribuye sonrisas en todos sentidos, en tanto que al comienzo de la comida solo mira en dirección al gobernador; algunas veces brinda por el bello sexo, "ornato de nuestro planeta" según su expresión. El general Kvalinski es también personaje representativo en las manifestaciones públicas y solemnes, en las asambleas, en los exámenes que él preside, y en las exposiciones y concursos.

Su personal doméstico se halla a tono con él. Allí donde existe una numerosa afluencia, como a la salida de los teatros, de las iglesias o en otros sitios análogos, sus criados no gritan, no hacen el menor ruido y se conforman repitiendo con voz dulce: "Permitan, permitan... dejen pasar al general Kvalinski !, o bien, ¡Dejen avanzar a los lacayos del general Kvalinski !... Su servidumbre es especial; la librea de los lacayos vieja y derrotada, y sus cabellos pueden glorificarse de largos y fieles servicios. Pero



Viatcheslav Ilarionovich no tiene pretensiones de elegancia y aun mas, entiende que lo contrario seria indigno de su rango.

La naturaleza no ha sido prodiga con el en cuanto al don de la palabra; al menos, el general no ha tenido ocasion de revalar su elocuencia. En efecto, no soporta una discusion ni aun una simple controversia y evita cuidadosamente toda conversacion prolongada, sobre todo con gente joven, lo cual es prudente porque nada bueno se puede esperar de los muchachos de nuestro tiempo, imprudentes y irrespetuosos. En presencia de sus superiores, el general, habitualmente permanece mudo; ante los inferiores, a quienes afecta despreciar, pero que son sus unicos contertulios, adopta el tono seco y brutal empleando con preferencia expresiones de este género:

No decis mas que tonterias....

o bien:

Al fin, me veo obligado a haceros constar...

o, a veces:

No debe olvidar con quien está hablando señor....



-ñor....

Tiene un miedo particular a los escribanos y a los empleados de correos. Nadie se explica el porqué. No recibe a nadie y vive muy estrechamente, según dicen.

Al fin y al cabo, el general es un perfecto tipo de propietario.

Un viejo soldado, un hombre desinteresado pero un gruñón al decir de sus vecinos.

El fiscal es el único que se permite sonreír cuando se alaban las bellas cualidades del general Kvalinski....!Lo que hace la envidia!....

Y ahora, pasemos al otro propietario.

Mardary Apolonovich Stegunov no se parece en nada al general Kvalinski. Probablemente no ha hecho el servicio militar y no pasó nunca por hombre guapo. Mardary Apolonovich es un hombre viejo, pequeño, gordo, calvo, con una doble barbilla, manos rollizas y un vientre impresionante. Tiene siempre abiertas las puertas de su casa y es hombre alegre; No vive más que para su comodidad y lleva, lo mismo en invierno que en verano un tra



-je a rayas forrado de algodón. Solo tiene una cosa de comun con el general Kvalinski; es igualmente soltero.

Mardary Apolonovich posee quinientas almas (1). Administra sus propias tierras, con bastante incuria por cierto, y a fin de no estar en disonancia con los de su época, ha comprado hará una docena de años una máquina trilladora que pidió a Moscú y que tiene guardada bajo llave en un cobertizo; considera que con esto, ha hecho ya las mayores concesiones a la moda del día. No interviene para nada en los asuntos. Todo lo mas, cuando el día es muy bueno, da la orden de enganchar un cochecillo y se pasea por los campos para contemplar los trigales y coger unas cuantas amapolas.

Mardary Apolonovich sigue fiel a la manera

---

(1). Antes de la abolicion de la servidumbre en 1861 los propietarios valoraban sus tierras por el número de siervos o almas.



de vivir de los viejos tiempos. Su casa es de antigua construcción. El vestíbulo está impregnado de olor a espliego y alumbrado con velas de sebo. A la derecha se abre la sala reservada a los lanchs, adornada con una inmensa colección de pipas de largo tubo. En el comedor se ven retratos se ven viejos retratos de familia muy mancillados por las moscas, unos tiestos, y un piano descompuesto. El salón tiene sus tres divanes, sus tres mesitas, sus dos espejos y su reloj de esmalte ennegrecido, con unas águilas de bronce. El despacho de trabajo tiene una mesa cargada de papeles, un biombo, unas estampas arrancadas de diversas publicaciones del siglo anterior y unos estantes repletos de libros llenos de polvo negro, una butaca desvencijada, una ventana con transparente a la italiana y una puerta condenada que dá al jardín.... En una palabra, según él, todo está como debe estar.

Mardary Apolonovich tiene una servidumbre numerosa a la que viste según las viejas tradiciones; largo kaftan azul con cuello alto, pantalón de color impreciso y chaleco amarillento, exageradamente corto.



Para administrar sus propiedades ha nombrado una especie de secretario ;uno de sus campesinos,dotado de una barba que le cubre el pecho.Dirige la casa una vieja avarienta,arrugada,cubierta siempre con un sombrero extravagante.Tiene Mardary en las caballerizas unos treinta caballos de varias razas,y para salir de paseo monta en una carretela cuya construccion ha vigilado,y que pesa ciento cincuenta puds,o sea unos dos mil cuatrocientos kilos.

Recibe con la mayor cordialidad a sus invitados y los da de comer tan copiosamente que durante todo el dia se sienten incapaces de hacer otra cosa que no sea jugar a las cartas.Por lo que a el se refiere,ha decidido no ocuparse de nada y actualmente no lee ni siquiera "La clave de los sueños".

Se me podrá hacer observar,que propietarios de esta clase abundan en Rusia,y me preguntarán porque me ocupo precisamente de este....A guisa de explicacion permitidme contar una de mis visitas a Mardary Apolonovich.



Llegué a su casa una tarde de verano a eso de las siete. Acababa de terminarse la misa, y el pope estaba en el salon sentado al borde de una silla, la mas proxima a la puerta. Era un hombre joven muy tímido, y parecia recién salido del Seminario. Siguiendo su costumbre, Mardary Apolonovich me acogió muy amablemente, porque hablando con toda sinceridad, era feliz cuando recibia visitas, y además porque tenia un gran fondo de bondad. El pope se levantó tomando su sombrero.

Espera, espera batiuchka (nombre dado a los popes y que significa padrecito) le dice Mardary Apolonovich sin dejar mi mano. No te vayas.... He dicho que te traigan un vaso de vodka.

Yo no bebo nunca alcohol, balbucea el padre enrojeciendo hasta las orejas.

! Déjate de historias ! replica Mardary Apolonovich. ! Michka ! ! Yuchka !. Un vaso de vino para el padrecito.

Yuchka, un octogenario alto y delgado entra en el salon con un vaso de vodka.

El padre no queria aceptar.



Bebe padrecito. No hagas tantos remilgos, eso no es conveniente, dijo el dueño con aire de reproche.

El pobre joven hubo de someterse.

Y ahora, padrecito, puedes marcharte.

El pope se despidió.

! Vamos, esto va bien !.... Un muchacho encantador continuó viéndole alejarse. Estoy muy contento.... Un poco joven solamente.... Y vos, pequeño padre como estais ? Venid, vamos a sentarnos en el balcon.... La tarde es tan hermosa....

Nos instalamos y comenzamos la conversacion. Mardary Apolonovich arrojó una mirada por encima de la barandilla manifestando una gran emocion.

¿De quien son estos pollos ? ¿De quien son estos pollos ? ¿De quien son estos pollos que andan por el jardín ? ¡ Cuantas veces lo he dicho, y cuantas veces lo he prohibido ! ¡ Yuchka, Yuchka, ve a ver de quien son estos pollos que andan por el jardín !.

Yuchka partió velozmente.

! Que desorden ! no cesaba de repetir Mardary



118  
Apolonovich; ¡Es espantoso!

Estoy viendo todavía los pobres pollos, como si el suceso datase de ayer. Eran tres, dos manchados y uno blanco que continuaban paseándose tranquilamente por encima de los patatares, cacareando de vez en cuando para expresar su satisfacción. De pronto Yuchka se arrojó sobre ellos enarbolando un bastón. Le ayudaban en esta tarea otros tres muchachos de una edad respetable. Fue una batalla épica. Los pollos gritaban, batían las alas y saltaban llenando el aire de cacareos. Los muchachos corrían, tropezaban, caían... Desde lo alto del balcón el barin (tío) chillaba como un poseso. ¡Atrápalos, atrápalos! ¿De quien son estos pollos? ¿De quien son estos pollos? Por fin, uno de los hombres logró apoderarse de uno de ellos, y al agarrarlo cayó de bruces al suelo. En aquel mismo instante, una muchachita de unos diez años saltó por encima de la empalizada que separaba el jardín de la carretera. Iba despeinada y llevaba una varita en la mano.

¡ Calla !; mira de quien son los pollos indico



triunfalmente el propietario. Son de Yemila el cochero. Aquí está Nataka su hija que viene a recogerlos....

Y añadió por lo bajo con una voz llena de malicia:

El bandido lo tiene prohibido....!Hola Yuchka, deja los pollos y agarra a Nataka !.

Pero Yuchka estaba fatigadísimo y no podía hacerse con la muchacha; lo atrapó el ama de llaves que llegaba en aquel momento. La vieja, sosteniendo a la pequeña por las manos la administró algunos golpes en la espalda.

! Bien, bien, perfectamente !decía el propietario;! para que aprendas !. Y ahora, ! agarra los pollos, no los sueltes !

Habiendo arreglado así el asunto, se volvió hacia mí y me dijo con una gran alegría:

! Que caza mas divertida padrecito !

Y Mardary Apolonovich estalló en una risa loca.

Seguimos en el balcon, y allí nos sirvieron el té.



Digame, Mardary Apolonovich, ¿es vuestra la aldea que está al otro lado de la carretera, mas allá del barranco ?.

Si; ¿ por que ?.

? Como habeis podido hacer esto, Mardary Apolonovich ?. Es un verdadero pecado. Los campesinos tienen unas cabañas muy malas y muy estrechas; no hay ni un solo arbol, ni una mala fuente; ni siquiera un pozo, no hay nada.... ¿ Es que no teneis otro sitio para que vivan ?....

Yo hago lo mejor padrecito.... En cuanto a esa famosa fuente de que carecen, y a todas las demas cosas, es asunto mio padrecito.... Yo soy un hombre sencillo y me conformo con nuestras viejas tradiciones. Para mi, un amo es un amo y un campesino es un campesino. He aqui todo.

Un argumento tan claro y tan convincente no admitia réplica.

Debo agregar desde luego, continuó, que esos son unos malos campesinos. Están allá castigados. Hay sobre todo dos familias a las cuales mi padre, ¡ Dios le tenga en su gloria!, no veia con buenos



ojos....y nada mas.Y debo decir que yo me atengo a esto;si el padre ha robado,el hijo es un ladrón....Podeis decirme lo que querais...La sangre, la sangre....es una gran cosa esto de la sangre...

El viento se habia calmado.Solamente de cuando en cuando un ligero cefirillo llegaba hasta la casa.De pronto,oímos una serie de ruidos,asi como golpes,que venian de las caballerizas.Mardary Apolonovch,dilató las narices,gesto sin el cual ningun verdadero ruso podria aspirar el aroma del té. Quedó en suspenso,escuchó,y moviendo la cabeza dijo con la mejor de sus sonrisas:

Tchuki,tchuki,tchuki....

? Que es eso ?,pregunté estupefacto.

Nada;se trata de un picaro a quien se está castigando por orden mia....¿ Conoceis a Vasia mi mozo de comedor ?

? Que Vasia ?

El que nos sirvió la mesa el otro dia....

? No os acordais ?;uno con grandes patillas....

Me indigné ante la mirada tranquila y dulce de Mardary Apolonovich,al decirme esto.



122

Veamos niño, veamos, dijo moviendo la cabeza.  
? Que mirada es esa ?. Soy un bandido para que se  
me mire de esa manera ?. Quien bien ama bien casti-  
-ga, de sobra conoceis el adagio.

Un cuarto de hora mas tarde me despedi de  
Mardary Apolonovich. En la calle del pueblo encon-  
tré al mozo de comedor, Vasia. Estaba comiendo nue-  
ces. Hice parar los caballos y le pregunté: ¿cabo

¿Mi buen amigo, ¿has sido castigado ?

? Como lo sabeis ?, replico Vasia con un son-

Me lo ha dicho tu amo.

? El mismo amo ?

Si, ¿Por que te han castigado ?

Lo he merecido padrecito, lo he merecido. En  
esta casa no se castiga sin motivo. Eso no existe  
aqui... Nuestro amo no es como otros... Nuestro  
amo... no se encontrará otro en toda la provincia,  
que pueda igualarse con el.

! En marcha, en marcha ! ordené a mi cochero.

! He aqui la vieja Rusia...

Este pensamiento me torturó durante todo el  
viaje de vuelta.



123

# Centro Documental

## . L A M U E R T E .

Tengo un vecino, propietario joven y joven cazador. Una hermosa mañana de julio monté a caballo y fui a su casa para proponerle que fuéramos juntos a cazar el gallo salvaje.

Aceptó.

Solamente os pido, dijo el, que vayamos a Zucha y pasemos por mis nuevas plantaciones. Al mismo tiempo echaré un vistazo a Tchaplignino. ¿Conoceis mis encinares?. Ahora estamos haciendo una corta.

Iré con muchísimo gusto.

Hizo ensillar un caballo, vistiose un chaqueton verde con botones de bronce que representaban cabezas de jabali, un elegante pantalon, colgose un frasco de plata para el agua, tomó su



nuevo y flamante fusil francés, y no sin satisfacción se contempló en el espejo. Llamó después a su perra, Esperanza, regalo de una prima suya, vieja solterona que poseía un corazón adorable y estaba casi calva.

Partimos.

Acompañaba a mi vecino el guarda Arkipa, un campesino fornido, cuadrado, con unos pomulos enormes que hacían pensar en mos monstruos ante diluvianos - y por el intendente recientemente nombrado, un muchacho de unos diecinueve años originario de las provincias bálticas, delgado, rubio miope, caído de hombros y con el cuello muy largo, que se llamaba Gotlieb von der Kock. No hacía mucho que mi vecino había entrado en posesión de esta tierra. Provenía de la herencia de su tía, la consejera privada Kardone Kataieva, una mujer extraordinariamente gorda, que tenía la costumbre de gimotear durante horas y horas mientras estaba en la cama.

Penetramos en la nueva plantación.

Esperadme en este claro, dijo Ardalion Mijai



-lovich (mi vecino) a sus compañeros.

El alemán se inclinó, echó pie a tierra y sacó de su bolsillo un libro que debía ser una novela de Juan Schopenhauer, sentándose a la sombra de un arbolillo. Arkipa permaneció a pleno sol sin moverse durante una hora. Nosotros, exploramos los matorrales pero sin descubrir el menor rastro de caza, y Ardalion Mijailovich manifestó la intención de ir al bosque. No daba la impresión aquel día de ser muy propicio para cazar. Acepté su proposición y volvimos sobre nuestros pasos. El alemán marcó la página que estaba leyendo, puso el libro en el bolsillo, y montó, no sin dificultad sobre su desorejado penco que relinchaba al sentir el menor roce. Arkipa desperezándose, se puso a tirar de las dos riendas de su jamelgo que reventaba bajo su peso, y logró hacerle andar. Nosotros nos pusimos también en marcha.

Yo conocía el bosque de Ardalion Mijailovich desde mi infancia. Había sido frecuentemente mi paseo con el preceptor francés Mr Desiré Fleury, excelente persona pero que me hacía per-



-der la salud haciendome tomar todas las tardes un cierto jarabe Leroy. Este bosque se componia de unas doscientas o trescientas encinas y fresnos. Sus troncos negros altos y poderosos se destacaban maravillosamente sobre el verde dorado y tr nsl cido de los avellanos y de los almendros sobrepasandolos en altura; marcaban su silueta en el fondo azul purisimo y formaban una bovedada con sus ramas largas y retorcidas.

Los buitres y los gavilanes planeaban por encima de sus copas y golpeaban con sus picos la añosa corteza; el sonoro canto del mirlo respondia en la espesura al modulado de la crop ndola; mas bajo los insectos cantaban en las enramadas y los pinzones corrian por los senderos; se veian las liebres que corrian a lo lejos, y las ardillas saltaban de arbol en arbol, sentandose de pronto con la cola por encima de su cabeza. En la hierba, alrededor de los hormigueros, a la sombra de los pequeños helechos estaban los planteles de violetas y de manzanilla, y ya empezaban a salir de la tierra las setas y los hon-







Algunos daban todavía hojas en la parte baja del tronco, pero en un gesto de desesperación y de reproche levantaban al cielo sus ramas rotas e inanimadas; otros dejaban ver trozos de ramas secas entre el verde follaje pero aun la parte viva no tenía la lozania de otros tiempos; otros en fin, perdieron sus cortezas y yacían por tierra como cadáveres.

No había sombra... en ninguna parte la menor sombra....? Quien hubiera podido prever una tal calamidad en Tchaplyguino ?

Como es Ardalion Mijailovich, dije yo, que habéis tardado tanto en derribar estos árboles ? Hábeis desperdiciado la decima parte de lo que os hubieran reportado vendiendo la madera.

Alzó las espaldas. Habría que haberselo preguntado a mi pobre tia. Han venido aquí tratantes, con sus billetes de banco, han insistido...

! Mein Gott! Mein Gott! (Dios mio, Dios mio en alemán) decía a cada paso von der Kock. ! Que pena !. ! Que pena !



A él, le daba pena sobre todo las encinas de rribadas .En efecto, cualquier molinero hubiese dado por ellas un buen precio. El guarda Arkipa conservaba una imperturbable calma y no manifestaba ninguna pena; al contrario, parecía alegrar - le el saltar por encima de ellas y golpearlas con el látigo.

Estabamos ya en el camino de la corta cuando, despues del ruido de la caída de un árbol oímos un grito y las voces de varias personas. Algunos instantes mas tarde un campesino joven, palido y con la cabeza descubierta saltó delante de nosotros.

¿ Que pasa ? . ¿ Adonde vas ? , preguntó inquieto Ardalion Mijailovich.

El otro se paró enseguida.

Una desdicha, padrecito Ardalion Mijailovich.

¿ Que ha ocurrido ?

Maximo ha sido aplastado por un árbol.

¿ El contratista de la corta ? . ¿ Como ha ocurrido el accidente ? .

Si padrecito, el contratista. Atacabamos un fresno y él vigilaba nuestro trabajo... Al cabo de



un rato se dirigió al pozo para beber un poco de agua ,y he aquí, precisamente que en aquel momento el árbol empieza a crujir y se inclina hacia él. Nosotros empezamos a gritar:" Sálvate, sálvate,sálvate.... El debió arrojarse a un lado pero en lugar de hacerlo así corrió hacia el árbol....Seguramente perdió la cabeza con el terror ....El árbol cayó cubriéndole por completo...Solo Dios sabe como ha podido caer el fresno de una manera tan rápida... Debía estar podrido por la mitad....

? Y Máximo ha muerto ?

Muerto,padrecito.

? Ha muerto ya ?

No,vive todavía, ¡pero de que manera !.Tiene rotos los brazos y las piernas.Yo corro a buscar a Selivierssticht el ayudante del médico.

Ardalion Mijailovich ordenó al guarda que partiese al galope para traer del pueblo a Selivierssticht,y marchó hacia el lugar del accidente.Yo le seguí.

Nos encontramos con el desdichado Máximo



tendido en el suelo. Una docena de campesinos le rodeaban. Echamos pie a tierra. Gemía dulcemente abría alguna vez sus grandes ojos como para mirar con asombro a su alrededor y se mordía sus labios ennegrecidos.... Su mentón temblaba, sus cabellos caían sobre la frente, el pecho se levantaba a intervalos irregulares.... Moría. La sombra de un tilo joven se deslizaba lentamente sobre su cara.

Nos acercamos a él. Reconocí en seguida a Ardalion Mijailovich.

Padrecito, dijo con una voz apenas perceptible, envíame a alguno a buscar al pope.... Dios me ha castigado.... Las piernas, los brazos, todo está roto.... Hoy es domingo y he trabajado....

La respiración le faltaba. Se calló.

El dinero a mi mujer.... dádselo a mi mujer.... Preguntad a Onisimo.... él sabe a quien debo y cuanto.... Retened lo necesario para pagar las deudas....

Hemos enviado a buscar al médico, interrumpió mi vecino. Puede ser que no muera todavía.



Máximo hizo un esfuerzo para abrir los ojos y logró entornar un poco los párpados.

No, no, yo me muero.... He aquí, he aquí la muerte que llega.... Perdonadme si he causado algún agravio.... a cualquiera....

Dios te perdonará Maximo Andreleicht, dijeron sordamente a coro todos los campesinos. Nosotros te perdonamos.

De pronto, movió la cabeza con desesperación, levantó el pecho con una expresión terrible de angustia y volvió a caer de nuevo.

No se le va a dejar morir así, gritó Ardalión Mijailovich. Traed la manta que está en el coche y llevemosle deprisa al hospital.

Dos o tres hombres se precipitaron hacia el coche.

Ayer.... he comprado un caballo.... balbuceaba el moribundo, a Efimovich.... le he entregado las arras.... luego el caballo es mío.... también para mi mujer....

Se le levantó para colocarle en el coche. Se estremeció un poco y después quedó rígido.



Muerto....murmuraron los campesinos.

Volvimos a montar a caballo sin hablar y nos alejamos/.

La muerte de este pobre Maximo me hizo reflexionar. El campesino ruso muere de una manera muy personal. El estado de espíritu que se apodera de él cuando abandona el mundo, no puede tomarse ni por indiferencia ni por insensibilidad; muere como si cumplierse un rito, con respeto y con simplicidad.

Hace algunos años, en casa de otro de mis vecinos, un campesino sufrió gravísimas quemaduras en el incendio de una granja. Fui a verle a su bañá. Estaba la tarde muy oscura, el aire pesado y lleno de humo.

? Donde está el enfermo, ? pregunté.

Aquí está padrecito, sobre la estufa respondió la voz de una mujer afligida.

Me aproximé. El campesino estaba extendido sobre un colchon y respiraba con dificultad.

? Como te sientes amigo ?

El herádo se movió tratando de levantarse.



Estaba muriendose y tenia todo su cuerpo cubier  
to de p[al]acas.

Estate tranquilo....No te muevas....¿ Como  
va eso ?

Va muy mal....

? Sufres ?

No respondio.

? Deseas algo ?

Ni una palabra.

? Quieres que mande traerte un té ?

No vale la pena.

Me alejé del lecho y me senté en un banco. Es  
tuve allí un cuarto de hora....media hora. Un si-  
lencio de tumba reinaba en la cabaña. Una muchachi  
ta de unos cinco años se escondia en un rincon,  
detràs de la mesa, bajo los iconos, y comia un tro  
zo de pan. De cuando en cuando, la madre la amena-  
zaba con el dedo. En el vestibulo se hablaba y se  
hacia ruido. La cuñada picaba una col.

! Axinia !, dijo por fin el enfermo.

? Que pasa ?

Dame kvàs.



La mujer le dió de beber. Nuevo silencio. Pregunté en voz baja si había comulgado.

Si, me respondió ella.

Todo estaba en orden. No había mas que esperar a la muerte. No pude resistir mas y sali....

Me acuerdo tambien de haber entrado un día, al pasar por el hospital de Krasnogorie a cuyo médico conocia.

Este hospital estaba instalado en una de las alas de una casa habitada antiguamente por la propietaria, y la fundacion del mismo se debia a su iniciativa. Es necesario decir que todo este loable esfuerzo se limitaba al derecho de colocar encima de la puerta un letrero con la siguiente inscripcion "Hospital de Krasnogorie". Por todo material la propietaria entregó personalmente al médico Kapitón un album para inscribir a los enfermos.

Uno de los servidores parasitos que debian su existencia a las larguezas de la bienhechora, honro la primera página con la siguiente poesia:

Dans ces beaux lieux où règne l'allègresse,  
Ce temple fut ouvert par la Beauté  
De vos seigneurs admirez la tendresse  
Bons habitants de Krasnogorié



Otro mas y añadía:

Et moi aussi j'aime la nature.

JEAN KOBILYATNIKOV.(1)

El médico compró de su propio peculio seis camas y empezó a cuidar de los enfermos con la ayuda de Dios. El personal de la casa se componía de dos servidores; el grabador Pavel, sujeto a crisis de locura, y una vieja enferma, Melikitrisa, que hacía de cocinera. Los dos estaban encargados de la preparación de los medicamentos, de secar las hierbas medicinales y de preparar las infusiones. El loco era un hombre desagradable y de pocas palabras; por las noches cantaba una canción dedicada a la "bella Venus" y acosaba a los visitantes pidiéndoles permiso para casarse con una muchacha llamada Malania muerta hacía mucho tiempo. La vieja enferma le golpeaba obligándole a callar sus tonterías.

Un día, me encontraba yo con el médico Kapitón. Acabábamos precisamente de comenzar una conversación sobre las peripecias de nuestra última cacería, cuando un carro penetró en el patio. Esta-

---

(1). En francés en el original.



-ba tirada por un caballo gris exageradamente gordo, como solo pueden tenerlos los molineros. Un hombre corpulento se sentaba en el carro. Llevaba un casacacon nuevo y tenia una barba de todos los colores.

! Calla, si es Dimitri Vasilievich !, dijo Kapiton; !sed bienvenido !. Es el molinero de Liubovchín, me dijo a media voz.

El campesino descendio de su carro, entró en el despacho del médico, y buscando el icono con los ojos hizo al fin al verlo, el signo de la cruz.

Buenos dias Dimitri Vasilievich. ¿Que hay de nuevo ?....Se diria que sufris....Teneis una cara especial.

En efecto, Kapiton Timofeievich, esto no va bien.  
? Que teneis pues ?

Vea, Kapiton Timofeievich. He comprado unas muelas en la ciudad y las he llevado al molino. Pero al descargarlas del carro he debido hacer un esfuerzo .He sentido como si algo se desprendiera de mí....Desde este dia no me siento bien....Y hoy, va todo muy mal.



Si, dijo Kapiton despues de una pausa, eso es una hernia. ¿Hace mucho tiempo que la tiene ?.

Hoy es el décimo día.

¿ El décimo ? . El médico respiró fuertemente y movió la cabeza. Dejeme que le mire.

Despues de examinarle dice:

Escucheme Dimitri Vasilievich. Me molesta de cielo porque eres una buena persona, pero tu caso es grave. Estás seriamente enfermo. Te quedará aquí y haré todo lo posible por obtener la curacion. Sin embargo, nada garantizo.

¿ Tan mal estoy ? balbució el molinero estupefacto.

Si, Dimitri Vasilievich, esto es grave. Si hubieseis venido hace dos o tres días os hubiese curado en poco tiempo y esto no seria nada. Pero hoy, tenéis una gran inflamacion. Puede venir la gangrena.

¡ No es posible Kapiton Timofeievich !

Pues yo, os lo digo.

¿ Y entonces ? . . . .

El médico alzó los hombros.

¿ Podria yo morir por una porqueria como esta ?



Yo no digo eso....pero,quédese aquí.

El campesino reflexionó largo tiempo con la mirada fija en el suelo.Despues,levantó los ojos hacia nosotros,se rascó la nuca y tomó su sombrero.

? Adonde vais así Dimitri Vasilievich ?

? Que adonde voy ?! Diablos! a mi casa como es natural si tan mal me encuentro.En un caso como este he de tomar mis medidas y dictar mis disposiciones.

Esto os costará caro,Dimitri Vasilievich.No seais imprudente.No se como habeis resuelto venir hasta aquí,no me lo explico,pero ya que estais,que daros.

No,Kapiton,si he de morir ha de ser en mi casa.Figurese que muero aquí.Dios sabe lo que en mi casa podría ocurrir.

Nadie sabe lo que va a ocurrir,Dimitri Vasilievich .Es peligroso el caso....no lo discuto. Pero por eso debiais permanecer aquí.

El campesino movió la cabeza.

Imposible Kapiton Timofeievich.No me quedaré.



Hacedme por el momento una receta.

Los medicamentos no servirán para nada.

Pues es repito que no me quedaré aquí.

Muy bien, pues tal es vuestra voluntad, pero no quiero que se me hagan cargos despues.

El medico arrancó una hoja de su carnet, extendió una receta y dijo al enfermo lo que tenia que hacer. El campesino tomó el papel, dió a Kapiton una moneda de cincuenta kopecs, y salió para montar en su carro.

! Adios Kapiton Timofeievich, no me guardéis rencor y no olvideis a mis huérfanos si me sucede alguna cosa !

! Espera Dimitri.... escuchame !

El campesino, hizo un signo con la cabeza, y dando un latigazo al caballo partió. Fui a la calle y le seguí con la mirada. La carretera estaba llena de lodo y de miles de obstáculos. El molinero guiaba prudentemente, sin apresurarse, y dirigia su caballo con destreza saludando a todos aquellos con quienes se encontraba.

Murió cuatro horas después .



Si; en general hay que admirar a los rusos por su manera de morir.

Innumerables recuerdos de muertos acuden a mi espíritu. También me acuerdo de ti, mi viejo amigo Avenir Sorokumov, que no quisistes llegar hasta el fin de tus estudios universitarios y fuiste el más noble y el mejor de los hombres. Veo tu cara de color verde, tus ralos cabellos rubios, tu dulce sonrisa, tu mirada entusiasta, tus brazos y tus piernas tan largos.... Escucho todavía tu voz débil y afa -  
-ble.

Tu vivias con el gran terrateniente Gure Krupianikov. Enseñabas gramática, geografía, historia, a sus hijos Fofa y Zezia; soportabas con paciencia las pesadas bromas del dueño de la casa, las groseras amabilidades del mayordomo, las estúpidas travessuras de los tontos chavales; a todo te sometias sin protestar, pero si, riendo amargamente, te sometias a todos los caprichos de su madre que no sabia que idear para matar su eterno aburrimiento. También me acuerdo cuando te sentias dichoso por la tarde, después de cenar, cuando te encontrabas libre al fin.



de todas tus ocupaciones, y te instalabas delante de la ventana para fumar una pipa o para ojear una revista mutilada y grasienta que habia traído de la ciudad el ingeniero agronomo, otro tan pobre y desgraciado como tu.

Tu amabas la poesia. Las lágrimas acudían fácilmente a tus ojos. Reías con abandono. Tu alma, pura como la de un niño, ardía en un sincero amor por la humanidad, y por todo lo que es bueno, por todo lo que es bello. A decir verdad, la naturaleza no te habia concedido ni memoria ni aplicacion. Pasastes por la Universidad como uno de los peores alumnos; dormías durante el curso, y permanecías mudo en los exámenes. Por el contrario, ¿quien como tu, con el corazón palpitante se alegraba mas de los éxitos de sus camaradas? Avenir!... ¿quien tenia una fé ciega en los altos destinos de sus amigos? ¿quien los alababa con orgullo? ¿quien los defendía en carnizadamente? ¿quien ignoraba la envidia y la traicion? ¿quien se sacrificaba con desinterés y se ponía a la disposicion de personas que no le llegaban ni a los tobillos? Tu, siempre tu nuestro



excelente Avenir.

Me acuerdo:tenias el corazon deshecho cuando te despedistes de tus camaradas para ir a ocupar tu puesto de preceptor. Siniestros presentimientos te atormentaban....Y en efecto,no fuistes dichoso en el campo.No encontrabas a nadie a quien escuchar religiosamente,a quien admirar,a quien amar....A los ojos de todos estos terratenientes,cualesquiera que ellos fuesen,educados o no,tu no eras mas que un modesto preceptor.Los unos te trataban con rudeza,los otros-con condescendencia.Desde luego,tu no te portabas con ellos como es debido:te dejabas intimidar,enrojecias,balbuceabas....

El campo no aprovecho tampoco a tu salud;!te ibas derritiendo como un cirio,pobre amigo !.Cier-to,tu habitacion daba al jardin.Los cerezos,los manzanos,los tilos daban flores que se encontraban siempre en tu mesa,en tus cuadernos,en tus libros.Una relojera color azul pálido colgaba de la pared de tu cuarto.Regalo de despedida de un ama de llaves alemana bonita y sentimental muchacha de bucles rubios y ojos claros.A veces,un viejo amigo de Moscú



iba a verte de pasada y tu te extasiabas al  
oírle recitar versos de los cuales él era el pobre  
autor.

¡ Pobre, pobre Avenir!

Pero tu conocías la soledad, la insoportable  
servidumbre del preceptorado, sin perspectiva algu  
na de mejora, los interminables otoños e inviernos,  
la enfermedad que no perdona...

Volvió a ver a Sorokumov poco tiempo antes de  
su muerte. Casi no podía ya andar. El propietario, Gu  
erri Krupianikov no le había puesto en la calle, pero  
había dejado de pagarle y había buscado otro precep  
tor para Zezia.... Fofa había sido ya enviado a la  
Escuela de cadetes.

Encontré a Avenir sentado en una butaca  
vieja, al lado de la ventana. El tiempo estaba esplén  
dido. El claro cielo de otoño tenía con una mancha  
azul las copas de los tilos. La tierra se iluminaba  
con los rayos oblicuos del sol que se deslizaban  
por la hierba descolorida. El aire se llenaba de  
ruidos extraños. Se oía claramente la voz de los  
jardineros que trabajaban. Avenir vestía un traje  
de casa. Un pañuelo de seda que llevaba al cuello



arrojaba reflejos cadavericos sobre su cara espantosamente delgada.

Se alegró mucho de mi visita, me tendio la mano, se puso a hablar y le atacó una tos convulsiva. Me senté a su lado y le di tiempo para que se calmase....Avenir tenia sobre sus rodillas un cuaderno de versos de Koltsov cuidadosamente copiados.(1)

! Que poeta ! dijo haciendo un esfuerzo para sofocar la tos.

Probó a decirme uno de los poemas con una voz apenas perceptible....Se lo impedi.El doctor le habia prohibido hablar,y yo sabia como agradar a Sorokumov y como entretenerle.No estaba el al corriente de la ciencia,pero tenia por todo una gran curiosidad,una gran sed de aprender.Se apasionaba grandemente por la filosofia alemana....Comencé a hablarle de Hegel(Ved que os cuento cosas muy antiguas).Avenir hizo signos de asentimiento con la cabeza,levantó los ojos y balbuceo sonriendo....Está bien....Si,comprendo....Está bien,muy bien....

---

(1)Koltsov viene a ser el Becquer ruso.  
(Nota mia )



Declaro que se me saltaban las lágrimas al ver a esta desdichada criatura con aquel infantil deseo de aprender, y que se moría sin tener siquiera un rincón suyo. Es necesario decir igualmente, que al contrario de todos los tuberculosos, Avenir no se hacía ilusiones acerca de la curación de su enfermedad.

Y sin embargo no gemía, no se quejaba nunca, no hacía ni hizo nunca ante mí alusión a su estado....

Reuniendo todas sus fuerzas me habló de Moscú de nuestros camaradas, de Puchkin, del teatro, de la literatura rusa; recordaba nuestros pequeños festines, nuestras discusiones, y pronunciaba con pena el nombre de dos o tres condiscípulos nuestros.

¿Te acuerdas de Dacha? dijo al fin. ¡Que alma de oro, que corazón!... y como me amaba....? ¿Que le sucedió? Ha debido morir de pena la pobrecilla....

No tuve valor para desmentirle. ¿Que habría ganado sabiendo que su Dacha se había puesto gorda como un tonel, que se entendía con los hermanos Kındatchov-comerciantes de Moscú-que se acicalaba, chillaba y lanzaba juramentos?

Contemplé su cara macilenta y me pregunté si



no sería posible sacarle de allí e intentar todavía su curación....Pero Avenir no me dejó llegar hasta el final de mi ofrecimiento.

No, amigo mío, gracias. Me es indiferente morir aquí o en otra parte. No viviré más que hasta el invierno....? A que molestar a la gente ?. Estoy habituado a esta casa....Es verdad que los amos....

? Son unos ruines ? pregunté.

No, no es esto. No son ruines....son insensibles como un pedazo de madera....Sin embargo, no tengo motivos de queja....Y además, hay algunos vecinos.. El propietario Kasatkin tiene una hija muy instruida, amable, encantadora, nada orgullosa....

Sorokumov fue atacado por un nuevo golpe de tos.

Todo sería soportable, dijo el al sabo de un rato, si se me permitiera fumar una pipa....Pero no moriré sin haber fumado una por lo menos, agrego guiñando el ojo con picardía .Dios sea loado, he vivido bastante y he tenido la suerte de conocer hombres de valía.

Deberías al menos escribir a los tuyos.



148

? Para que ?. No pueden ayudarme y ademas es  
peran pronto mi muerte. Pero, hablemos de otra cosa.  
? Vas frecuentemente al extrabjero ?.

Accedi a su deseo y mientras hablaba no me qui  
taba los ojos. Parti por la noche.

Diez dias despues recibí la siguiente carta  
de Krupianikov:

" Tengo el honor de informaros por la presente  
que vuestro amigo, el estudiante Avenir Sorokumov  
que vivia con nosotros, ha muerto hace cuatro dias,  
a las dos de la tarde, y ha sido enterrado hoy, a  
mis espensas en el cementerio de la iglesia parro  
quial. Me ha encargado hacer llegar a vuestro poder  
los libros y cuadernos adjuntos. Se le han encontra  
do veintidos rublos cincuenta copeks que se remiti  
rán con los demas objetos de su pertenencia a sus  
herederos legitimos. Vuestro amigo ha conservado  
hasta el fin una gran entereza de espiritu, y me a  
trevo a decir que una completa insensibilidad. Ha  
muerto sin habernos manifestado la menor pena, cuan  
do mis familiares han venido a decirle adios. Mi  
esposa Cleopatra Alexandrovna, os saluda. La muerte  
de vuestro amigo ha influido mucho sobre sus ner  
-vios. En cuanto a mi, tengo a Dios gracias, buena sa  
-lud.

Vuestro devoto servidor.

G. KRUPIANIKOV;

Otros muchos ejemplos me vienen a la memoria  
pero no es posible citarlos todos. No contaré mas  
que este:

Tuve ocasion de asistir a la muerte de una vie



-ja propietaria. El párroco acababa a penas de comenzar sus rezos cuando se dio cuenta de que la enferma estaba a punto de morir. Apresurose a tenderla la cruz para que la besase. La moribunda se hizo atrás con cierto enfado.

Tienes mucha prisa batiuchka (padrecito) dijo con una voz apenas inteligible. Tenemos tiempo.

Besó el crucifijo, dejó caer la cabeza sobre la almohada y expiró. Debajo de esta se encontró una pieza de un rublo; había preparado el dinero para pagar su propio servicio fúnebre....

Si, los rusos saben morir de una manera admirable !

- F I N -

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



- UNAS PALABRAS -

LOS DOS PROPIETARIOS y LA MUERTE, forman parte de una serie de cuentos y que Turguéniev denomina NARRACIONES DE UN CAZADOR .

En la primera de estas narraciones describe el autor, de mano maestra el tipo de los antiguos propietarios rusos. Son extraños para un español y mas aun para un castellano, que noble o plebeyo no consintió jamas la tirania. Son sin embargo, el reflejo fiel de una época . En realidad, son dos bárbaros los tales propietarios, y si se quiere hablar mas claro, dos sinvergüenzas.

La otra narracion LA MUERTE tiene el gran encanto que da la sencillez, y emociona hondamente. Sobre todo es un verdadero acierto la descripción de los ultimos momentos del pobre Avenir Sorokumov.

Si todos supieran esperar la muerte como el

V.A. de ...

... la ... de ...



# Centro Documental Archivo

███- KUPRIN- ███

EL GALLO DE ORO

ANASTASIO  
DE GRACIA



. EL GALLO DE ORO .

Esta mañana, no me acuerdo del día exacto, pero era la época del solsticio de verano-me desperté al rayar la aurora, bruscamente, sin transición entre el sueño y el estado de vigilia; me desperté despejado, alegre, persuadido de que allá, detras de mis ventanas en la clara pureza del día naciente me esperaba alguna sorpresa maravillosa. Mas de una vez me había saludado al amanecer la canción alegre del estornino, y el insolente y medidoso silbido del mirlo.

Abri una ventana y me senté en el borde. El aire todavia frio estaba impregnado del fino aroma de las hierbas, de las flores, de las hojas. En la espera de los castaños se veian mezclados, fragmentos de diáfana claridad y de niebla nocturna. Los arboles parecian estirar sus ramas entumecidas aun por el



sueño y abrían gozosamente, perezosamente sus millo-  
-nes de ojos. ¿Quién ha pretendido que los árboles  
no ven ni entienden?

Pero esta mañana, el estornino, alegre charlatán  
y el mirlo, incansable silbador, se callan. Puede ser  
que como yo, presten una asombrada atención a los  
extraños sonidos, incomprensibles, inauditos, cuyo po-  
-deroso influjo hacia temblar cada molécula de la  
atmosfera.

Durante algunos segundos he creído que por to-  
-da la tierra trompetas de oro y de plata lanzaban  
hacia el cielo sus llamadas, con una pureza, con una  
-someridad, con una belleza sorprendentes. En fin, he  
comprendido que los gallos cantaban.

Conozco lo fuerte y lo agudo de este canto. En  
-tiempos pasados cazando durante el periodo del ce-  
-lo primaveral los gallos silvestres en las inmensas  
selvas rusas a diez o quince kilómetros de poblado,  
llegué, en una fuerte tensión del oído a percibir en  
el momento de salir el sol, los dos únicos sonidos  
que me recordaban al hombre: el silbido lejano de  
la locomotora y los cantos de los gallos de las al-



-deas de alrededor. Los últimos ruidos terrestres que llegaban a mis oídos durante mis silenciosas ascensiones en globo fueron siempre los gritos de los chiquillos, y más persistentes todavía los cantos triunfales de los gallos. Y ahora, en este preciso momento en que la tierra, los árboles, el cielo, saliendo de su vivificante inmersión en la frescura de la noche (1), revestían en silencio sus galas matinales, yo soñaba emocionado: "He aquí a todos los gallos cantando, todos, hasta el último, jóvenes y viejos, todos los que viven en el inmenso espacio ya esclarecido por el sol, y que dentro de unos instantes resplandecerá bajo los rayos del astro." En toda la zona accesible al oído no hay una aldea, no hay una granja donde cada gallo, estirando la cabeza hacia el cielo y erizando las plumas de su cuello no lance sonidos de un bello furor triunfante por todas partes; se le oye en Versalles, en Saint Germain, en La Malmaison, en Rueil, en Suresnes, en Garches, en Marnes la Coquette, en Vaucre-

---

(1). No se puede decir nada más bonito.

Nota mia.



-sson, en Meudon, y en todas las aldeas y pueblos resonaba simultaneamente el canto de cientos y de miles de entusiastas gallos. ¿Que orquesta humana no hubiera parecido pobre al lado de este coro mágico en el que impera el rojo pùrpura del do ?.

Por momentos, los gallos mas proximos se callan algunos instantes, parecen observar una pausa rigurosamente fijada de antemano; entonces oia la ola de sonidos rodar siempre mas lejos hasta el extremo limite auditivo, y, como si chocase contra una invisible costa, volver a romperse con mas vigor bajo mis ventanas, sobre los tejados, sobre las cimas de los árboles.

Estas amplias ondas sonoras rodaban de norte a sur, de oeste a este, en una especie de fuga encadenada. Asi sin duda, los soldados de la antigua roma acogian a su Cesar victorioso. Las cohortes dispuestas sobre las colinas eran las primeras en apercibir su carro de triunfo, le saludaban de lejos con gritos de alegria en tanto que en el llano se elevaban las voces de hierro



de las legiones frenéticas cuyas filas se iluminaban con las miradas de sus ojos de fuego.

Yo escuchaba esta maravillosa música con emoción, casi con entusiasmo. ¡ Que extraña, que maravillosa mañana !. ¿ Que había sucedido a los gallos de toda la vecindad, de todo el país, quien sabe si de todo el universo ?. ¿ No celebrarían en esta hora matinal el día mas largo del año ?. ¿ No exaltarían todos los encantos del estío ; el calor de los rayos solares, la ardiente arena, las hierbas olorosas, el júbilo de la victoria sobre la hembra, la gallarda alegría del combate, cuando dos cuerpos fuertes se chocan furiosos en el aire, cuando las flexibles alas se mueven estremecidas , cuando los picos acerados se hunden en las carnes y una nube de polvo envuelve plumas y gotas de sangre ?. ¿ Será posible que glorifiquen el multimilésimo aniversario del Viejo Gallo-el antepasado de todos los gallos del mundo, el invencible guerrero, el soberano monarca de los campos, de las riberas, de los grandes bosques ?.

El sol tarda todavía en aparecer una millo-



-nesima de segundo, y con una impaciencia sagrada los gallos adoradores suyos, deificadores de la luz y del calor conjuran a su dios para que descubra su faz de fuego.

Pero, he aquí el sol. Nadie todavía, hombre, bestia, pájaro, ha podido notar el momento en que aparece, el segundo en que el universo, de pálido se vuelve rosa, y de rosa, dorado. Ya la llama de oro ha penetrado en todas partes; el cielo, el aire la tierra. Con un impulso de sus fuerzas supremas, el innumerable coro, pletórico de belleza entona un maravilloso cántico. Y yo creo en este instante que los rayos solares resuenan también como trompetas de oro y que el himno de los gallos fulgura como la faz del sol. El gran Gallo de Oro surge en el firmamento en su ignea soledad. No podemos por menos de evocar el viejo mito del Fenix, el pájaro fabuloso que se consumía sobre la suntuosa hoguera del crepúsculo para renacer al día siguiente de las cenizas, del humo y de los ardientes carbones del Oriente.

Los gallos terrestres se callan unos des -



- pues de otros. Primero los mas proximos, luego los mas lejanos, y finalmente allà, casi fuera del limite auditivo, percibo un dulce pianissimo, que bien pronto muere tambien:...

Estuve todo el dia bajo el encanto de esta arrebatadora, de esta grandiosa mùsica? Al medio-dia fui a ver a los amigos. En medio del patio se pavoneaba un enorme Langsham. A la luz resplandeciente del sol, el oro de su tònica, los reflejos verdes y azules de su coraza de acero bruñido, el satinado de sus cintas rojas y blancas brillaban con una luz deslumbradora. Me aproximé con precaucion, y me incliné hacia el preguntandome:

? Erais vos el que cantaba tan armoniosamente esta mañana al amanecer ?

Me arrojó una mirada oblicua, de descontento, se volvio, y picando la arena de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, gruñó algo con una voz como encolerizada. No estoy seguro de haberle comprendido bien pero creo que me dijo:

? Que los importa ?

No me ofendi. Yo no soy mas que un hombre de-



-bil y miserable, lo se. Mi corazon seco no conoce los extasis sagrados del gallo cuando celebra a su dios de oro. Pero, ¿no se me va a permitir que modestamente, a mi manera, adore al bello, al eterno, al fructificante Sol ?.

Ville de Avray  
1 de abril de 1922.

Fundación

ANASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental

Archivo



Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



167

Centro Documental  
Archivo  
HONORATO DE BALZAC  
- LOS PROSCRITOS -  
Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA





162

Centro Documental  
Archivo

LOS PROSCRITOS.

---

En 1308 existían muy pocas casas en el terreno que formado por el aluvión de las arenas del Sena, se encuentra en la parte alta de la ciudad de París., detrás de la iglesia de Nuestra Señora. El primero que se decidió a construir una en aquel sitio amenazado por las inundaciones, fue un sergent de ville (guardia municipal) que había prestado algunos pequeños servicios a los canónigos del Cabildo de Nuestra Señora; en recompensa, el obispo le concedió unos metros de terreno dispensándole de toda renta o merced por la ocupación del mismo. Siete años antes del día en que comienza esta historia, José Tirechair, uno de los más rudos sargentos de París disfrutaba del privilegio de cobrar ciertos derechos sobre las multas percibidas por las faltas cometidas en las calles de la ciudad, y con su producto había logrado



construir su casa a orillas del Sena, precisamente al final de la Puerta de San Leandro. Con el objeto de preservar de posibles daños a las mercancías depositadas en los muelles, el municipio había construido una especie dique de albañilería que aun hoy puede verse en algunos viejos planos de Paris, y que preservaba el muelle de las aguas en la época de las avenidas, y de los deshielos; el sargento estudió bien la construcción de su casa, y por ello se hacía necesario subir algunos escalones para llegar a ella. Semejante a todas las de su época, esta casita estaba cubierta por un tejado puntiagudo en forma de rombo. A pesar de cuanto digan los historiografos apenas si quedan en Paris uno o dos tejados de este modelo.

Una abertura redonda daba luz al granero en el cual, la mujer del sargento tendía a secar la ropa del Cabildo, pues tenía el honor de lavar y planchar para los canónigos de Nuestra Señora lo que no era pequeña suerte. En el primer piso había dos habitaciones que alquilaba siempre a extranjeros a razón de cuarenta sùs parisinos cada una, precio exorbitan-



-te justificado sin embargo por el lujo con que Tirechair las tenia amuebladas. Tapicerias de Flandes adornaban sus paredes; un gran lecho cubierto con un pabellon de sarga verde, semejante a esas de los campesinos tenia ademas una finisima colcha. Cada habitacion tenia su braserillo, o especie de estufa cuya descripcion es inutil. El piso esmeradamente cuidado por los domésticos de Tirechair brillaba como la madera pulimentada de una caja. En lugar de escabeles tenian los huéspedes una especie de sillas de coro en nogal tallado, provinientes sin duda, del pillaje de algun castillo. Dos baulles con incrustaciones de cobre, una mesa con columnas salomonicas, completaban el mobimiaro, verdaderamente digno de dos caballeros. Las vidrieras de estas dos habitaciones eran artisticas, y las ventanas daban al rio. Por una de ellas no podia verse mas que una orilla del Sena y las tres islas desiertas entonces, dos de las cuales han sido unidas mas tarde y forman la actual isla de San Luis; la tercera era la isla Lourier.

Por el otro lado podia verse, a traves de uno de los muelles del puerto de San Leandro, el barrio



de la playa el puente de Nuestra Señora con sus casas, las altas torres del Louvre recientemente construidas por Felipe Augusto y que dominaban este París mezquino y pobre que sugiere a la imaginación de los poetas modernos tantas falsas maravillas. El piso bajo de la casa de Tirechair se componía de una gran habitación donde trabajaba su mujer, sitio por el cual habían de pasar los inquilinos para ir a sus habitaciones, subiendo por una escalera semejante a la de un molino. Después, en la parte trasera se encontraba la cocina y el dormitorio del matrimonio, con vistas al Sena. Un jardín-cillo conquistado a las aguas del río, instalado al pie de esta humilde morada, con sus cuadros de coles, sus cebollas y algunos pies de rosales protegidos por una alambrada, constituía el ornato de aquella. Una casilla de madera servía de alojamiento a un perrazo, necesario guardián de casa tan aislada. Allí comenzaba un recinto destinado a criar gallinas cuyos huevos vendían a los canónigos. Acá y allá sobre el terreno fangoso o seco, según los caprichos de la atmósfera parisien se alzaban al-



166

-gunos arbolillos incesantemente batidos por el viento, atormentados por los paseantes ociosos; sauces juncos y altas hierbas. El terreno, el muelle, la casa tenían a poniente la inmensa basilica de Nuestra Señora, que proyectaba a la puesta del sol su fria sombra. Entonces, como hoy, no habia en Paris lugar mas solitario, paisaje mas solemne ni mas melancolico. La gran voz de las aguas, el canto de los canonigos y el silbido del viento, turbaban la tranquilidad de este bosquecillo donde a veces se aventuraban parejas amorosas para confiarse sus secretos aprovechando el momento en que los officios retenian en la iglesia a los individuos del Cabildo.

Una tarde del mes de abril del año 1308, Tire-chair entro muy enfadado en su casa. Desde hacia tres dias todo estaba en orden en la via publica. En su calidad de policia nada le molestaba mas que sentirse inutil. Arrojo su alabarda con mal humor gruño algunas palabras mientras se despojaba de su chaqueta mitad roja, mitad azul, para ponerse una vieja casaca. Despues de haber cogido del ar-



-mario un pedazo de pan sobre el cual extendio un poco de manteca, sentose en un banco y examinando las cuatro paredes blanqueadas con cal ,se puso a contar las tablas del piso, los utensilios colgados que ya estaba harto de ver, y miro a su mujer que sin decir una palabra repasaba las albas y los roquetes de la sacristia.

Por mi salud, dijo el para empezaâr la conversacion. ¿ Donde escoges tu servidumbre Jacobina ? He aqui un caso, dice señlando a una obrera que pli saba bastante torpemente un mantelillo de altâr. En verdad, cuanto mas la miro menos me parece una criada de campesinos. Tiene las manos tan blancas como las de una dama. ! Por Dios que sus cabellos huelen a perfume si no me equivoco !, y sus zapatos son finos como los de una reina .! Por el doble cuerno de Mahoma, estas cosas no me gradan !

La obrera enrojoció mirando a hurtadillas a Jacobina con un aire mezclado de miedo y de orgullo. Esta contestó a esta mirada con una sonrisa, dejo la tarea y exclamó alegremente dirigiendose a su marido:



! Bueno, no me molestes mas !. No irás a acusarme de ninguna intregas ? Trota por tus calles todo lo que quieras y no te metas en lo de casa, mas que para vivir en paz, beber tu vino y comer lo que te pongo a la mesa, sino no me encargará de que estes contento, alegre y bien atendido. ! Encuentrenme en la ciudad un hombre mas dichoso que este mico ! añadió con un gesto de reproche . Tiene dinero en la escarcela, tiene casa en Paris, una magnifica alabarda y una mujer honesta, un hogar tan limpio como mis ojos, y he aqui, que se queja como si fuese un peregrino de San Antonio.

! Ah ! . ¿ Crees tu Jacobina que quiero ver mi alabarda en manos de otro, mi casa arrasada y mi mujer en la picota ?.

Jacobina y la delicada obrera palidecieron; ! Explicate entonces ! dice la mujer y suelta ya lo que llevas dentro. Ya me he dado cuenta desde hace unos dias que tienes metida una tonteria en tu pobre cerebro. ! Vamos ven acá ! y dime todo. Es preciso que seas muy medroso para tener miedo a nada ni a nadie viviendo bajo la proteccion del



Cabildo .Nunca se quejarán los cananigos de la menor falta de Jacobina.

Y al decir esto; marchó hacia el sargento tomandole por el brazo.

- Ven pues, añadió haciendole levantarse y llevandosele fuera de la estancia .

Cuando llegaron al borde del agua, en su jardincillo, Jacobino miró a su marido burlescamente.

Has de saber viejo truhan, que cuando esta bella dama sale de aqui, entra una pieza de oro en nuestro bolsillo.

! Oh ! ! Oh ! dice el sargento quedando pensativo y extatico ante su esposa.

Pero replica enseguida:

! Entonces estamos perdidos !....

? Por que viene esta mujer a nuestra casa ?

Viene a ver al joven seminarista que tenemos alojado arriba, respondió Jacobina mostrando la ventana que daba al Sena.

! Maldicion ! grito el sargento. Por unos tristes escudos, me has arruinado Jacobina; Y es este el oficio que debe desempeñar la prudente y honesta



-ta mujer de un sargento de la ciudad ? Pero, sea condesa o baronesa no podrá sacarnos del embrollo en que tarde o temprano nos veremos metidos /. Tal vez tengamos en contra nuestra un marido poderoso, porque ! pardiéz !, es muy hermosa.

! Es viuda, bárbaro ! .¿ Como te atreves a suponer a tu mujer, capaz de cometer un acto villano o una tontería ?. Esta dama no ha hablado nunca con nuestro joven seminarista, y se conforma con verle y con pensar en él. ! Pobre niño !; sin ella, ya hubiera muerto de hambre, porque la dama es como si fuera su madre. Y a él, al querubín, es tan fácil engañarle !.

Cree que su poco dinero va a durar toda la vida y desde hace seis meses, lo ha agotado ya dos veces.

Mujer, responde gravemente el sargento; señalando hacia la plaza de la "Greve", ¿ te acuerdas de haber visto desde aquí el fuego que tosto hace unos días a la dinamarquesa ?

? Y que ? dice Jacobina asustada .

? Y que ? ataja Tirechair, Los dos extranjeros que albergamos, huelen a chamusquina. No hay ca-



-bildo, ni condessa, ni proteccion que valga. Estamos en pascua, el año termina, y es necesario poner en la calle a nuestros huéspedes. ¿ Vas tu a enseñar a un sargento a saber quienes son los criminales ? Nuestros huéspedes habrán practicado la hechiceria como esa hrética mujer de Dinamarca o de Noruega cuyo último grito oistes desde aquí. Era un verdadero diablo, muy valiente, que no pestañeó siquiera al ponerla en el palo, lo cual demuestra sus relaciones con el demonio; yo la he visto, como te veo a ti , predicando todavia a la multitud y diciendo que veia a Dios. Pues bien, desde ese dia no he podido dormir con tranquilidad. El señor del piso de arriba es seguramente mas brujo que cristiano. ! Por mi fe de sargento!, siento un escalofrio cada vez que el viejo pasa por mi lado; por la noche, jamás duermo; si me despierto oigo su voz, que tiene el somido de las campanas, haciendo conjuros en la lengua del infierno. ¿ Le has visto tu por casualidad comer una honrada corteza de pan, una torta hecha por la mano de un pastelero catolico ? Su piel morena ha sido curtida y tostada por el fuego



del infierno. ¡Gran Dios!, sus ojos tienen el mismo poder de encantamiento que los de los reptiles. Jacobina, yo no quiero tener a estos dos hombres en mi casa. Vivo muy en contacto con la Justicia para no querer tratos con ella. Pondrás a nuestros huéspedes en la calle: el viejo porque me es sospechoso, el joven porque es demasiado lindo. El uno y el otro tienen el aspecto de no cultivar el trato con los cristianos; no viven como nosotros; el pequeño mira constantemente a la luna, a las estrellas, a las nubes, como el brujo que espera la hora de montar en la escoba; el otro cazurro se sirve seguramente de este pobre niño para algún sortilegio. Tengo mi cabaña a la orilla del río, tengo ya bastante y no quiero, ni arruinarme ni atraer el fuego del cielo, por el amor a una condesa. Lo he dicho: No quiero tropiezos.

A pesar del mando despotico que ejercia en la casa, Jacobina quedo estupefacta al escuchar esta especie de jaculatoria formulada por el sargento contra sus huéspedes.

En este momento, miró maquinalmente hacia la ventana del cuarto donde vivia el viejo y tembló



de horror al pensar en su faz sombría y meláncolica y en la mirada profunda que hacia estremecer al sargento, habituado a ver criminales.

En este tiempo, pequeños y grandes, clérigos y laicos temblaban pensando siempre en un poder sobrenatural. La palabra mágica era tan poderosa para sobrecoger de espanto, como la palabra lepra. Esta palabra bastaba para romper los lazos sociales y para helar la piedad de los corazones más generosos. La mujer del sargento pensó de pronto que nunca había visto a sus huéspedes portarse como las demás criaturas humanas. Siquiera la voz del más joven fuese dulce y melodiosa como el sonido de una flauta, la oía tan raramente que llegó a creer que estaba bajo los efectos de un sortilegio. Acordándose de la extraña belleza de esta cara blanca y sonrosada, acordándose de este cabello rubio y del fuego de su mirada, creía reconocer ahora los efectos del demonio. Recordó haber estado días enteros sin oír el más pequeño ruido en las habitaciones de los dos extranjeros. ¿Donde estaba durante horas y horas? Casi al instan-



-te las circunstancias mas singulares acudieron en tropel a su memoria. Fue presa del miedo y queria ver una prueba de la màgia en el amor que la rica dama profesaba a este joven Godofredo, pobre huérfano llegado a Paris desde Flandes para estudiar en la Universidad. Metio la mano en uno de sus bolsillos y sacó con rapidez cuatro libras, mirando las monedas con un sentimiento de avaricia mezclado de miedo.

Esta no es moneda falsa, dijo mostrandobelas a su marido .Ademas, ¿ como echarles de casa despues de haberles cobrado un año adelantado ?

Tu consultarás al señor Dean del Cabildo, respondió el sargento, ¿ No es el quien debe decirnos lo que ha de hacerse con estos seres extraordinarios ?

! Oh ! si, bien extraordinarios exclamó Jacobina. ! Ved a la maldad llegando hasta los humbrales de Nuestra Señora !. Pero, continuo ella ; ¿ por que antes de consultar al D<sup>e</sup>an no prevenimos a esta noble y digna dama del peligro que corre ?

Despues de esta conversacion, Jacobina, y el



sargento entraron en la casa .Tirechair, como hombre envejecido en las astucias de su cargo se hizo el desentendido al mirar a la fingida obrera, pero es -ta indiferencia aparente dejaba ver que se habia descubierto el incognito. En aquel momento sonaron las seis en el campanario de San Dionisio, pequeña iglesia que se encontraba entre Nuestra Señora y la Puerta de San Leandro, la primera catedral construida en Paris en el mismo lugar en que San Dionisio sufrio el tormento de la parrilla, segun dicen las cronicas. La hora fue repetida de campana en campana por toda la ciudad. Casi enseguida, gritos confusos salieron de la orilla izquierda del Sena, detras de Nuestra Señora en el lugar que ocupaban las numerosas escuelas de la Universidad. A esta señal; el viejo huesped de Jacobina se movió en su habitacion. El sargento, su mujer y la desconocida oyeron abrir y cerrar bruscamente una puerta, y el andar pausado del extranjero resonó sobre los peldaños de la escalera interior. Las sospechas del sargento daban a la aparicion de este personaje un tan alto interes , que las caras de Jacobina y de



su marido adquirieron de pronto una expresion tan extraña que no pasó desapercibida por la dama. Con el miedo que todas las personas que aman sienten cuando creen ver en peligro al ser amado, la dama aguardaba impacientemente la llegada de aquella persona que tanto horror inspiraba a sus falsos amos.

El extranjero parose un momento en el dintel de la puerta para examinar a los tres que se hallaban en la sala, y parecia buscar con la mirada a su compañero. Esta mirada inquieta turbó los corazones. Era verdaderamente imposible no declarar que la naturaleza habia otorgado poderes exorbitantes a este ser de apariencia sobrenatural. Sea que sus ojos estuviesen muy hundidos bajo el arco dibujado por las cejas, dandoles la apariencia de ojos de milano, sea que sus pupilas estuviesen vivamente bordeadas de un circulo negro, parecia que aquellas salian de las orbitas. Estos ojos mágicos tenian un no se que de despotico y de penetrantes que parecia sorprender los mas ocultos pensamientos; una mirada brillante y lúcida como la de las serpientes, pero que asombraba por la veloz comunicacion del



temor misterioso a una desdicha o a algo de potencia sobrehumana. Todo estaba en armonía con esta mirada de plomo y de fuego, fija y movable, al mismo tiempo, severa y tranquila. Si estos ojos parecían haber olvidado todas las agitaciones y deseos terrenales, la cara delgada y seca llevaba impresos los rasgos de pasiones desdichadas y de grandes éxitos cumplidos. La nariz recta sobre una mejilla descarnada se acusaba más aun por las profundas arrugas que las surcaban. Todo esto hacía que su cara pareciese un hueco muy lleno de sombra. Hubiera podido decirse que, al igual que la violencia de las aguas torrenciales, alguna lucha interior y terrible había dejado aquellas huellas en su fisonomía. Semejantes a la estela dejada en el agua por los remos de una barca, largos pliegues partían de cada lado de su nariz acentuando fuertemente el aspecto de su cara y dando a su boca, firme y sin sinuosidades un aire de profunda tristeza. Dominando el huracán pintado en su cara, la frente tranquila avanzaba atrevidamente sobre aquella, coronándola como si fuera una cúpula de mármol. El



extranjero tenía esa actitud especial que contraen los hombres habituados a la desgracia, hechos por la naturaleza para afrontar impasibles las furiosas ráfagas de la vida y para mirar frente a frente los peligros. Parecía moverse en una esfera superior a la humanidad. Al igual que su mirada, su gesto en general poseía una fuerza irresistible; sus manos descarnadas eran las de un guerrero; no había más remedio que bajar los ojos cuando los suyos miraban fijamente, y un terror involuntario se apoderaba del alma al ver un gesto suyo o al escuchar su voz. Andaba rodeado de una silenciosa majestad y parecía, o un déspota sin corteo o un dios sin rayos. El traje estaba en consonancia con su aspecto y con las ideas que inspiraba. Este, su alma, su cuerpo, se armonizaban de tal manera que impresionaba aun a las imaginaciones más frías. Llevaba una especie de sobrepelliz de tela negra sin mangas, que, sujeto por delante descendía hasta media pierna. Llevaba el cuello desnudo. La casaca y sus botones eran de color negro. Cubría su cabeza con un casquete de terciopelo, semejante al de un párroco



779

y que trazaba una línea circular por encima de su frente sin dejar escapar un solo cabello. Era el traje mas de luto y mas severo que un hombre puede llevar. Sin una larga espada que colgaba de su costado izquierdo sostenida por un cinturón de cuero sobre su negro sobrepelliz, un eclesiástico le hubiera saludado como a un hermano. Aunque era de talla mediana parecia alto, pero si se le miraba a la cara era gigantesco.

oooooooooooo

Ha sonado la hora, la barca espera, ¿venis ?.

A estas palabras, pronunciadas en un mal francés, pero comprendidas por todos, se oyó ruido en la otra habitación y el muchacho descendió con la ligereza de un pájaro. Cuando apareció Godofredo, la cara de la dama se empurupuró y estremeciéndose, se tapó la cara con las manos. Toda mujer habrá participado de esta emoción al contemplar un muchacho de unos veinte años pero cuya talla y formas eran tales que hubiera podido tomarsele por un niño o por una muchacha disfrazada de chico. Su gorra negra, parecida a la boina de los vascos dejaba ver una frente blanca como la nieve en la



cual la gracia y la inocencia brillaban con una divina suavidad, reflejo de un alma llena de fe. La imaginación de los poetas hubiera querido buscar una de esas estrellas que las madres piden a las buenas hadas para colocarlas en la frente de los hijos. Sus ojos azules, limpios y llenos de vida parecían reflejar el cielo. Los rasgos de su cara la forma de su frente eran de una finura, de una delicadeza tal que arrebatariam a un pintor. Esa flor de belleza que en las mujeres es fuente de inagotables emociones, en la suya, de tintes varoniles pero de adolescente, formaba un delicioso contraste. Era, en fin, una de esas caras melancolicas que mudas, nos hablan y nos atraen; sin embargo, contemplandole con un poco de detenimiento hubiera podido reconocerse esa marchitez que imprime un gran pensamiento o una gran pasión, semejandole a una hojilla de árbol presta a caer. Nunca pudieron contemplarse dos seres mas desemejantes. El ~~marchitez~~ parecia un gracioso y debil arbusto nacido en el hueco de un viejo sauce, cuarteado por el rayo, decrepito; uno de estos sauces admiracion de los pintores; el mu-



-chacho, tímido arbolillo se había puesto al lado del sauce y al abrigo de las tormentas. Uno era un dios, el otro era un ángel; uno era el poeta que siente, el otro el poeta que traduce; un profeta que sufre, un levita en oración. Los dos pasaron en silencio.

? Habéis visto como ha silbado ? exclamó el sargento cuando dejaron de oírse los pasos de los dos huéspedes. ¿No es un diablo y su paje ?.

! Uf !, respondió Jacobina, yo estaba angustiada. Jamás había examinado a nuestros huéspedes con tanta atención. Para nosotras las mujeres, es una verdadera desgracia que el demonio pueda tomar una cara tan bonita.

Si, échale agua bendita y verás como enseguida se convierte en un sapo. Voy a decírselo a mis superiores.

La dama, al oír estas palabras, salió del ensueño en que estaba sumida y dijo al sargento que ya se preparaba a vestir su casaca azul y roja:

? Que vais a hacer ?

Informar a la justicia de que alojamos brujos



bien a pesar nuestro.

La desconocida se sonrió.

Soy la condesa de Mahaut, dájole levantándose con una dignidad que hizo enmudecer al sargento. ! Guardaos bien de causar la menor molestia a vuestros huéspedes ! Honrad sobre todo al viejo; le he visto en el palacio del rey vuestro señor, acogido por el muy cortesmente; os librareis de causarle el menor enojo. En cuanto a mi estancia en vuestra casa, no digáis nada si amáis la vida.

La condesa se calló volviendo a sus meditaciones. Pronto levantó la cabeza, hizo un gesto a Jacobina y juntas subieron a la habitación de Godofredo. La bella condesa contempló el lecho, las sillas de madera, el baul, las tapicerías y la mesa, con una alegría semejante a la de un desterrado que a la vuelta a la patria contempla los tejados de su pueblo sentado al pie de una colina.

Si no me has engañado, dice a Jacobina, te prometo cien escudos de oro.

Señora, respondió la patrona, el pobre angel tiene aquí todo su patrimonio.



Diciendo esto, Jacobina abrió un cajón de la mesa mostrando algunos pergaminos.

! Oh Dios de bondad ! gritó la condesa al ver un papel que llamó enseguida su atención.

Decía: GOTHOFREDUS COMES GANTIACUS (Godofredo, conde de Gante ). Dejó caer el pergamino y puso la mano

sobre su frente, pero viendo sin duda que iba a de-

jar traslucir su emoción a Jacobina adoptó un aire indiferente.

! Estos satisfecha ! dijo.

Después descendió, saliendo de la casa.

El sargento y su mujer, desde el dintel de la puerta la vieron tomar el camino del muelle. Un barco se encontraba amarrado allí.

Un marinero, al oír los pasos de la condesa, se levantó con presteza ayudando a la bella obrera a sentarse en uno de los bancos de la embarcación. Remó, y esta marchó velozmente por el Sena.

! Eres una bestia ! dijo Jacobina golpeando familiarmente la espalda del sargento. Hemos ganado hoy cien escudos de oro.



No me gusta alojar a señores que son brujos.

No entiendo nada de esto, pero me parece que nos espera la horca, dijo Tirechair tomando su alabarda. Voy a hacer la ronda por el Campo Florido.

! Ah Dios me proteja y me haga encontrar esta tarde algo que merezca la pena !

Jacobina quedó sola en la casa y subió precipitadamente a la habitación del señor desconocido para ver si encontraba algún dato acerca de este misterioso asunto. Parecida a esos sabios que se torturan para complicar las cosas mas claras y sencillas de la naturaleza, ella se había forjado ya una novela suya para explicar la reunión de estos tres personajes bajo su humilde techo. Anduvo buscando en el baul y no encontró nada de extraordinario. Solamente vio sobre la mesa una carpeta y algunas hojas de pergamino; pero como no sabía leer nada pudo averiguar tampoco. Un sentimiento, puramente de mujer, la llevó al cuarto del muchacho, desde donde vio a sus dos huéspedes que atravesaban el Sena en una barca.

Son dos estatuas, dijo. ! Ah !, llegan a la calb



Fovarre. ! Es listo el pequeño y ha saltado como si fuese un cabritillo. A su lado, el viejo parece un santo de piedra de la catedral. Van a la antigua escuela de las Cuatro Naciones. Allà es donde respira ~~en~~ a su gusto este pobre querubín. ! Es verdaderamente gallardo este mozo!! Ah !, estos señores no son como nosotros.

Y Jacobina despues de haber pasado la mano sobre la colcha de la cama, cerró la tapa del baul, y se preguntó por centesima vez en seis meses.

? En que diablos pasa todo el santo dia ? . No es posible que esté todo el tiempo contemplando el azul del cielo y las estrellas que Dios ha colocado arriba como linternas. El pobrecito niño está triste. Pero, ¿por que el viejo maestro y el no se hablan casinada ?.

Despues abismose en los pensamientos que bullian en su cerebro.

El viejo y el joven habian entrado en una de las escuelas situadas en esta época en la calle Fovarre tan celebre en Europa. El ilustre Sigier, el famoso doctor en Teologia mistica de la Univer



-sidad de París, ocupaba su cátedra en el momento en que los dos huéspedes de Jacobina llegaban a la escuela de las Cuatro Naciones, una gran sala al rás de la calle. Las frías losas estaban recubiertas de paja sobre la cual, un buen número de estudiantes tomaban apuntes de las improvisaciones del maestro, con la ayuda de esas abreviaturas que causan la desesperación de los descifradores modernos. La sala estaba llena no solamente de escolares sino de personas mayores, distinguidas, de clérigos, de cortesanos y de magistrados. Allí se encontraban sabios extranjeros, caballeros de espada y ricos burgueses. Veíanse allí, caras anchas, frentes protuberantes, venerables barbas que tenían el aspecto de las caras de nuestros antepasados o de personajes de la Edad Media. Caras delgadas, ojos negros y brillantes bajo craneos amarillentos a causa de la fatiga espiritual producida por una escolástica imponente, pasión favorita del siglo, contrastando con las jóvenes cabezas ardientes de los escolares, con las fisonomías de aspecto guerrero, con las mejillas rubicundas de algunos financieros. Estas lecciones,



estas disertaciones, estas tesis sostenidas por los  
genios mas brillantes de los siglos XIII y XIV, ex-  
citaban el entusiasmo de nuestros antepasados; eran  
como su espectáculo de toros o su circo, su tragé-  
dia, sus bailes, todo su teatro, en fin. La representa-  
cion de los misterios no aparecio hasta despues  
de haber terminado estas luchas espirituales, y tal  
vez esté aqui el origen del teatro francés. Una elo-  
cuente inspiracion que unia, al atractivo de la voz  
humana habilmente manejada, las sutilidades de la  
elocuencia engañosa y penetrada de los secretos de  
Dios, satisfacía entonces todas las curiosidades,  
emocionaba las almas y resultaba el espectáculo de  
moda. La Teologia no resumía solamente las ciencias;  
era la ciencia misma, como lo fue antes la Gramati-  
ca entre los griegos. Representaba un fecundo porve-  
nir para los oradores distinguidos que se hacian no-  
tar en estos duelos cuyos paladines, al igual de  
Jacob luchaban amparados por el espiritu de Dios.  
Las embajadas, los arbitrajes entre soberanos, las  
cancillerias, las dignidades eclesiasticas, pertene-  
cian a los hombres cuya oratoria estaba aguzada en  
las controversias teologicas. El pùlpito era la tri-



de la buna de la época.

Este sistema vivió hasta el día en que Rabelais inmoló el ergotismo con terribles burlas, así como Cervantes mató la andante caballería con una comedia escrita. (1)

Para comprender este siglo extraordinario, el espíritu informador de las obras maestras desconocidas hoy, en fin, para explicarse todo, hasta la barbarie, basta con estudiar las constituciones de la Universidad de París, y considerar despacio las extrañas enseñanzas entonces en vigor. La Teología dividíase en dos facultades; la de Teología propiamente dicha y la de Decreto. La facultad de Teología dividíase en tres secciones; la Escolástica, la Canónica y la Mística. Sería fatigoso explicar las atribuciones de estas diversas partes de la ciencia puesto que una sola, la Mística es el objeto de este estudio. La Teología mística abrazaba el

---

(1). De "comedia escrita" califica al Quijote Honorato de Balzac. Allá el con su responsabilidad ante la Literatura y ante la Historia en general.



al conjunto de las revelaciones divinas y la explicación de los misterios. Esta rama de la antigua Teología ha permanecido secreta para nosotros. Jacob Boehm, Swedenborg, Martínez, Pasqualis, Saint-Martin Molinos, Guyon, Bourignon y Krudener, la gran secta de los extasiados, la de los iluminados observaron en distintas épocas las doctrinas de esta ciencia cuyos principios tienen algo de pavoroso y de gigantesco. Hoy, como en tiempos del doctor Sigier se trata de dar al hombre, alas para penetrar en el santuario donde Dios se esconde a nuestras miradas.

Esta digresión era necesaria para comprender la escena a la cual el viejo y el joven asistían, pues ella evitará cualquier reproche a este estudio que algunos podrán calificar de falso o de hiperbólico.

El doctor Sigier era de alta estatura y estaba en la fuerza de la edad. Salvado del olvido por los fastos universitarios, su cara ofrecía un singular parecido con la de Mirabeau. Estaba marcada con el sello de una elocuencia arrebatadora, impe



-tuosa, terrible. Tenia la creencia religiosa y la ardiente fe que faltaban al personaje que se le parecia. Su voz poseia ademas una dulzura persuasiva, un timbre agradable y acariciador.

En este momento, el dia en que las pequeñas y estrechas ventanas guarnecidas de plomo repartian su luz y coloreaban con tintes caprichosos a la asamblea, creaban acá y allà vigorosos contrastes por la mezcla de luz y de tinieblas. Aqui, unos ojos brillaban en los rincones oscuros; alli, cabelleras negras acariciadas por aquellos rayos de luz parecian iluminadas al lado de las otras que quedaban en la sombra; los craneos pelados que aun conservaban una cintura de cabellos parecian estar plateados por la luna. Todas las cabezas vueltas hacia el doctor permanecian mudas, impacientes. Las voces monotonas de los profesores de las escuelas vecinas resonaban en la calle silenciosa semejantes al murmullo de las olas del mar. El paso de dos desconocidos que llegaban en este instante llamó la atencion general. El doctor Sigier dispuesto a hacer uso de la palabra vió de pie al viejo majestuoso,



buscó un sitio para el y al no encontrarlo entre la inmensa multitud llegó hacia el con un aire respetuoso haciéndole sentar en la escalera del pùlpito cediéndole su escabel. La asamblea acogio esta distincion con un largo murmullo de aprobacion reconociendo en el viejo al heroe de una admirable tesis recientemente sostenida en la Sorbona. El desconocido arrojó sobre el auditorio una profunda mirada que contenia todo un poema de desdichas, y los que la sostuvieron sintieron un indefinible estremecimiento. El muchacho que seguia al viejo sentose sobre uno de los escalones apoyandose contra el pùlpito. Su postura seducia por el aire tan grande de tristeza y de gracia. Se hizo un profundo silencio; el dintel de la puerta, la calle misma, quedaron obstruidos en pocos momentos por una multitud de escolares que desertaron de las otras clases.

Sigier debia resumir en un último discurso las teorias que habia expuesto sobre la resurreccion, sobre el cielo y el infierno, en sus lecciones anteriores. Su curiosa doctrina respondia a las



aficiones de la época y satisfacían estos deseos inmoderados de lo maravilloso que atormento a los hombres de todas las edades del mundo. Este esfuerzo del hombre para lograr un infinito que escapa sin cesar a sus manos débiles, este último asalto del pensamiento hacia aquella obra digna de una asamblea donde brillaban entonces las lumbreras del siglo, donde refulgian las inteligencias más llenas de imaginación. Desde luego el doctor recordaba sencillamente con un tono dulce y sin énfasis, los principales puntos precedentemente establecidos, a saber: la obra de un día, según así:

" Ninguna inteligencia es igual a otra. El hombre, ¿tenía derecho a pedir cuentas a su creador de la desigualdad de las fuerzas morales dadas a cada uno ?. Sin querer penetrar de golpe los designios de Dios debe reconocerse que de hecho por consecuencia de desemejanzas generales, las inteligencias se dividen en grandes esferas. Desde la en donde brillan las menores, hasta la más translúcida cuyas almas conocen el camino para llegar a Dios. Y siendo así, ¿no existe una gradación real y espi-



-ritual ?. Los espíritus pertenecientes a una misma esfera, ¿ no se entienden fraternalmente en alma, en carne, en pensamiento, en sentimiento ?

El doctor desenvolvía teorías maravillosas concernientes a las simpatías. Explicaba en un lenguaje bíblico los fenómenos del amor, las repulsiones instintivas, las vivas tracciones que desconocen las leyes del espacio, las cohesiones rápidas de las almas que parecen encontrarse. En cuanto a los diversos grados de fuerza de que ~~xx~~ son susceptibles nuestros afectos, quedaba resuelto por la colocación más o menos aproximada del centro que los seres ocupaban en sus círculos respectivos. Revelaba matemáticamente un gran pensamiento de Dios en la coordinación de las diferentes esferas humanas. Para el hombre, decía él, estas esferas crean un mundo intermedio entre la inteligencia del bruto y la de los ángeles. Según él, la palabra divina nutre a la palabra espiritual, la palabra espiritual nutre a la palabra animada, la palabra animada a la animal, y esta a la palabra esteril. Las sucesivas transformaciones que la crisálida



impuesta por Dios a nuestras almas, y esta especie de vida infusoria que, de una zona a la otra se comunica siempre mas viva, mas espiritual; mas clarividente, explicaba de una manera confusa pero puede ser que maravillosa para sus oyentes, inexpertos, el movimiento impreso por el Muy Alto a la naturaleza. Socorrido por numerosos pasajes tomados de los textos sagrados y de los cuales se servia para comentarse a si mismo, expresaba por imagenes sensibles los razonamientos abstractos que le faltaban. Se servia del espiritu de Dios como de una antorcha para iluminar a traves de las profundidades de la creacion, y lo hacia con una elocuencia tal que convencia plenamente a su auditorio. Desarrollando este misterioso sistema con todas sus consecuencias, daba la clave de todos los simbolos, justificaba las vocaciones, los dones particulares, los genios los talentos humanos. Convirtiendose de pronto en psicologo por instinto, daba cuenta de las semejanzas animales impresas en las fisonomias de los hombres, por analogias primordiales y por el movimiento ascendente de la creacion. Hacia



asistir al juego de la naturaleza y asignaba una mision, un porvenir, al mineral, a la planta, al animal. Con la Biblia en la mano, despues de haber es-  
-piritualizado la materia y materializado el espi-  
ritu, despues de haber hecho entrar la voluntad de Dios en todo, e impreso el respeto para sus menores obras, admitia la posibilidad de llegar por la fé, de una esfera a otra.

oooooooooooo

Tal fue la primera parte de su discurso. Por medio de hábiles digresiones aplicaba su teoria al propio sistema feudal. La poesia religiosa y profana, la elocuencia del tiempo tenian una amplia cabida en esta teoria verdadera fusion de todos los sistemas filosoficos de la antigüedad, pero de donde el doctor los hacia salir esclarecidos, purificados, cambiados. Los falsos dogmas de los dos principios y los del panteísmo caian derribados por su palabra que proclamaba la unidad divina de-  
-jando a Dios y a sus ángeles el conocimiento de los fines y de los medios al alcance del hombre.



Armado de demostraciones por las cuales explicaba el mundo material, el doctor Sigier construía un mundo espiritual en el que las esferas gradualmente elevadas nos separan de Dios, como la planta está alejada de nosotros por una serie de círculos que es menester franquear. El puebla el cielo, las estrellas, los astros, el sol. Siguiendo a San Pablo, investía a los hombres de una nueva fuerza que les permitía subir de mundo en mundo hasta las fuentes de la vida eterna. La escala mística de Jacob era a la vez la fórmula religiosa de este secreto divino y la prueba tradicional del hecho. Viajaba por los espacios atrayendo a las almas apasionadas y llevándolas sobre las alas de su palabra, y hacía sentir el infinito sumergiendo a sus oyentes en el océano celeste. Explicaba el doctor lógicamente el infierno, por otros círculos dispuestos en orden inverso de esferas brillantes que aspiraban a Dios, en donde el sufrimiento y las tinieblas reemplazaban a la luz y al espíritu. Las torturas se comprendían tanto como las delicias. Los términos de comparación existían en las transiciones de la vida



humana en las diversas atmosferas de dolor y de inteligencia. Asi, las *tribulaciones* mas extraordinarias del infierno y del purgatorio se encontraban naturalmente realizadas. Deducia, de modo admirable las razones fundamentales de nuestras virtudes. El hombre piadoso caminando en la pobreza, consciente de ella, siempre en paz consigo mismo y persistiendo en no mentir à pesar del espectaculo del vicio triunfante, era un angel castigado, caido que se acordaba de su origen, presentia su recompensa, cumplia su tarea y obedecia su bella mision. La resignacion sublime de los cristianos aparecia entonces en toda su gloria? Colocaba a los martires sobre ardientes carbones, y los despojaba casi de sus meritos al despojarles de sus sufrimientos. Mostraba al angel interior en los cielos, en tanto que el hombre exterior era despezado por el hierro del verdugo. Hacia reconocer por ciertos signos a los angeles celestiales que estaban entre los hombres. Arrancaba de lo mas recondito del entendimiento el verdadero sentido de la palabra caida que se encuentra en todos los idiomas. Sacaba de las mas férti-



-les tradiciones, la demostracion de la verdad de nuestro origen. Explicaba luminosamente la pasion que los hombres sienten por elevarse, por subir, ambicion instintiva, revelacion perpetua de nuestro destino. Recorria con una mirada el universo entero y describia la substancia de Dios mismo saltando como un inmenso rio del centro a los extremos, de los extremos al centro. La naturaleza era una y compacta. En la cosa mas sencilla en apariencia como en la mas complicada veia la obediencia a esta ley. Cada creacion reproducia en pequeño una imagen exacta de la gran Creacion, sea la semilla de la planta, sea la sangre del hombre, sea el curso de los astros. Añadia prueba sobre prueba y encuadraba siempre sus pensamientos en un melodioso marco de poesia. Marchaba desde luego valientemente contra las objeciones. Fulminaba interrogaciones acerca de lo que eran nuestros monumentos, nuestras ciencias, todo lo que construyen las sociedades con materiales humanos. Preguntabase si nuestras guerras, si nuestras desdichas, si nuestras depravaciones impedian el gran movimiento impreso por Dios a todos los mundos. Se reia de la impotencia humana mostrando



nuestros esfuerzos anulados siempre. Evocaba los ma-  
nes de Tiro, de Cartago, de Babilonia; ordenaba a Ba-  
bel y a Jerusalem que compareciesen; buscaba sin en-  
contrarlos, los surcos dejados por la carroza de la  
civilizacion. La humanidad flotaba sobre el mundo  
como un barco cuya estela se pierde en el nivel a-  
pacible del oceano.

Tales eran las ideas fundamentales del discurs-  
so pronunciado por el doctor Sigier, ideas que en-  
volvía en el lenguaje místico y con el extraño la-  
tín de uso en esta época. Las Escrituras de las que  
había hecho un estudio particular le suministraban  
las armas con las cuales resultaba invencible en  
su siglo. Cubría <sup>comp</sup> con un manto de sabiduría, su auda-  
cia y la filosofía con el de la santidad de sus  
costumbres. En este instante, después de haber resu-  
mido el pensamiento del mundo despejándole de sus  
velos, contempla silencioso la palpitante asamblea e  
, interroga al extranjero con una mirada. Aguijoneado  
sin duda por la presencia de este ser singular, añe-  
de estas palabras entresacadas de la corrompida la-  
tinidad de la Edad Media:



¿De donde creéis que puede el hombre tomar estas verdades fecundas, sino en el seno de Dios mismo ? ¿ Quien soy yo ? El misero traductor de una insignificante línea legada por el mas poderoso de los apóstoles, una sola línea entre mil igualmente brillantes: IN DEO VIVIMUS MORIMUR ET SUMUS (En Dios vivimos, nos movemos y somos ) Hoy, menos creyentes y mas sabios, o menos instruidos y mas incredulos, preguntariamos con el apóstol: ¿ Por que este movimiento perpetuo ? ¿ Hacia donde va esta vida distribuida por zonas ? ¿ Por que esta inteligencia que empieza por perfecciones confusas va de esfera en esfera hasta el angel, hasta Dios ? ¿ Donde está la fuente, donde está el mar si la vida llega a Dios a través de los mundos y de las estrellas, à través de la materia y del espíritu, descendiendo constantemente hacia otro fin ? Vosotros querriais ver el universo por sus dos lados. Vosotros adorariais al soberano a condicion de sentaros sobre su trono siquiera un momento. ¡ Insensatos, insensatos ! rechazamos a los animales mas inteligentes el don de comprender nuestros pensamien-



- tos y nuestras acciones, no tenemos piedad para las criaturas de las esferas inferiores, las eliminamos de nuestro mundo, las denegamos la facultad de adivinar el pensamiento humano, y nosotros querriamos sin embargo conocer la mas elevada de todas las ideas, la idea de la idea.!.! Y bien; marchad, partid, subid por la fe de esfera en esfera, volad en los espacios !.! El pensamiento, el amor y la fé son las claves misteriosas !.! Atravesad los circulos, llegad al trono !. Dios es mas clemente que vosotros, ha abierto su templo a todas sus creaciones. Pero no olvideis el ejemplo de Moises. Descalzaos para entrar en el santuario; despojaos de las sandalias, desnudad vuestro cuerpo; de otro modo sereis aniquilados, porque Dios.... Dios es la luz!

En aquel instante, cuando el doctor Sigier, con la cara arrebatada, las manos en alto, pronunciaba estas palabras solemnes, un rayo de sol penetrando por uno de los ventanales hizo surgir como por arte de mágia una fuente brillante, una banda larga y triangular que cubria a la asamblea como con un manto. Todas las manos aplaudieron porque los asis-



-tentes a ella aceptaron este efecto del sol po-  
niente como un milagro. Un grito unánime se levan-  
tó:

! Viva, viva !

El cielo mismo parecía aplaudir. Godofredo so-  
brecogido de respeto miraba a todas partes; al viejo  
y al doctor Sigier. Estos dos se hablaban en voz ba-  
ja.

! Gloria al maestro ! decía el extranjero.

? Que es una gloria pasajera ? interrumpió Si-  
gier .

Yo querria eternizar mi reconocimiento, repli-  
có el viejo.

Unas palabras vuestras, contesto el doctor po-  
drian darme la inmortalidad humana.

Y, ¿ puede darse lo que no se tiene ?, exclamó  
el desconocido.

Acompañados por la multitud, que semejante a  
los cortesanos se apresuraba a dejar paso a los  
tres personajes guardando una respetuosa distan-  
cia, Godofredo, el viejo y Sigier marcharon hacia la  
orilla fangosa, sin casas. Allí esperaba el barquero.



El doctor y el extranjero no se hablaban ni en latin ni en lengua gala;hablaban gravemente en idioma desconocido.Sus manos se dirigian siempre alternativamente al cielo y a la tierra.Mas de una vez,Sigier a quien eran familiares aquellos lugares,guiaba con un cuidado particular al viejo al cruzar sobre los tablones tendidos en la orilla; la asmablea les seguia con curiosidad y algunos escolares envidiaban el privilegio del muchacho que de tan cerca seguia a estos dos soberanos de la palabra.Por fin,el doctor saludó al viejo y este partio en el bote del barquero.

Cuando la barquichuela flotaba sobre la vasta extension del Sena,el sol,semejante a un incendio que ardia en el horizonte,deshaciendo las nubes vertia sobre los campos torrentes de luz,coloreaba de tonos rojos,de reflejos sombrios,las tejados,bordeaba de fuego las torres de Felipe Augusto,inundaba los cielos,teñia las aguas,hacia resplandecer la verde hierba y despertaba a los insectos medio dormidos.Este largo haz luminoso besaba las nubes.Era como el último himno cotidiano .Se



estremecían los corazones; era sublime el espectáculo de la naturaleza. El extranjero tenía húmedas las pupilas por las más tiernas de todas las lágrimas humanas. Godofredo lloraba también, y su mano trémula encontró la del viejo, que al volverse dejó ver su emoción; pero sin duda para salvar su dignidad de hombre que creía comprometida le dijo con una voz profunda:

Lloro a mi país, ¡soy un desterrado! Muchacho, a esta misma hora abandoné mi patria. Pero allá, a esta hora las luciérnagas suspendidas de las ramas de los árboles parecen otros tantos diamantes. A esta hora, la brisa, dulce como la más dulce poesía se levanta de un valle inundado de luz exhalando suaves perfumes. En el horizonte veo una ciudad de oro semejante a la Jerusalén celeste, una ciudad cuyo nombre no puede salir de mi boca. Allá serpentea también un río. Esta ciudad y sus monumentos, este río de arrebatadoras perspectivas en cuyas aguas azuladas se confundían, casaban, se armonizaban en lucha armoniosa para recreo de mi vista y alegría de mi espíritu, ¿dónde están? A esta hora, las



ondas adquieren bajo el solo poniente tintes fantásticos y parecen fantásticos cuadros. Las estrellas esparcen una luz acariciadora, la luna extiende por todas partes una luz que produce sombras engañosas, da otra vida a los árboles, a los colores a las formas y hace brillar las aguas, las colinas mudas, los edificios. La ciudad habla, centellea, ¡ me llama ! Columnas de humo se elevan junto a antiguas columnas cuyos mármoles resplandecen de blancura en el seno de la noche; las líneas del horizonte se dibujan todavía a través de los vapores de la tarde; todo es armonía y misterio. La naturaleza no me decía adiós, quería que me quedase. ¡ Ah ! era todo para mí; mi madre, mi hijo, mi esposa y mi gloria. Las campanas lloraban mi proscripción. ¡ Oh tierra maravillosa !; ¡ es tan bella como el cielo !. Después de esta hora he tenido el universo por calabozo. Mi querida patria, ¿ por que me has proscrito ? ¡ Pero yo triunfaré ! exclamó pronunciando esta palabra con un acento tal de convicción y con un timbre tan potente, que el barquero se estremeció, creyendo escuchar el sonido de una trompeta;



El viejo estaba de pié en una actitud profética y miraba hacia el sur mostrando su patria a través de las regiones celestes. La palidez ascética de su cara había sido reemplazada por el rojo del triunfo; sus ojos centelleaban; estaba sublime, como un león cuando eriza su melena.

! Y tu pobre niño ! dijo mirando a Godofredo cuyas mejillas estaban humedecidas por las lágrimas , ¿ has estudiado la vida como yo en páginas sangrientas ? . ¿ Por que llorar ? . ¿ Que puede apenarte a tu edad ? .

! Ay de mi ! respondió Godofredo; siento mi patria, mas hermosa que todas las patrias de la tierra, una patria que no he visto y de la cual tengo recuerdos. ! Oh ! si yo pudiera hendir los espacios volando, yo iria....

? Donde ?, dijo el proscrito.

Allá arriba respondió el niño.

Al oír esta palabra, el extranjero se estremeció, fijó su mirada profunda sobre el niño y le hizo callar. Los dos estaban unidos por una inexplicable efusión de almas que se escuchaban en el se-



-no de un profundo silencio y viajaban unidas fraternalmente como dos palomas que recorren los cielos con una sola ala. La barca, al tocar la arena de la orilla les despertó de sus ensueños y marcharon en silencio hacia la casa del sargento.

Este niño, pensaba el extranjero se cree un ángel desterrado del cielo. ¿Y quien de entre nosotros tendrá derecho a desengañarle? ¿Seré yo? ¿Yo, que he sido criado por un poder mágico lejano de la tierra; yo que pertenezco a Dios; yo, que en mí mismo soy un misterio? ¿No he sido yo el que ha visto el más bello de los ángeles vivientes entre el terrenal barro? ¿Es este niño menos insensato, o más que lo soy yo? ¿Ha dado el un paso más atrevido que el mío? El cree, su creencia le conducirá sin duda por algún sendero luminoso semejante a aquel por donde yo marché. Pero, ¿si él es bello como un ángel no es demasiado debilitado para resistir tan rudos combates?

Intimidado por la presencia de su compañero cuya voz tonante expresaba sus propios pensamientos, igual que el relámpago traduce las voluntades



del cielo, el niño se conformaba con mirar a las estrellas con ojos de amante. Abrumado por un exceso de sensibilidad que le apretaba el corazón tenía el aire débil y tímido de un pajarillo. La voz de Sigier los había intuido a los dos en todos los misterios del mundo moral; el gran viejo debía revestirlos de gloria; el niño los sentía sin poder expresarlos; los tres, representaban en imágenes vivientes, la ciencia, la poesía y el sentimiento.

Al entrar en la casa, el extranjero se encerró en su habitación y encendió su lámpara inspiradora confiándose al terrible demonio del trabajo y pidiendo inspiración al silencio a las ideas, a la noche. Godofredo se sentó al borde de su ventana mirando los reflejos de la luna en las aguas del río, estudiando los misterios del cielo. Presa de uno de estos éxtasis que le eran familiares, viajaba de esfera en esfera, de visión en visión, escuchando o creyendo oír las voces de los ángeles, viendo o creyendo ver luces divinas en el seno de las cuales se perdía, ensayando llegar al punto más alejado fuente de toda luz



principio de toda armonia. Bien pronto, el gran rumor de Paris propagado por las aguas del Sena se apaciguó, las luces se extinguieron una a una en todas las casas, el silencio reinaba en toda su extension y la gran ciudad se dormia como un gigante fatigado. Sonaron las doce. El mas ligero ruido, la caída de una hoja o el vuelo de una corneja al cambiar de sitio en lo alto de las torres de Nuestra Señora hubiesen podido entonces recordár al extranjero que estaba sobre la tierra y al niño le hubiese obligado a abandonar las regiones celestes. En este momento, el viejo oyó con horror en la habitacion vecina un gemitido que se unia a la caída de un cuerpo que pronto comprendió el oido experimentado del viejo que era el de un cadaver. Salio precipitadamente y entró en el cuarto de Godofredo, viendole alli, agitando como una masa informe. Apercibio una larga cuerda atada a su cuello y que serpenteaba en tierra. Al quitarsela, el niño abrió los ojos.

? Donde estoy ?, preguntó con una expresion indefinible de placer.

En vuestra habitacion, dijo el extranjero mí



ando al cuello de Godofredo y al clavo del cual  
había colgado la cuerda.

¿En el cielo? dijo el niño con delicada  
voz.

!No, en la tierra replica el viejo.

Godofredo dio unos pasos a través de la cintura  
de luz que entraba por la ventana, miró hacia las  
aguas del Sena, hacia los sauces, hacia las hier-  
bas de la orilla. Una atmosfera nebulosa se eleva-  
ba sobre las aguas como un dosel de humo. Al con-  
templar este espectáculo para el desolador, cruzó  
y las manos sobre el pecho quedando en una actitud  
de desesperación; el viejo se le acercó con el a-  
sombro pintado en su cara.

¿Habeis querido mataros? le pregunta.

Si, respondió Godofredo, dejando pasar varias  
veces las manos del extranjero por su cuello pa-  
ra examinar los efectos producidos por la cuer-  
da.

A pesar de las ligeras contusiones, el mu-  
chacho había sufrido poco. El viejo presumía que  
el clavo había cedido pronto al peso del cuer-  
po y que este fatal ensayo había terminado sin



- consecuencias peligrosas.

? Por que, habeis querido morir pequeño ?

! Ah !, respondió Godofredo sin poder retener las lágrimas, he oido una voz desde lo alto. Me llamaba por mi nombre. No me habia llamado nunca asi; pero esta vez me invitaba a entrar en el cielo. ! Oh, que dulce es esta voz !- No pudiendo lanzarme hacia los cielos, he decidido ir hacia ellos por la unica ruta que nos está permitida.

! Oh niño, niño sublime ! exclamó el viejo estrechando a Godofredo sobre su corazon. Tu eres poeta, tu sabes atravesar el huracán. Tu poesia no sale de tu corazon. Tus vivos, tus ardientes pensamientos, tus creaciones, marchan y se engrandecen en tu alma. ! No vulgarices nunca tus ideas, se tu el altar, la victima, el sacerdote, todo junto !. ¿ Tu conocias los cielos, no es esto ? ! Tu, has visto estas miriadas de ángeles de blancas plumas con los sistros de oro que con un vuelo igual se elevan hasta el trono, y tu has admirado muchas veces como se agitan sus alas, que son



la voz de Dios, como los bosques se agitan bajo la tempestad !. ! Oh, que bello es el espacio sin limites !

El viejo estrechó convulsivamente la mano de Godofredo y los dos contemplaron el firmamento en el cual las estrellas parecían entonces tiernas poesías .

! Oh; ver a Dios ! exclamó Godofredo .

! El Niño ! dijo de pronto el extranejero con voz profunda, ¿ has olvidado las santas enseñanzas de nuestro buen maestro el doctor Sigier ?

Para ir tu a tu patria celeste y yo a la mia terrenal, ¿ no debemos obedecer la voz de Dios ?.

Marchemos resignados por los ásperos caminos que nos ha señalado su dedo todopoderoso. ¿ No tiemblas ante el peligro a que te expones ?

Venido sin orden, dirà : ¿ No estarias ahora en uno de los mundos inferiores ? . !

Pobre querubim extraviado !

Debias agradecer a Dios el estar viviendo y escuchar los celestes acordes. ¿ No eres bello como

un diamante, puro como una flor ? . ! Ah, si como

yo no conocieses mas que la ciudad del dolor !



! Cuanto ha sufrido mi corazon !. ! Oh ! excavar en las tumbas para inquirir de ellas terribles secretos; secar manos llenas de sangre, contar los condenados durante todas las noches, contemplarles levantados hacia mi implorando un perdon que yo no podia conceder; estudiar las convulsiones del asesino y los últimos gritos de su victima; oir espantosos ruidos y horribles silencios; el silencio de un padre devorando sus hijos muertos; interrogar la siniestra risa de los heridos; buscar algunas formas humanas entre las masas descoloridas que el crimen ha cambiado y torcido; oir palabras que los hombres vivos no escuchan sin morir; evocar a los muertos para estudiarlos; y ¿es esto una vida ?.

! Callad ! exclamó Godofredo, en adelante no podria miraros ni escucharos .Mi razon se extravía, mi vista se oscurece. Encendeis en mi un fuego que me devora.

Debo sin embargo continuar, dijo el viejo moviendo sus manos de una manera extraordinaria que producía sobre el muchacho el efecto de un encanto.



Durante un momento, el extranjero fijó sobre Godofredo sus grandes ojos extintos y abatidos; despues extendio un dedo hacia la tierra; hubie-  
seis creido ver entonces abrirse a sus pies una  
sima, tan solo por una orden suya. Permanece en  
pie alumbrado por los indecisos y vagos reflejos  
de la luna que hacian resplandecer su frente de  
donde parecia salir una luz solar. Si una sombra  
desdeñosa se perdia entre los sombríos pliegues  
de su cara, bien pronto su mirada fija parecia in-  
dicar la presencia de un objeto invisible a los  
organos de la vista. Cierito, sus ojos contemplaron  
entonces los lejanos cuadros que nos guarda la  
tumba. Nunca tuvo este hombre una apariencia tan  
grandiosa. Una lucha terrible turbaba su alma  
cambiando su apariencia exterior; se plegó como  
una hierba curvada bajo la ráfaga de la tormen-  
ta. Godofredo quedo silencioso, inmovil, encantado;  
una fuerza inexplicable le sujetaba al piso, y al  
igual que al contemplar un incendio o una bata-  
lla quedamos como absortos, el no sentia ni su  
propio peso.

? Quieres que te diga cual es el destino



hacia donde marchas, pobre angel de amor ?.

! Escucha !.Tengo el don de ver los inmensos espacios, los abismos sin fin donde terminan las creaciones humanas, este mar sin orillas al cual corre nuestro gran rio de hombres y de ángeles (1) Y recorriendo las regiones de los eternos suplicios, yo estaba preservado de la muerte protegido por el manto de un inmortal, manto de gloria debido al genio y ante el cual se paran los siglos. ! Cuando yo iba por los campos de luz donde se agrupan los dichosos, el amor de una mujer, las alas de un angel me sostenian; llevado sobre su corazón yo no podia gustar esos placeres inefables cuyo disfrute es mas peligroso para nosotros mortales que todas las angustias del mundo. Cumpliendo mi peregrinacion a traves de las sombrías

---

(1). Casualmente ha coincidido Balzac con Jorge Manrique solo que aquel, menos poetico pero mas humano no complicó a los angeles. La predileccion por estos seres divinos, verdaderos efebos, cabe mas en la mente de un florentino que en la de un castellano.

---



regiones de allà abajo, iba de dolor en dolor, de crimen en crimen, de pena en pena, de silencios atroces a gritos desesperados, en el abismo superior al círculo del infierno. Veía a lo lejos la claridad del paraíso que brillaba a una distancia enorme, y yo estaba en la noche, pero lindando con el día. Volaba llevado por mi guía, por una potencia semejante a la que durante nuestros sueños nos arrebató hasta las esferas invisibles para los humanos. La aureola que ceñía nuestras frentes hacía huir a las sombras a nuestro paso como un impalpable polvillo. Lejos de nosotros, los soles de todos los universos arrojaban apenas la débil luz de las linternas de mi país. Iba remontando los campos del aire hacia el paraíso, donde las masas de luz se multiplicaban a través del azul, donde los innumerables mundos brillan como flores en una pradera. Allà sobre la última línea circular que pertenece todavía a los fantasmas que quedaban detrás de mí semejantes a penas que se quieren olvidar, he visto una gran sombra. En pie y en una actitud ardorosa esta al-



17

-ma devoraba los espacios de la mirada; sus pies estaban sujetos por el poder de Dios al ultimo punto de esta linea, y alli con una tension parecida al penoso esfuerzo del hombre para salir de un sitio o al del pajarero para volar, pugnaba inutilmente por elevarse. Yo he reconocido a un hombre; el no nos miraba, no nos escuchaba; temblaban todos sus musculos y jadeaba; no podia dar un solo paso, la fatiga de atravesar el infinito que le separaba del paraíso donde el creia entrever una imagen querida, le agotaba. Sobre la última puerta del infierno como sobre la primera lei una expresion desesperada. El desdichado estaba tan horriblemente aplanado por no se que fuerza, que su dolor me traspasaba y helaba mis huesos. Me refugié cerca de mi guia cuya proteccion me tranquilizó. Semejante a la madre cuya vista percibe al milano en los aires, o lo advina, la sombra dio un grito de alegria. Miramos hacia donde ella miraba y vimos como un zafiro que flotaba por encima de nuestras cabezas, en los abismos de luz. Esta estrella resplandeciente



descendia con la rapidez de un rayo de sol cuando aparece por las mañanas en el horizonte y cuyas primeras claridades se deslizan furtivamente sobre la superficie de la tierra. La "esplendorosa" varió de forma y se agrandó; apercibi bien pronto la nube gloriosa al seno de la cual van los ángeles, especie de humo brillante emanado de su divina sustancia y que acá y allá brilla y se deshace en lenguas de fuego. Una noble cabeza cuyo resplandor no se puede resistir sin llevar el manto de lauro, y la palma, distintivos de los poderosos, se elevaba por encima de esta nube tan blanca, tan pura como la nieve. ! Era una luz en la luz !. Sus alas estremeciéndose sembraban de deslumbradoras oscilaciones las esferas por donde pasaba, como pasa la mirada de Dios a través de los mundos. ! En fin, yo vi al arcángel en su gloria ! La flor de eterna belleza que decora los ángeles del espíritu brillaba en él. Llevaba en la mano una palma verde y en la otra una espada flamígera: la palma para premiar al hombre perdonado; la espada para hacer retroceder



hasta el infierno con un solo gesto. Al aproximarnos sentimos en perfume del cielo que llega hasta nosotros como un rocío. En la región donde habita el ángel, el aire toma el color de los opalos y se agita en ondulaciones cuyo centro es el. Llega, mira a la sombra y la dice:

" ¡ Hasta mañana !

" Después se volvió al cielo con un gracioso movimiento, extendió sus alas franqueando las esferas como un barco hiende las olas, dejando ver a penas sus blancas velas a los exilados que quedan en una playa desierta. La sombra dio gritos espantosos a los cuales los condenados respondían desde el círculo más profundamente sumido en la inmensidad de los mundos de dolor, hasta el más cercano al en que estábamos nosotros. La más punzante de todas las angustias hacia un llamamiento a las otras. El clamor se aumentaba con los rugidos de un mar de fuego que servía como de base a la terrible armonía de millones de almas que sufrían. Enseguida, la sombra voló a través de la ciudad del dolor descendiendo hasta el fondo



mismo del infierno, remontose súbitamente, volvió, hundiose nuevamente en los círculos infinitos, recorriéndolos en todos sentidos, semejante a un buitre que al volar por primera vez se agota en esteriles esfuerzos. La sombra tenia el derecho de andar así, y podia atravesar las zonas del infierno, glaciales, fétidas, ardientes, sin participar en los sufrimientos; se deslizaba en esta inmensidad como un rayo de sol da luz en la oscuridad.

" Dios no la ha infligido pena; me dice el maestro, pero ninguna de estas almas cuyas torturas has presenciado querria cambiar su suplicio, por la esperanza bajo la cual el alma de la sombra sucumbe.

" En este instante, la sombra vino hasta nosotros llevada por una fuerza invencible que la condenaba a quedar siempre en el borde de los infiernos. Mi divino guia que comprendió la curiosidad mia, tocó con su ramo a la desdichada afanada siempre en medir el siglo de pena, este momento y ese dia siguiente siempre fugitivo. La sombra temblaba mirandonos con una mirada llena de todas



las lágrimas que ya había vertido.

? Quereis conocer mi infortunio ?,dijo con voz triste. ! Oh !,yo gozo repitiendolo. ! Yo estoy aqui;Teresa allá arriba !;he aqui todo.Sobre la tierra eramos dichosos ,siempre estabamos unidos.Cuando vi por primera vez a mi querida Teresa Donati,tenia ella diez años.Nos amamos entonces sin saber lo que era el amor.Nuestra vida fue una misma vida;yo palidecia con su palidez,yo era dichoso cuando ella lo era;juntos pensabamos y sentiamos el uno por el otro;supimos lo que era el amor.Nos casamos en Crémona;nunca nuestros labios conocieron otra cosa que la sonrisa;nuestros ojos brillaban siempre;se confundian nuestras cabellos y nuestras cabezas,y solo se separaban cuando nos separabamos nosotros.La vida fue un largo beso,nuestra casa un lecho de flores.Un dia,Teresa pàlida me dijo por primera vez:

! Sufro !

? Y no sufriré yo tambien contigo ? .No se levanto mas.Yo he visto,sin morir,alterarse sus bellos rasgos,decolorarse sus cabellos.Ella sonreia



para ocultarme sus sufrimientos, pero yo los leía en el azul de sus ojos y sabía interpretar sus menores gestos. Me decía: "Honorino ¡te amo! cuando ya sus labios embalanquecieron; por fin todavía estreché mi mano con las suyas, ya heladas por la muerte. Me maté para que no durmiese sola en el lecho del sepulcro, bajo su manto de mármol. Está arriba mi Teresa; yo, aquí abajo. Yo no quería abandonarla. Dios nos ha separado: ¿por que entonces habernos unido sobre la tierra? El, está celoso. El paraíso es sin duda más bello desde que Teresa ha entrado en él. ¿la veis vosotros? Está triste en su dicha, está sin mí. El paraíso debe estar desierto para ella.

" Maestro, dije yo llorando, pienso en mis amores; ¿desde el momento en que este no piense en el paraíso más que porque en él está Dios, podrá entrar?

" El padre de la poesía inclinó dulcemente la cabeza en señal de asentimiento. Nos alejamos hundiéndose los aires, sin hacer más ruido que los pájaros al pasar sobre nuestras cabezas cuando estamos



tendidos a la sombra de un árbol. No pudimos impedir al infortunado que blasfemase así. Una de las desdichas de los angeles de las tinieblas es la de no haber visto la luz estando rodeados por ella. Este, no hubiera comprendido nuestras palabras...

En este momento; el paso rápido de varios caballos se sintió en el silencio; se oyó el ladrido del perro y la gruesa voz del sargento; unos caballeros descendieron, golpearon en la puerta y el ruido adquirió los caracteres de una detonación inesperada. Los dos proscritos, los dos poetas, cayeron a tierra desde la altura que nos separa de los cielos. Esta dolorosa caída les produjo el efecto de que una nueva sangre corría por sus venas como si fuesen puntas aceradas y ardientes. Para ellos este dolor fue como una especie de conmoción eléctrica. El pesado y ruidoso andar de un hombre armado de espada y coraza y haciendo resonar las espuelas producían un ruido de hierro en la escalera; en seguida, un soldado se mostro ante el sorprendido extranjero.



Podemos volver a Florencia, dijo el guerrero, cuya voz fuerte parecía dulce al pronunciar el italiano.

? Que dices ?, preguntó el viejo.

! Los blancos han triunfado !

? No te engañas ? respondió el poeta .

No, querido Dante ! exclamó el soldado cuya voz guerrera tenía la expresión de las batallas y de la alegría de las victorias..

! A Florencia! . ! A Florencia ! . ! Oh mi Florencia ! exclamó con alegría DANTE ALIGHIERI, que volviéndose sobre sí mismo y al creer contemplar a través de los aires a su Italia, adquirió una talla gigantesca.

Y yo, ¿ cuando estaré en el cielo ? dijo Godofredo que permanecía con una rodilla en tierra ante el poeta inmortal, como un ángel ante un santuario.

! Ven a Florencia ! respondióle Dante con voz compasiva. ! Ve allá ! y cuando contemples sus hermosos paisajes desde lo alto de Fiesole creerás estar en el paraíso.

El soldado sonrió. Por primera vez, acaso por



única, la sombría y terrible cara de Dante respiró alegría; sus ojos y su frente expresaron la dicha que tan magníficamente había prodigado en su Paraiso. Puede ser que oyesse entonces la voz de Beatriz. En este instante, el ligero paso de una mujer sonó en el silencio. La aurora enviaba sus primeras claridades. La bella condesa de Mahaut entró y corrió hacia Godofredo.

! Ven mi niño; hijo mio !; ahora me está permitido declarartelo. Está reconocido tu nacimiento, tus derechos están bajo la protección del rey de Francia, y encontrarás un paraíso en el corazón de tu madre.

! Reconozco la voz del cielo ! exclamó el niño arrebatado de entusiasmo.

Este grito despierta de su ensueño a Dante, que mira al muchacho enlazado por los brazos de la condesa; los saluda con un gesto y deja a su compañero de estudio apoyado en el seno maternal.

! Marchemos ! grita con voz tonante. ! Muerte a los gúelfos !

Paris octubre 1831

- F I N -



Centro Documental  
Archivo

CRITICA POSTERIORI

No soy quien para hacer la critica de una obra de Balzac, pero la audacia permitio a veces mayores atrevimientos que el mio, y voy a ser audaz siquiera sea una vez, o acaso para seguirlo siendo.

Esta novelita LOS PROSCRITOS, tiene a mi modo de ver, defectos esenciales. El mas principal es el de hacer recaer el papel de protagonista en una figura como la de Dante, y cuyo incognito no desaparece, para el lector un poco avisado, en la pagina doscientos veinticuatro sino muchas antes. Ademas, ¿a que esa relacion de parrafos de la Divina Comedia? Entiendo que a nada conduce, pues mejor y mas bellamente nos lo dice en su obra el poeta florentino, en su armonioso idioma, y nada gana, al propio tiempo con ello, la fábula creada por el genio envenenado por la fé, al expresarla en lengua distinta a la en que el la expreso.



Carece el novelista tambien de la nocion del tiempo, cosa imprescindible si ha de darse lo mas perfectamente posible la sensacion de la realidad y asi, en grandilocuentes párrafos, el ilustre viejo describe al muchacho, la Florencia de sus amores, mientras cruzan el Sena frente a Nuestra Señora de París. La descripcion no se hubiese terminado si en lugar del Sena se tratase del Amazonas o del Volga.

La descripcion de Dante, es tan meticulosa, tan detallada, está hecha tan pelo a pelo, arruga a arruga y pliegue a pliegue de sus vestiduras, que si el autor quiso pintar un cuadro le resultó un cromobarrato.

! Leed esta descripcion hecha por un poeta nuestro !

De brocado de oro y blanco

Viste tabardo tudesco

De rubias martas orlado

Y desabrochado y suelto

Dejando ver un justillo

De raso jalde, cubierto

Con primorosos bordados

Y costosos sobrepuestos



Y la excelsa y noble insignia

Del Toison de oro, pendiendo

De una preciosa cadena

En la mitad de su pecho

Un birrete de velludo

Con un blanco airon, sujeto

Por un joyel de diamantes

Y un antiguo camafeo

Descubre por ambos lados

Tanta majestad cubriendo,

Rubio cual barba y bigote

Bien atusado el cabello

Apoiada en la cadera

La potente diestra ha puesto

Que aprieta dos guantes de ambar

Y un primoroso mosquero

Y con la siniestra halaga

De un mastin muy corpulento

Blanco, y las orejas rubias

El ancho y carnosu cuello.

Es, en cuatro rasgos el retrato del emperador Carlos V pintado por Tiziano.



Esta opinión mía, tal vez algo atrevida, la comparte Daniel Mornet, profesor de la Sorbona, que nos dice refiriéndose a Balzac en su HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA al hacer el comentario de " Eugenia Grandet " : "...". Porque Balzac cree que los seres no son nada si el fondo del cuadro no es verdadero. Pinta estos cuadros con una maravillosa precisión. No necesita menos de cuatro páginas para describir la calle donde se encuentra la casa de M. Grandet. No olvida ni los trozos desiguales y numerosos que la intemperie y el clima habían dejado en la fachada, ni la descripción del bajo-relieve de la puerta, del zocalo, de las vidrieras, de la verja, del al-dabon, ni la de la sala o salón y de su mobiliario; cuadros, empapelado, espejos, candelabros etc.... Hay siempre abundancia de detalles; las descripciones de Balzac parecen inventarios monotonos " .

He dicho, y repetiré siempre, que tanto un literato, como un poeta, como un político, no pueden convencerme, ni convencerán a nadie, si su espíritu, su manera de pensar es distinta en sus producciones que en su vida; no podemos ver dos individualidades;



una de ellas es falsa y cuando se vive en la ficcion no es posible pensar en nada elevado.

El mismo Mornet nos dice que las novelas de Balzac son pesimistas, pero que el no lo era, ni mucho menos en su vida privada.

Defectos puramente tecnicos los tiene de sobra en esta novelita, cuento, o como quisiera llamarlo su autor. Cuando quiere hablar como hablaba Dante en la DIVINA COMEDIA, y al pretender describir como el, las fuerzas le abandonan y pretende suplir con frases y parrafos casi sin sentido lo que no puede concederle el genio. Tiene frases en este cuento, que no dicen absolutamente nada aun cuando el las creyera geniales, y asi, ¿ por que el relámpago traduce la voluntad del cielo ?. Otras mil manifestaciones de la boveda celeste podrian traducir la voluntad de las alturas.

Este escritor del romanticismo frances es acaso de los mas audaces de su época, y si al principio de este comentario, o como quiera llamarsele, me he calificado de audaz, no lo es menos el autor comentado .! Ya es audacia traer y llevar a Dante en una



novelita de esta categoria.

Me figuro sin embargo, el exito que tendria en todos los cafes de Montparnasse al dia siguiente de publicarse su irreverente produccion.

V. A.



Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



no. 1 de 1.  
1998

# Centro Documental Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



- A N O N I M O -

oooooooooooo

ZOBEIDA.

EL APOSTATA.

UN RAYO DE SOL.

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA  
. Toulouse 1940.



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



# Centro Documental

## ZOBEIDA.

# Archivo

No hay novela que pueda compararse a una imaginación un poco viva, y yo he querido ver a Zobeida y la he visto; la he visto, lo mismo que veo las demás cosas del mundo sensible y aun no se ha borrado de mí ni se borrará jamás el recuerdo de cuanto vi.

Yo he visto a Zobeida. Poseía una belleza de ensueño. Su cara, un ovalo perfecto, ojos de gacela según la expresión feliz de los orientales, negros, muy negros y sombreados por unas pestañas de terciopelo que al entornarse dejaban en penumbra las mejillas; el arco perfecto de sus cejas, su boca grande, fresca y sensual su nariz pequeña y maravillosamente dibujada completaban aquella divina cara encuadrada por dos rodetes de pelo negro como el azabache y por unos rizos rebeldes que se escapaban del



turbante de seda ornado en el centro por un joyel de perlas; unos pendientes de oro y de rubies descansaban sobre sus maravillosos hombros. Adornaba sus brazos con aretes y pulseras, y las ensortijadas manos parecían al moverse blancas palomas que destacaban en el azul del cielo. Amplio calzon de seda y brocado cubría sus piernas y unas chinelas bordadas calzaban su pie diminuto y gordezuelo. El cutis es de un moreno muy claro imposible de describir....

! Oh Zobeida ! alegría y luz del Oriente, tormento y alegría de quien te mira, alivio y tortura del corazón. Todos te aman, te respetan, y mientras Harum tu dueño y señor ensancha el Imperio con la cimitarra, tu eres la paz, la dulzura, el talento, el ingenio. Todos te aman y te respetan por tu sabiduría y tu hermosura y muchas veces has quebrantado el rigor de una bárbara sentencia con el bálsamo de tu bondad, y ha bastado una mirada de tus ojos divinos para templar la ira del déspota que comparte el lecho contigo....

De Damasco, de Bagdad, de Basora, de Mosùl, valientes guerreros te envían los mas ricos presentes de



la tierra, los mas preciados trofeos, y todos los perfumes de la Arabia se queman en los pebeteros de tu alcoba, mezclandose con el aroma que sube de tus jardines; y el sándalo, el ambar y el incienso se confunde en un solo perfume con el de las rosas, <sup>el</sup> de los claveles, <sup>el</sup> de los alhelios y <sup>el</sup> de los jazmines.

En las maravillosas noches de Bagdad, cuando el cielo de un azul turquesa se inunda de estrellas y la luna platea las cimas de las palmeras, las aguas del Tigris; la de los surtidores y acequias, los minaretes de las mezquitas y las azoteas de las casas, sigues siendo tu el principal ornato de la naturaleza, la justificacion, el porqué de tanta maravilla. Todo esto se ha hecho para ti, sultana del mundo .

Yo he visto a Zobeida en una de aquellas incomparables noches de Oriente. La he visto sin ella verme, y he podido sentir su aliento, cerca; muy cerca de mi, percibir el latido de su corazon y oir los suspiros que salian de su pecho.

Se ponía el sol; el horizonte lejano es de fuego, las cercanias de un blanco lechoso. Se anuncia el astro de la noche; mil gorjeos se oyen entre las



arboledas y la ciudad parece haber suspendido su vida; termina el día empieza el imperio de la noche. El argentado de la luna se apodera de todo, y al ocultarse el sol, no logra reinar la oscuridad; es el momento del descanso, de la placidez....

Yo he visto a Zobeida. La azotea de su palacio domina las mas altas casas de Bagdad y a sus pies se deliza manso y acariciador el venerable Tigris con sus aguas, tambien de plata en este instante. La he visto tendida en su divan, sola con la noche oriental. Ya no necesita pebeteros; hasta ella llega el fino y trastornador aroma de la flor de azahar el perfume de los limoneros y de las glicinas. Mientras la contemplaba, he oido el canto de los muezines repitiendose de minarete en minarete .! Allah il Allah, Mahomet il rasul Allàh !

Zobeida està poseida por el espiritu del ambiente embrujado; la arrulla el susurro del rio, el murmullo de las acequias y de los surtidores, los ultimos trinos de los pàjaros medio dormidos. Està tendida en su divan; las manos en la nuca, sostienen el dulce peso de su divina cabeza; sus pàrpados se



entornan. Mira hacia el paseo de los limoneros. Tres figuras se dibujan a la luz de la luna, y ella sabe quienes son los tres. El Califa, Giafar el Visir, Mes-rur, el ejecutor de la justicia. Van a perderse entre los laberintos de las calles de la ciudad. Los ve partir, oye el crugido de sus pasos en la arena del paseo. Los párpados de Zobeida se cierran poco a poco; una sonrisa inefable ilumina su cara; un debil suspiro levanta suavemente su pecho de deidad. En el embrujo de la noche oriental, en el misterio, en el silencio, en la quietud apacible, va a tomar vida dentro de pocos instantes, uno de los cuentos de las Mil y una noches.

oooooooooooo

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental  
= . EL APOSTATA . =  
Archivo

¿ Por qué la Historia ha calificado así al Emperador Juliano ?. No pudo ser reo de apostasia porque nunca sintió su corazón ni razonó su precioso talento la esencia de la nueva doctrina. Volaba mas alto que ella y no fue culpa suya el que a la fuerza guiase sus primeros pasos en la vida, apartado y como escondido del mundo un mugriento y triste fraile arriano. No sintió jamás, ni nunca pudo comprender la esencia de una religion fea, llena de trístezas y de terrores, antihumana... Volaba mas alto el apostata; miraba al Golgota desde el Olimpo y el sol cegador de Grecia le impedía ver el ceniciento color del huerto de los olivos. ! Lo bueno, lo bello, lo justo ! ; esa era su religion.

Suprema inteligencia la suya. No persiguió, no



martirizó. ! A discutir la nueva doctrina a pleno sol !. ! Concilios, concilios !. Sabia bien cuan peligroso es crear heroes y mártires, y lo conveniente de las controversias.

! Ellos, ellos mismos ! decia, se martirizarán reciprocamente. En nombre de la humildad se dirigirán las mas atroces y punzantes injurias. Con la Teología como arma discutirán acerca de la fraternidad, asentarán en <sup>aquella</sup> ~~esta~~ ciencia la esencia de lo bueno y de lo malo....

El apóstata ha conocido a los sectarios del Rabi de Galilea. Ha comprendido la inmensidad de su humilde soberbia.

Ningun pretoriano interrumpia las asambleas de los cristianos; ni fieras ni crucifixiones. ! A discutir, discipulos de Jesus !

Presidia el Cesar aquellos concilios, no revestido con la pùrpura imperial, ni con armadura guerra; solamente cubria su cuerpo la blanca túnica de los olimpícos.

Hablan, discuten, se insultan, católicos, cainitas, arrianos, gnosticos, agnosticos, priscilianistas...



El sonreía desde su sitial, retirándose al fin de las tumultuosas asambleas y dejando allí a los fieles en lucha encarnizada. Sonreía con desden, y su cabeza, coronada de mirtos, resplandecía en medio de aquellas tinieblas espirituales.

La falta de su apoyo material y moral hizo surgir el bárbaro y depravado Imperio de Bizancio y años después se sentará en el trono la cruel y ortodoxa Irene que con el signo de la cruz en la túnica imperial martirizará a su pueblo sumiéndole en la más espantosa ignorancia, en el terror más profundo. A este terror y a esta ignorancia seguirá la que impongan con sus cimitarras las hordas del Islam, y los Mahomet, los Selim y los Bayaceto, harán correr la sangre desde las montañas del Líbano y los arenales de Siria, hasta el mismo altar mayor de la iglesia de Santa Sofía.

Ha muerto contigo insigne apostata, el mundo antiguo, pero no han muerto los dioses; el Olimpo dormirá durante siglos, mas no cesará nunca su poder. He aquí tu revancha; el espíritu de los olímpicos penetrará en la propia mansión de Pedro el pescador



243

y los papas y los cardenales del R<sub>e</sub>nacimiento pre-  
tenderàn igualarse a los antiguos pontifices roma-  
nos, a sus antiguos filosofos, olvidando sin embargo  
la austeridad de aquellos; seràn unos atildados pa-  
ganos, escepticos, elegantemente escepticos, diplomà-  
ticamente creyentes, pero con la formacion espiritual  
y la sequedad de corazon impresa en sus almas por  
la barbarie gotica.

Despues de tu muerte, se entrechocaràn con es-  
truendo cruces contra cruces, la media luna fanati-  
zarà a otros desdichados. Tus enemigos volveràn a  
discutir entre ellos la doctrina que despreciabas,  
no con argumentos conciliares, sino con el hierro,  
y algun dia, la tiara del sucesor de Pedro brilla-  
rà, dorada con el fuego de las hogueras inquisito-  
riales.

! Apostata, olimpico ! si la Historia se escri-  
biera imparcialmente, ! que juicio el suyo !

.....

Los tiempos gloriosos de la antigua Roma pa-  
recian concentrarse en ti, y evocabas sin duda, al  
pensar como pensabas, escenas y personas de pasadas



épocas.

Desfilaban seguramente ante tus ojos, los Gra-  
cos, Cornelia y Escipion, los dos Agripas, Cincinato,  
Plauto y Terencio, Seneca Virgilio, Horacio y Ovidio,  
Quintiliano, Marcial; Marco Aurelio, Trajano, Cice-  
ron.... Escucharás como un susurro las limpias es-  
trofas horacianas, el poeta,

cuyos aureos venusinos metros  
en copioso raudal se precipitan  
al ancho mar de Pindaro y de Safo...

Era el cantor de Ofanto, el que condensaba en sus  
himnos y en sus odas, el vuelo audaz, la sentenciosa  
flecha, la atica sal, las mieles del Himeto....

.....

El último resplandor de la belleza y de la es-  
piritualidad clásicas, se apagaba con el apostata.

Ya el cielo se cubre de nubarrones negros, mas el  
trueno rueda por la tierra misma, de oriente a occi-  
dente, del norte al sur. Hordas eslavas, germanicas,  
tartaras van a recoger los despojos de un mundo, y  
mientras duermen en el Olimpo los dioses inmorta-



-les, siguen a las bestiales huestes las deidades escandinavas y germanas; cabalgan por el cielo plomizo, de montaña en montaña las selváticas, feroces y virginales Walkirias, y las siguen los ceñudos y sombríos Wotan, Tronhgem, Nibelungos; las nieblas nocturnas profanan el azul del mediodía y la suciedad y la tristeza se apoderan del mundo; la suciedad del cuerpo y la del alma.

Ya rigen los destinos de la tierra, Hildebrando Pedro el Ermitaño, Santo Domingo... seguidos de legiones de frailes. Ya toman carácter sagrado las llagas y la lepra, empiezan los milagros y surge en la gran escena humana el pintoresco demonio y los tormentos del infierno que tan sabiamente ha de administrar la Iglesia.

Han aparecido los tétricos y los harapientos. Savonarola aterrorizando a Florencia con la amenaza de apocalípticas pesadillas, Ignacio con su hipócrita milicia espiritual conquistadora de conciencias y de patrimonios, Lutero, Calvino, deístas que pretenden justificar la idea de Dios con la filosofía, y sin la belleza ni la sencillez.



Los místicos estarán al margen de la poesía,  
del amor y de la naturaleza, los ascetas de los hom-  
bres sus hermanos, pero unos y otros servirán fiel-  
mente las ambiciones de los tiranos ensalzando la  
pobreza como imagen de la virtud y de la divinidad,  
pero sin emancipar al pobre, porque solo se aman a  
sí mismos.

! Palacios, catedrales, suntuosidad.!! Miseria,  
mucha miseria a su lado a pesar del sermón de la  
montaña !

Acude a mi memoria el jam pauca aratro jugera  
regiæ del divino poeta:

Palacios suntuosos

Pronto no dejareis tierra al arado.

El también como tu, apostata, amaba y defendía la vi-  
da plácida, tranquila, feliz. Igual también que nues-  
tro fraile olímpico:

././. Del monte en la ladera

Por mi mano plantado tengo un huerto

Que con la primavera

De bella flor cubierto

Ya muestra en esperanza el fruto cierto.



Del mundo actual bien se lo que pensará el inmortal. Si el lo contempla desde las alturas del Olimpo, mirará con desprecio tanta ferocidad y tanta doblez.

! Sigue gozando allí de la inmortalidad, que en la tierra, te será grato que algunos como yo evoken tu recuerdo; pero para nada necesitas defensas ! .....

- F I N -

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



# Centro Documental Archivo

-- UN RAYO DE SOL --  
oooooooooooooooooooooooooooo

Ya no creia ni en la bondad, ni en lo ingenuo., y puro. En mi pobre cerebro cansado y entristecido por tanto desengaño y por tanta maldad, no penetraba hacia mucho tiempo un rayo de sol, capaz de disipar sus tinieblas espirituales.

Pero hoy, siquiera haya sido un fugaz momento como todos los momentos dichosos, mi corazon y mi cerebro se han inundado de luz. Y no he sido yo el actor en este instante de felicidad; fueron otros los actores y mi papel se ha reducido al de espectador gozoso.



o  
o  
o  
o

Centro Documental

En mi pensión, hotel, o como quiera llamarsele, hay un Bar siempre concurrido por su proximidad a la estación del ferrocarril. Ese día feliz, Marinette, doncella de la casa, lindísima, diecinueve años pero inocente como una niña de catorce y buena cual la bondad misma, se encuentra de pie ante el mostrador y su cara resplandece con esa luz de la belleza, de la juventud y de la inocencia...

Han entrado en el Bar tres marineros, tres muchachos pletóricos de alegría y de optimismo. No había más que verlos. Uno de ellos, guapo mozo de cara aniñada se para en el centro del local y mira a la pequeña Marinette. De pronto, sin mediar palabra, impulsado tal vez por una fuerza sobrenatural pero muy humana se dirige hacia a ella, posa delicadamente las manos sobre los hombros de la muchacha y la dice: Esto la traerá la felicidad y la buena suerte "....En cada mejilla de la niña se han



estampado los dos besos mas sonoros y mas puros que nunca vi ni oi. Retrocede despues con la risa juvenil en los labios y el corazon de muchacho palpitante de alegria. Marinette ha enrojecido pero sin enfadarse. Ha comprendido que aquello era algo muy serio, muy santo.

Dos besos en las mejillas. El vicio, el ataque brutal del macho en celo no existian. La hermosa atraccion revestia en aquellos instantes caracteres de milagro, en un mundo tan malo.

He sonreido al contemplar este cuadro bello y santificado por el candor y por un noble impulso de la naturaleza, y en mi pobre cerebro en brumas, ha penetrado fructificante y vivificador, un rayo de sol.

Toulouse 12 de abril de 1940.



# Centro Documental

## - I N D I C E -

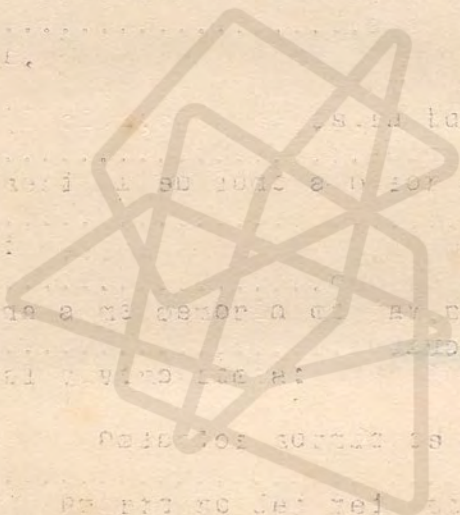
CHATEAUBRIAND.El ultimo de los Abencerrajes...	1
KUPRIN. Las violetas.....	86
TURGUENIEV.	
Los dos propietarios.....	104
La muerte.....	123
KUPRIN.El gallo de oro.....	152
BALZAC.Los proscritos.....	162
ANONIMO.	
Zobeida.....	235
El apostata.....	240
Un rayo de sol.....	248

# ANASTASIO DE GRACIA



Centro Documental

Archivo



... en las ...  
... de la ...  
... de los ...  
... de la ...

... de la ...  
... de la ...  
... de la ...  
... de la ...

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA

... de la ...  
... de la ...



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación

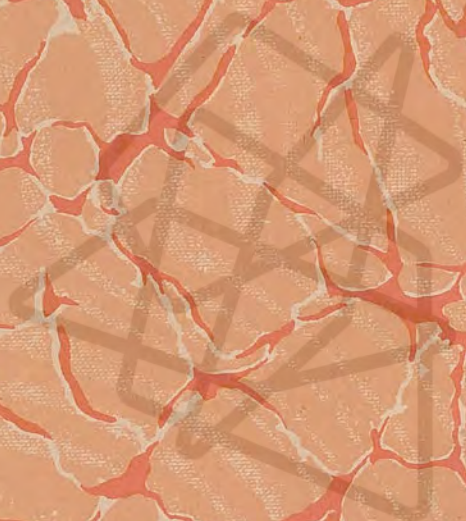
ALBAS AS. O

DE GRACIA



Centro Documental

Archivos



Fundación

ANASTASIO

DE GRACIA



Centro Documental

ANASTASIO

Fundación

ANASTASIO

DE GRACIA